Un thriller de espías
PABLO POVEDA
FUEGO CRUZADO
SERIE
DANA
LAINE

Mientras el futuro de la Unión Europea se decide en Bruselas, una violenta emboscada pone en peligro las vidas de Laine y Ponce mientras se reúnen con una agente italiana en Portugal.

Pronto descubrirán que una peligrosa organización criminal va tras ellos.

La razón: una tarjeta de memoria con información que podría desatar una guerra a gran escala.

¿Y si el destino de Europa estuviera en su poder?

Adéntrate en este nuevo *thriller* de espionaje acompañando a Dana Laine, la agente del CNI, en una nueva misión por las calles de Madrid, Roma y París, en la que pondrá en riesgo su vida.

En medio de una crisis llena de desconfianza e incertidumbre, los dirigentes europeos deciden sobre la adhesión de Turquía a la Unión Europa.

Sin embargo, una poderosa organización está influyendo en los arbitrajes a través del chantaje, la extorsión y el soborno a los estados más reticentes.

Cuando Laine descubre que ella es el próximo objetivo, tendrá que decidir entre salvar su vida… o su patria.

¿Será capaz la espía de escoger por encima de sus sentimientos?

Pablo Poveda

Fuego cruzado

Dana Laine - 4

ePub r1.0
Titivillus 10-11-2022

Título original: *Fuego cruzado*
Pablo Poveda, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

1

En ocasiones, las personas son capaces de reconocer una piedra en el camino antes de tropezar con ella. Sin embargo, nunca están preparadas cuando una bala las alcanza por la espalda.

Era una noche cerrada. Las constelaciones se alineaban estáticas, a pesar de los kilómetros que ellos avanzaban por el asfalto. La carretera estaba oscura y Radio Nacional Clásica emitía un especial de Mozart.

Ponce manejaba el volante del Audi Q3, relajado, estático, como si la misión formara parte de una actividad rutinaria. Laine no podía decir lo mismo, aunque tenía la certeza de que su compañero se limitaba a ocupar el rol que le correspondía.

Los últimos meses habían sido angustiosos. Los más duros para la agente desde que había ingresado en «La Casa». Europa se enfrentaba a un nuevo desafío geopolítico y las agencias internacionales tenían más trabajo que nunca. Desde que en 2018 se interrumpiera el proceso de integración de Turquía en la Unión Europea, el interés de las potencias internacionales había crecido para que se reactivara su inclusión. Para algunos estados miembro, la adhesión al bloque europeo era algo meramente estratégico. Para otros, suponía una amenaza. La inclusión de un país de gran población y con algunas de las fronteras más conflictivas, provocaría un cambio de poder en las decisiones generales. Pero eso no era todo. La aceptación del territorio suponía un fuerte golpe en las relaciones entre los servicios de inteligencia, que tendrían a un nuevo aliado con doble rostro que miraba hacia Asia con admiración. Un conflicto de intereses, un constante generador de problemas. Turquía necesitaba a Europa, ya que era su principal socio comercial. Por otro lado, Europa necesitaba al país vecino, por su puerta de acceso a las rutas migratorias clave que poseía el país.

Durante los dos últimos años, los otomanos habían dado su

brazo a torcer para cumplir los requisitos exigidos por el continente. La acelerada sumisión había puesto a las agencias de inteligencia en alerta.

En una semana, el Parlamento Europeo iniciaría un nuevo proceso para estudiar la posición de sus estados integrantes respecto a la futura adhesión de Turquía a Europa.

Aquel sería su último recado.

Ponce y Laine habían sido enviados para un intercambio de información con los portugueses. El BIS checo había informado de la presencia de agentes rusos del FSB merodeando por Praga. Días antes, la DGSE francesa había identificado en Berlín a dos espías del MIT turco siguiendo los pasos de un dirigente político de la oposición del país. Nadie quería llegar tarde a la fiesta.

Los españoles se limitaban a confirmar que todo seguía en orden entre los países ibéricos. Históricamente, Lisboa había sido un nido del espionaje internacional durante la Segunda Guerra Mundial. Muchos de estos agentes habían encontrado, con el tiempo, un lugar en el que esconderse para terminar el resto de sus carreras. Aprovechando que los pasos fronterizos habían desaparecido como tal, los agentes españoles se dirigían a uno de los viejos puestos que delimitaban las fronteras de los territorios. Una medida de seguridad, un camino casi abandonado que había sido sustituido por las autovías y un vis-a-vis rápido y sin complicaciones. A pesar del bajo riesgo de la misión, a la agente Laine le desconcertaba la poca información que habían recibido por parte de Escudero.

Un encuentro fugaz, sin nombres ni detalles.

Esas fueron las palabras de la jefa.

El panel del conductor emitió un sonido. A lo lejos, vislumbraron una gasolinera al margen de la autovía.

—Tenemos que repostar —dijo Ponce, al ver la indicación del vehículo—. ¿Tienes hambre?

Ella negó.

—No como antes de trabajar. Me produce somnolencia…

—Así estás… —comentó—. Que ni comes, ni duermes…

Ella ignoró el comentario.

El coche se detuvo en la estación de servicio y Ponce bajó y caminó hacia el interior de la tienda. Laine se quedó pensativa un rato, contemplando la soledad de aquel lugar y asegurándose de

que todo estuviera bajo control.

Sacó el móvil privado del interior de la chaqueta y comprobó la pantalla. Una notificación. El icono de la llama de fuego le recordó que no había respondido a ese chico de Tinder con el que había intercambiado unos mensajes, pero con quien no se había decidido a materializar un encuentro.

«Siempre hay algo de por medio», pensó, buscando una excusa para rechazarlo.

Nunca creyó en las citas a ciegas, ni en ligar a través de una pantalla, pero los tiempos evolucionaban y su vida se estancaba más y más con cada día que pasaba. Al igual que en Europa, sus relaciones con el mundo exterior hacían estragos. Los clichés de los que Ponce le advirtió en su momento se cumplían a rajatabla y el trabajo absorbía tantas horas y tanta energía, que resultaba difícil mantener una relación que trascendiera más allá del revolcón de una noche.

Más que desesperada, comenzaba a sentirse sola, falta de calor humano, atrapada en una jaula llena de secretos y responsabilidades. Dana era una persona mentalmente fuerte. A diferencia de otras, no necesitaba el contacto humano diario, ni apaciguar su vacío emocional a través del teléfono. Había crecido con la compañía de una madre que pasaba más tiempo fuera que dentro de casa. Una relación familiar ausente de mimos, de buenas palabras, de regalos de cumpleaños, de apoyo en la función de final de curso del colegio. Una infancia atípica, consumida entre secretos y preguntas prohibidas que la ayudaron a encontrar cobijo en el silencio, consciente de que no podía depender de nadie que no fuera ella misma. Dana nunca necesitó de nada, pero, a diferencia de sus compañeros, tampoco recibió el aliento de una madre en los momentos más necesarios. Por eso, era consciente de que estaba allí por decisión propia y que había elegido la vida que tenía. Trabajar para el Centro Nacional de Inteligencia la hacía sentir importante, útil para la sociedad y para quienes trabajaba. Rendirse para servir a un ente superior a ella como era la patria, sustituía los años de ausencia de su madre.

No obstante, como a todos los seres humanos, el cuerpo comenzó a manifestar sus deseos más primitivos. La espía buscaba ser comprendida, más que aceptada. Necesitaba algo más que un

orgasmo para mantener su existencia equilibrada. Una voz que la comprendiera, un rostro que estuviera esperándola cuando regresara a casa, una presencia que la ayudara a sentirse como una persona normal.

Desbloqueó la pantalla y abrió la aplicación.

Javier era el tercer hombre con el que se animaba a hablar. Moreno, alto, delgado y desairado. No se fijaba demasiado en los detalles, ni tampoco le preocupaba su profesión. Por su forma de escribir, parecía simpático y optimista, dos ingredientes necesarios en una sociedad en la que la mayoría de los hombres hablaba de trabajo y dinero para impresionar. Pero ella solo demandaba que fuera un tipo normal y divertido. Nada de excéntricos ni ególatras. Ni psicópatas celosos. No buscaba un héroe, sino un compañero que no le pidiera demasiadas explicaciones. Las citas con los dos candidatos anteriores habían sido una debacle absoluta.

El último mensaje de Javier la invitaba a tomar una copa.

Indecisa, no se encontraba en facultades para iniciar una conversación a esas horas. Era tarde y pensó que no leería su respuesta hasta el día siguiente.

Guardó el teléfono y una ligera somnolencia se apoderó de ella. Suspiró y apoyó la nuca en el asiento, dejando la mente en blanco y relajándose con el tapiz que las estrellas dibujaban sobre el oscuro cielo. Una pequeña cabezada no le vendría mal, se dijo. Desde unos meses atrás, la agente se sentía inquieta y no dormía bien.

Cada mañana, despertaba con las mandíbulas doloridas, como si hubiera pasado la noche apretando los dientes.

Bruxismo, le diagnosticó el médico.

Estrés, una de las causas posibles.

Nada de alcohol o café durante un tiempo, le recomendó.

Pero los dolores continuaban y las sugerencias del doctor se convirtieron en habladurías.

Cerró los ojos, relajó los brazos y las manos sobre los muslos y sintió cómo su cuerpo se volvía más pesado. Poco a poco, Laine se encontraba más dentro que fuera, absorbida por su universo interior, hasta que algo tuvo que impactar contra la ventanilla del vehículo.

«Toc, toc, toc».

Los toques la despertaron, arrancándola de la nebulosa onírica.

El pulso se le aceleró y el ruido picado contra el cristal la sacó del trance. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, ni si había soñado estar allí.

Al otro lado de la ventanilla vio el rostro de Ponce, protegido por el cuello de su gabardina de color crema y manchado por los restos de un perrito caliente de gasolinera. El agente la miraba con una sonrisa pícara y juguetona mientras se limpiaba las manos con una servilleta. Le divertía hacerla rabiar cuando tenía ocasión. En el fondo, era la manera de comunicarle que, a pesar de todo, seguían siendo seres humanos.

Con un gesto de las manos, la invitó a tomar el fresco.

—¡No! —dijo ella en voz alta, desde el interior.

Ponce asintió con la cabeza, buscó su cajetilla de tabaco y se alejó unos metros de la estación.

Laine suspiró y bajó del Audi.

La noche castúa era gélida a causa de la proximidad del Guadiana. La agente había olvidado lo mucho que descendían las temperaturas en las dehesas cuando llegaba la madrugada. Un botón rojo prendió en la oscuridad como un farolillo y, acto seguido, se formó una nube de humo en el cielo.

Ella, protegida en su chaqueta de cuero, cobijó las manos en los bolsillos y se sorprendió ante la ausencia de luces en el horizonte.

—Te vendrá bien un poco de fresco, agente —dijo Ponce, con su voz firme pero afable—. ¿Te has decidido ya a darle una oportunidad a ese chico?

Laine se mostró distante.

No sabía cómo lo había averiguado su compañero.

—No estoy en condiciones de hacerlo ahora mismo, ni tampoco para hablar sobre ese asunto. ¿Desde cuándo te importa mi vida?

Él la observó y agitó la ceniza del cigarrillo para que cayera sobre el asfalto.

—No te lo tomes como algo personal. Es bueno tener una válvula de escape. Te dije que no sería fácil solucionar tus problemas personales mientras trabajas aquí… Por eso no me extraña que todos acaben liados entre ellos…

—Lo dices como si fueras parte de otro organismo.

—Tengo mis principios, agente. Ya te lo he dicho antes.

—Dices tantas cosas, que ya no sé cuál creerme —respondió y

desvió el tema de la conversación—. ¿Queda mucho para llegar?

—¿Sabes? Hace años que no tomaba este camino —dijo, mirando a la infinidad del horizonte—. Es increíble cómo cambia todo en un tiempo relativamente insignificante… Antes, ni siquiera podías conducir con calma, ni a tanta velocidad…

—¿Ponce? —cuestionó, esperando a que contestara a su pregunta.

—Que sí, agente… Estamos muy cerca de nuestro punto de encuentro…

—¿Quién es la otra persona?

—Alguien del SIS portugués… No tengo constancia de su perfil, pero tampoco creo que se presente un indeseable… Mira, llegamos, hablamos y nos largamos. Escudero ha sido precisa, así que será mejor que no le demos tanta importancia.

—Claro —contestó ella, añadiendo ritmo a la conversación. Era consciente de que el compañero estaba mintiendo—. No hace falta que me lo cuentes. Después de todo, soy la nueva. Mensaje recibido.

Él la miró extrañado.

—No empieces con chorradas, Laine. Sé lo mismo que tú —contestó, sujetando la boquilla del cigarrillo—. Nos limitamos a cumplir las instrucciones. Estabas delante y has oído lo mismo que yo. No lo repetiré.

Ella daba pasos en círculos. El sonido de la suela de sus botas sobre la grava se amplificaba en el silencio nocturno total del lugar.

—No sé, Ponce. No tiene sentido.

—¿Desde cuándo algo lo tiene en este trabajo? —cuestionó y dio otra calada—. Relájate, fúmate uno conmigo.

—No, gracias —rechazó la cajetilla de cigarrillos—. Paso de matarme aspirando alquitrán.

—Como quieras, pero haz lo que sea por rebajar los nervios… La misión es extraoficial, porque la conspiranoia de nuestros vecinos europeos es de órdago. El asunto de Turquía es más que una unión de países. Por eso, Navarro tampoco está al corriente de nuestro viaje.

—Entiendo.

Ponce dio la última calada, exhaló y aplastó el cigarrillo sobre el asfalto de la estación.

—Todo irá bien, agente. Tan solo debemos mirarnos el culo más

a menudo.

—¿Más de lo que ya me lo miras?

—No me fastidies, Laine, que vamos a pasar una temporada así…

—Hoy estás inspirado, compañero.

—La noche me sienta bien —dijo, se ajustó el abrigo y caminó hacia el vehículo—. Pongámonos en movimiento.

2

Abandonaron la estación y continuaron en dirección a Badajoz. En la lejanía, las luces coloridas de la ciudad extremeña pintaban el fondo negro de civilización.

Dejaron atrás la ciudad de asfalto y fábricas y se metieron en una vieja carretera nacional rodeada de dehesas y áridos bancales de tierra. Lo único que podían ver, además de las luces solitarias que se repartían por el paisaje, eran las líneas de pintura blanca sobre el alquitrán. Llevaban un buen rato sin cruzarse con ningún otro vehículo y los violines de Wagner ponían la banda sonora al solitario recorrido. Sin cruzar palabra, Ponce continuaba atento a la angosta carretera y Laine hacía un esfuerzo para no quedarse dormida. El soplo de aire fresco solamente la había relajado más.

Un cartel los advirtió de que se acercaban a Campo Maior, a la vieja frontera lusa y al lugar de encuentro de la misión. Tras la eliminación de los controles entre países europeos y la gran red de autovías que se habían desarrollado, las carreteras habían quedado huérfanas. Eso se notaba en los puestos fronterizos con gran actividad en el pasado y que ahora servían para evitar el tránsito y los controles de las entradas principales.

Los faros del Audi iluminaron la fachada de una caseta limítrofe abandonada, manchada de aerosol y rodeada de maleza. Una completa ruina que ni siquiera se recordaría como icono de la historia de una España gris y sin matices. Frente a ella, a escasos metros, encontraron una señal metálica que indicaba el límite territorial entre ambos países. Tras esta, una construcción de teja roja, mejor conservada y con las ventanas tapiadas con ladrillos. Detrás, un cartel daba la bienvenida a la región de Alentejo.

A la espera de una señal, los agentes observaron con expectación por la ventanilla, en busca de una presencia humana, pero no vieron a nadie.

Ponce se echó a un lado de la carretera y aparcó el vehículo junto al poste de luz, tras la línea de asfalto que separaba los dos territorios.

—A efectos legales, si nos pegan un tiro, mejor que sea aquí —comentó, rompiendo la tensión con brusquedad, y viendo a estudiar el entorno. La compañera no le rio el chiste, ya que no le encontró gracia alguna. Existía cierta superstición en las verdades a medias y en las bromas de mal gusto. En ocasiones, las palabras iban más rápido que las balas. A lo lejos, los faros de un turismo se acercaban a gran velocidad.

—Tiene que ser nuestro contacto.

En cuestión de segundos, un Peugeot 407 redujo la velocidad, se detuvo frente a ellos y apagó el motor. La espalda de Ponce se irguió cuando percibió la presencia y no dudó en palpar el cinto para asegurarse de que todo estaba bajo control. La agente Laine detectó algo extraño en el vehículo.

Del interior asomó una silueta femenina, detalle que ninguno de los dos esperaba. Por alguna razón, Dana estaba convencida de que encontrarían un hombre, aunque era consciente de la existencia de otras espías internacionales, al igual que ella. Lamentó el fallo e hizo una nota mental para trabajar en ello más adelante. Los prejuicios y las ideas preconcebidas existían incluso en las mujeres. Debía cambiar su manera de pensar, ya que eso la pondría en ventaja respecto al resto.

Una mujer morena, de cabello largo y brillante, vestida con un abrigo oscuro, caminó hacia ellos.

Las pisadas sonaron con firmeza.

El agente se adelantó unos pasos, dejando atrás la línea divisoria y también a su compañera.

—¿Gabriella? —preguntó, sorprendido al verla, como si su presencia no encajara con lo planeado. Laine, desde atrás, estudiaba la reacción de la mujer.

—Ponce… —contestó ella, dejando a la vista su rostro, con un gesto sonriente al encontrarlo allí—. Cuánto tiempo, *mio amico*…

Laine no entendía qué sucedía, pero optó por darle unos segundos más a Ponce para que la sacara de dudas.

Él carraspeó y volteó la mirada hacia atrás.

—Esto sí que es una sorpresa… Creí que vendría alguien del SIS

—comentó y miró a su compañera—. Agente Laine, te presento a la agente Gabriella Spinosa, del AISI.

—Un placer —dijo la italiana en español, con un suave acento —. Así que esta es la famosa agente Laine.

—Encantada —respondió Dana, estrechándole la mano y retrocediendo unos pasos—. No sé a qué se refiere con «famosa».

—Solo bromeaba —comentó ella, rebajando la tensión.

—¿Ahora trabajas para los portugueses, Spinosa? —intervino Ponce, retomando el hilo—. Pensé que te habías retirado…

Ella negó con una mueca insegura.

—Me encantaría explicártelo todo, Ponce, pero no disponemos de mucho tiempo —expresó matizando su preocupación y los del CNI entendieron que el plan previsto por Escudero había cambiado. La mujer sacó una cajita de plástico del interior de su abrigo y se la entregó al hombre. En ella había una diminuta tarjeta de memoria microSD. Tan pronto como estuvo en su mano, el agente la guardó —. Exitium, ese es el nombre que debes memorizar. Pronto lo entenderás todo, pero ahora no puedo darte más información… Están organizados y son muy peligrosos… Saben que estoy en el país y me están siguiendo. Tienes que proteger esto como si tu vida dependiera de ello.

—¿Y la tuya, Gabriella? ¿Depende también de esta tarjeta?

—Debes creerme, Ponce.

—¿De qué se trata?

—Ya te lo he dicho… Es una larga historia que no puedo contarte ahora —respondió con severidad—. Una nueva agencia de espionaje está operando a favor de los intereses de personas muy poderosas, para influir en las decisiones del Parlamento Europeo. La memoria contiene documentación confidencial sobre los miembros que operan en ella y las entidades que la financian… Sin embargo, no podréis acceder a estos datos con facilidad. Necesitaréis la otra parte.

—¿Otra parte? Explícate mejor.

La espía miró hacia la carretera, suspiró y prosiguió:

—Existen dos tarjetas con encriptación AES-256.

—Grado militar… Interesante.

—Así es. Una es esta y la otra está en Roma. Ambas son inservibles si no se conectan a un ordenador matriz que las

decodifique. Si alguien intenta clonarlas, las tarjetas tienen un comando para autodestruirse.

—¿Por qué nosotros?

La agente italiana eludió la pregunta y le susurró algo al oído que la compañera no logró escuchar. Después la miró por encima del hombro del agente.

—Lo siento, pero aún no sé si puedo confiar en ti.

—Está bien —contestó Laine, desairada.

Spinosa se dirigió a Ponce y lo agarró de las manos:

—Encuentra a Palmieri en Roma. Él te ayudará.

—Pero…

Dana observó a la misteriosa mujer. La poca esperanza que albergaba en sus ojos estaba puesta en la mirada del español.

—Ponce, el destino de la Europa que conocemos está en juego… Quienes trabajaron por un continente sano, libre y unido, ahora rinden pleitesía a la traición y a la falta de valores… Haz lo que consideres necesario, pero eres la única persona en la que puedo confiar ahora mismo, por eso lo hago.

—¿Está Escudero al tanto de esto?

—Lo sabréis todo cuando llegue el momento —aclaró y miró a Laine—. Tenéis que creerme. Son criminales y no cesarán hasta encontrar las dos tarjetas. La información debe estar a salvo.

—Pero… ¿quiénes son?

Laine vislumbró la presencia de dos vehículos que se aproximaban por la carretera lusa.

—Alguien se acerca —comentó.

La agente italiana se giró alarmada y separó su cuerpo de Ponce.

—Me han encontrado. Tenemos que marcharnos.

—¡Spinosa! ¿A dónde vas?

—Adiós, Ponce —dijo y lo besó en la mejilla.

Antes de que lograran separarse, una ráfaga de disparos los sorprendió.

Las balas interrumpieron el encuentro y una polvareda se levantó entre los coches.

Spinosa retrocedió hacia el vehículo, arrastrándose por la tierra. Ponce y Laine se escondieron tras la vieja caseta de control, evitando que los proyectiles les alcanzaran. Los vehículos pasaron a toda velocidad, cruzando la frontera y continuando en línea recta

hacia el territorio español.

—¡Mierda! —gritó Ponce, viendo cómo el coche se alejaba y Spinosa se lamentaba, abatida en el suelo—. ¡Al coche, Laine!

Los agentes desenfundaron las CZ 75 y se desplazaron hacia el vehículo alemán para salir de allí. Los faros rojos de los dos todoterreno se detuvieron en el infinito, como cuatro estrellas lejanas. De pronto, los españoles advirtieron cómo cambiaban de dirección para regresar hacia ellos. Laine suspiró. El corazón le latía a mil por hora. Tenían que salir de allí.

—¡Vienen! —gritó.

El español se acercó a la espía italiana, que estaba moribunda e intentó ponerla en pie, cuando descubrió que uno de los disparos le había perforado el estómago. Si no encontraban a tiempo un hospital, la agente moriría desangrada en cuestión de horas.

—Aguanta, Gabriella, saldrás de esta —comentó, cargando con ella para llevarla hasta el vehículo. Pero la mujer no cooperaba y su cuerpo se volvía más pesado.

—Lárgate, Ponce, ahora… —respondió con la respiración entrecortada—. Son ellos…

—No, Spinosa, tú te vienes con nosotros.

—¡Ponce, están regresando! —alertó Laine por segunda vez.

—Hazlo, *amico*… No me dejes viva… o será peor.

Laine se apoyó en la parte trasera del coche alemán y apuntó al horizonte. Las manos le temblaban al sujetar el arma. Estaba nerviosa y sabía que los disparos no disuadirían a quienes se acercaban cada vez más rápido. No entendía qué ocurría, pero podía vislumbrar el oscuro desenlace si no abandonaban el lugar.

—¡Ponce, joder! —bramó Laine.

—No puedo, Gabriella… No puedo dejarte aquí, de verdad. Aguanta un poco, ven con nosotros. Te salvaremos.

—¿Y después qué? Es inútil…

—Lo sabías, Spinosa, sabías que terminaría así…

—Ponce, *per favore… Batti il ferro finché è caldo*.

A lo lejos, Laine oyó la frase, pero no entendió su significado.

La distancia entre los agentes y los dos vehículos se recortaba.

—Spinosa…

—Hazlo…

Contrariado, el agente no tuvo más opción que acceder al ruego

de la mujer que moría frente a sus ojos.

—*Che Dio possa salvarti dalla sua collera…* —murmuró él, empuñó el arma, apuntó hacia la italiana y le disparó en el corazón. El estruendo dejó un fuerte olor a pólvora quemada en el aire. El cuerpo de la mujer se agitó un instante, para después quedar tumbada sobre el asfalto de la carretera. La sangre brotó de su cuerpo, empapando de rojo su camisa y formando después un reguero sobre la carretera. Boquiabierta y compungida, Laine no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Entonces Ponce corrió hacia el Audi, abrió la puerta y pulsó el botón de arranque del motor. Un fuerte acelerón levantó una polvareda arenosa de grava y tierra seca. El cadáver de Spinosa se convertía en parte de un tétrico decorado y el vehículo salió disparado con las luces apagadas, perdiéndose en la oscuridad.

3

No cruzaron una palabra durante los siguientes cien kilómetros.

La adrenalina aún corría en sus cuerpos. Todo había sucedido demasiado rápido como para tener un diálogo coherente acerca del suceso. El encuentro, la emboscada y la ejecución. Un disparo en el pecho, una vida perdida a conciencia.

Dana no sabía cómo iniciar la conversación.

Por un lado, le sorprendía la frialdad con la que su compañero había apretado el gatillo, llevándose de un balazo los secretos de esa mujer, poniendo el servicio por delante de la vida. Reflexionó sobre lo ocurrido y pensó que ella no habría sido capaz de elegir tan rápido. Únicamente deseó no encontrarse nunca en una situación tan violenta.

Ponce tomó varios caminos terciarios que confundieron al navegador del coche. Existían alternativas que la tecnología aún no había sido capaz de detectar. Viajaron en dirección al sur para bordear la frontera y regresar a España. Una vez dentro del país, consideró que no tendrían problema con los dos todoterreno, por lo que debían dejar atrás el territorio luso lo antes posible. Los agentes vigilaban a toda velocidad, en un silencio desolador, si aquellos coches aún los seguían. Sería un viaje de regreso eterno, reflexionó ella.

Harta del silencio que los ahogaba en el interior del automóvil, finalmente, Laine decidió romper el hielo.

—¿Estás bien? —preguntó, bloqueada y con la mente en blanco —. Podemos hablar de lo ocurrido.

Ponce pestañeó intrigado y giró el rostro hacia ella.

—¿Eso es lo mejor que tienes para decirme?

—¿Qué esperabas?

—No sé, agente. ¿Sinceramente? No espero nada.

—Podrías empezar dándome una explicación sobre lo que ha

pasado —comentó, insegura. Las grandes manos del compañero, firmes sobre el volante del automóvil, no le inspiraron confianza. Se hacía una vaga idea de lo que sucedía en el interior de su cabeza, con qué batallas lidiaba y a cuántos demonios les había cortado ya la cabeza—. También me conformaría con saber quién era esa mujer.

El agente aguardó la respuesta unos minutos.

El mutismo era cada vez más tenso y pesado.

—Lo siento, Laine. No creo que esté preparado para tener esta conversación.

—Lo sé, Ponce. Pero sí lo estabas para hacer lo que has hecho…

Él suspiró, chasqueó la lengua y le devolvió una mirada de asco que la agente no esperó. Había tocado donde no debía.

—No tenía opción —explicó, tensando la mandíbula—. Hay momentos en los que debes elegir y comprometer una vida para no poner en peligro la de millones. Cuanto antes entiendas que el éxito de nuestra misión no depende de un resultado emocional, sino de uno lógico y racional, así lo verás de otra manera… Quizá sea hora de que empieces a comprender de qué va este trabajo.

—A veces tengo la sensación de que no te conozco…

—No me conoces —confirmó, a regañadientes, protegiéndose a sí mismo. Ella reconocía ese patrón. Lo había puesto en práctica con él en el pasado y lo utilizaba cuando sentía que no podía mostrarse frágil ante otros—. En eso te doy la razón. Aquí nadie conoce a nadie…

—¿Otra vez con el mismo discurso? Alucino contigo, de veras.

—Es un recordatorio.

—Si no quieres hablar, solamente tienes que mencionarlo.

—Parece que los hemos despistado… —comentó, observando por el espejo retrovisor e ignorando el comentario de su compañera. Ella atendió a lo que decía y la noticia la tranquilizó. Aceptó la derrota para no seguir discutiendo con el muro de ladrillos que tenía como compañero, apoyó el codo en la ventanilla y después la cabeza sobre la mano. Le esperaba un viaje de regreso eterno y aburrido.

Entonces él murmuró con desaprobación.

—¿Ahora qué, Ponce?

—No puedes contarle nada a Escudero.

—Descuida.

—Ni a nadie.

Ella se quedó perpleja ante la orden.

—¿Crees que no se enterarán en «La Casa»? La policía no tardará en encontrar el cadáver… y nos acorralará a preguntas en cuanto lleguemos. Teníamos una misión, has matado a esa mujer y nos han asaltado unos desconocidos.

—No hables y sígueme el hilo. No te pido más.

La agente frunció el ceño, malhumorada por la indiferencia de Ponce.

—Me subestimas.

—¿Yo? Jamás.

El tono de su voz era soberbio. Se estaba burlando de ella.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que algo no encajaba en cuanto he visto el coche…

—Vaya.

—¿Qué agente lleva un vehículo de alquiler?

—No lo sé, agente…

—No me tomes por imbécil, Ponce… A estas alturas, no te lo voy a permitir.

—¡Laine, por Dios! —exclamó, dando un golpe sobre el volante y accionando el claxon por accidente—. Sé que estás conmocionada por lo sucedido y no es para menos, pero tienes que pensar con la cabeza y no con el estómago… Te lo he dicho antes y te lo repito…

—Cálmate, ¿quieres? No hace falta que me grites.

Él suspiró por la nariz.

—Sabía lo mismo que tú… y me temo que no existía tal contacto, que esto ha sido una cosa de Spinosa para llegar a un acuerdo con Escudero… Por desgracia, alguien ha interceptado el mensaje. Únicamente te pido que estés de mi parte y que mantengas la boca cerrada.

La agente cruzó los brazos, manifestando su decepción.

—Spinosa, Spinosa… Repites el apellido de esa mujer, pero eres incapaz de contarme por qué la conoces —replicó, insistente—. No puedo hacerlo si no confías en mí. Ahora sé de lo que eres capaz.

—Te pido un poco de apoyo, nada más.

—Y yo que me cuentes la verdad.

—Eres una pesada.

—Es lo único que ruego. Detesto ir siempre un paso por detrás de tus acciones.

—Me gustas más cuando no hablas.

Harta, sobrepasó los límites y jugó su última carta.

—Has matado a esa mujer, Ponce.

El agente frenó en seco en medio de una carretera oscura y sin coches. La embestida los lanzó hacia el cristal, pero el cinturón de seguridad evitó la desgracia.

El silencio regresó al interior del vehículo.

La agente se quedó sin aliento, al no esperar la reacción. Él chasqueó la lengua, aguantando el malestar. Sabía que la compañera no hablaba en serio, sin embargo, tanta insistencia había pinchado en hueso.

—¡No vuelvas a mencionar eso! —advirtió con tono amenazador —. Yo no he matado a nadie, ¿queda claro?

—Tienes un problema.

—No sabes de lo que hablas.

—Un problema serio.

—¡Para, maldita sea! —exclamó, apretando los puños contra el volante y la pausa suspendió la conversación por varios segundos. Ponce dio una bocanada de aire y siguió—: Esa mujer significaba para mí más de lo que crees… Conocí a Spinosa hace unos años, pero nuestra relación se había enfriado y eso no viene a cuento ahora. De haberla dejado herida, la habrían torturado. Lo he sabido en cuanto lo he visto en sus ojos… No toleraré que me culpes por haber cumplido su última voluntad.

Ni el arrojo ni la confesión impresionaban a la compañera.

—Admiro tu frialdad.

—Por enésima vez… En ocasiones, tienes que elegir entre la patria a la que sirves y la amistad —interrumpió, antes de que terminara la frase—. No es una cuestión de ética, sino de principios. Gabriella no ha vacilado y yo tampoco. No te perturbes más de lo necesario, lo digerirás con el tiempo.

Impotente, la compañera se adelantó a preguntarle si haría lo mismo con ella, dada la ocasión, pero prefirió no escuchar la respuesta, se guardó las palabras y decidió continuar en otra dirección.

—Está bien, tú ganas.

Él frunció el ceño y salió de un camino rodeado de maleza. Se estaban acercando a Elvas.

—Gracias —respondió y relajó el tono de voz. Laine bajó la ventanilla unos centímetros para que entrara el aire, pero la noche era tan fría que no aguantó más de unos segundos. Cuando subió el cristal, Ponce se decidió a hablar con ella—. Sé que Spinosa no habría sacrificado su vida para encontrarse con nosotros, si hubiese tenido otra opción… Y me temo que no la tenía… No obstante, sin el otro chip, su muerte no habrá servido de nada…

—¿Y qué piensas hacer, vengarte? Venga, hombre…

—No, pero si tan delicado es el asunto, más pronto que tarde, descubrirán que estuvimos con ella, vendrán a por nosotros, nos torturarán y nos matarán… Que no te quepa la menor duda. Por eso debemos estar preparados cuando suceda.

4

Después de varias horas interminables en la carretera, Dana sabía que no lograría conciliar el sueño cuando llegara a casa. Sintió la necesidad de expulsar todo el estrés de la mejor manera que conocía: golpeando el saco. El amanecer primaveral de Madrid iluminó la entrada del gimnasio de Tetuán, que mantenía la persiana bajada, a la espera de los habituales que solían acudir a primera hora para quemar la grasa acumulada y los excesos del fin de semana. Los crudos *riffs* de guitarra de *Suicide Messiah* de Black Label Society la acompañaban a cada puñetazo que daba contra el saco de boxeo. Sin guantes, notaba el picor sobre los nudillos cada vez que los aplastaba contra la tela. Primero fue el ritmo cardíaco, acelerado con el movimiento.

Uno, dos, tres, directo. Después la respiración. El subidón de adrenalina la hacía sentir más despierta. El cansancio se convirtió en energía. El deporte le sentaba bien y aunque era consciente de que no podría quedarse allí toda la mañana, le hubiese gustado pasar el día descargando su rabia. En unas horas tendría que presentarse en «La Casa», para rendir cuentas a Escudero acerca de lo acontecido en la zona fronteriza y eso la atormentaba por dentro. Furiosa, Laine machacaba el saco como respuesta a cada una de las preguntas que se presentaban en su cabeza, intentando desprenderse de las imágenes que había presenciado, obviando la explicación que su compañero le había dado. Todavía no podía creer que Ponce lo hubiera hecho, pero la realidad era que el agente no había dudado a la hora de accionar el percutor.

¿Cuántas veces lo habría hecho antes?

Tres, cuatro, cinco, dio un paso atrás y metió otro directo a la altura de su rostro.

«*Batti il ferro finché è caldo*», recordó, preguntándose qué

diablos significaría aquello. No hablaba el italiano, pero intuyó que sería un refrán.

Una descarga de incertidumbre contagió sus brazos y estos se movían como una ametralladora contra el cuero. Las emociones la consumían lentamente. Firmeza, eso era lo que necesitaba. Era consciente de que estaba más que preparada para superar un episodio así y sin embargo, no podía quitárselo de la cabeza. Demasiadas incógnitas, decenas de cabos sin atar. Lo que más le preocupaba era la identidad de esa mujer y la relación que había mantenido con su compañero, en el pasado.

«No es tu vida, no son tus problemas».

A pesar de que Ponce no era la persona más abierta del Centro, el compañerismo de los últimos meses hacía inevitable que el afecto hacia su persona la inquietara. Buscó en el interior de su cuerpo y analizó las emociones que brotaban de sus entrañas. No eran celos, creyó. No veía a Ponce de esa manera. La irremediable preocupación traumática, fruto de una relación maternal tóxica, la obligaba, en lo más profundo de su ser, a cuidar de quien no mostraba interés por ser protegido. Debía aprender de la actitud de su colega y dejar a un lado el miedo y la rabia, si no quería consumirse como un fósforo. Pero ella no era él, ni tampoco tenía intenciones de convertirse en alguien semejante. El pasado de cada persona definía su carácter y el de Laine ya había sido marcado por su infancia, haciéndola tan fácil de leer como un libro abierto. Por el contrario, el de Ponce era como una cebolla llena de capas.

Tras varios puñetazos más al saco, se sintió agotada y sin aliento, cuando notó las gotas de sudor que rodeaban sus pies.

Comprendió que, por mucho que golpeara, no se desharía de aquel infierno.

Dos horas más tarde, finalizado el entrenamiento, duchada, vestida de traje y con el casco integral protegiendo su cabeza, se subió a la Ducati Scrambler y puso dirección al Centro Nacional de Inteligencia. Atravesó la ciudad en plena ebullición por el tráfico de los coches que se dirigían a las oficinas de la urbe. Cuando pasó el control de seguridad, avistó el viejo Jaguar de su compañero en el aparcamiento.

Comprobó la hora y sospechó que se había adelantado para tener la situación bajo control. Un sentimiento de impotencia la

llevó de manera automática a morderse la lengua hasta sentir dolor. Odiaba que hiciera aquello, más aún cuando le había pedido horas antes que confiara en él.

Al salir del ascensor, cruzó el pasillo y encontró el escenario habitual de una jornada cotidiana de trabajo. Lo primero que hizo fue mirar a uno de los laterales de la espaciosa planta. Las miradas de otros agentes, aquellos a quienes llamaba compañeros, pero de quienes apenas sabía nada, se cruzaron en su camino. Podía sentir las afiladas pupilas sobre su cabeza, expectantes por el resultado final. Tuvo la sensación de que la noticia se había aireado.

El despacho de Escudero estaba vacío cuando apareció por la sección, así que optó por esperar en su puesto de trabajo. Tan pronto como puso un pie junto al escritorio, la voz de su jefa se alzó entre las cabezas del resto de funcionarios.

—¡Laine, a mi despacho! —exclamó la mujer, asomando entre la multitud como el conejo que sale de la chistera de un mago, vestida con su uniforme habitual de chaqueta y falda, haciéndose notar con el fuerte taconeo de sus zapatos.

Sin tiempo para encender el ordenador, abandonó el escritorio, se dirigió a la oficina de la superior y cerró la puerta.

—No dispongo de mucho tiempo, así que vayamos al grano —comentó Escudero y señaló a la silla que había frente a la mesa—. Siéntese.

Laine se quedó paralizada, pero la insistencia en la mirada de la otra mujer la obligó a tomar asiento.

En su fuero interno, contaba los segundos para que Ponce apareciera. No quería enfrentarse sola a la jefa. Su relación desde el primer minuto que entró en «La Casa» no había sido la mejor. La superior tenía un carácter exigente incluso con los nuevos y no reparaba en castigar cuando llegaba la hora.

Ella no sería la excepción.

—¿Por dónde quiere empezar? —preguntó, inquisidora, jugando con un bolígrafo entre los dedos—. Hable, agente, no tengo toda la mañana.

Dana tragó saliva con dificultad. El fuerte peso de la responsabilidad se le concentró en la boca del estómago. El exceso de presión acusaba el cansancio.

—Verá… —inició, incapaz de mirarla a los ojos, buscando una

salida que la entretuviera unos minutos más.

De pronto, alguien tocó a la puerta y se desvió la atención sobre ella.

—Perdón por el retraso —comentó el agente y su compañera suspiró aliviada.

—Agente Ponce, quizá usted tenga menos problemas que Laine para aclarar lo que sucedió anoche. Parece que se le ha trabado la lengua.

Él se sentó junto a ella con una postura relajada y luego cruzó los brazos. Ella miró hacia el frente, buscando un punto ciego para mirarlo por el rabillo del ojo. Un viejo truco que había empleado toda la vida. Pero él la ignoró.

—Habría sido más fácil si nos hubieran contado la verdad desde un principio, señora —comentó él, confiado y con un falso disgusto que no era del todo creíble para la jefa—. Pusieron en juego nuestra integridad. Ni siquiera estábamos preparados para una emboscada.

Escudero frunció el ceño. Detestaba que le llevaran la contraria.

—Buen intento, Ponce —comentó, demostrando que no se iba a sentir responsable por no haberle dado más detalles sobre la misión —. No podíamos poner en riesgo la comunicación que habíamos mantenido con esa mujer. Eso es todo. Ustedes tenían que ir y hacer el intercambio de información… No se les exigió nada más… Sin embargo, esta mañana, el SIS portugués ha reconocido el cadáver de Gabriella Spinosa y los italianos se preguntan qué hacía una exagente suya en la frontera lusa-española. ¿Son conscientes de lo que significa la noticia?

—Señora… —dijo él y se levantó de la silla.

—Siéntese… No les he convocado aquí para escuchar sus reproches. Más bien, al contrario… Sin embargo, antes de comenzar, exijo una explicación clara y detallada del encuentro…

—Perdone que le interrumpa, pero podrían haber sido tres cadáveres y no uno —añadió Laine con valentía.

Escudero le clavó la mirada con acidez e ignoró sus palabras. Después colocó las manos sobre el escritorio para soportar su cuerpo. Dana asumió que su impertinencia le saldría cara.

—Fracasaron. Eso es lo que sucedió y a los hechos me remito —respondió, sin miramientos, alternando la mirada—. Spinosa era consciente del riesgo que asumía y nosotros de la importancia de la

información que deseaba ceder. A veces, las cosas no salen como se planean. Ahora, dejémonos las formalidades y cuéntenme lo que esa mujer les dijo.

Laine miró a Ponce de reojo, esperando que él tomara la iniciativa. No le agradaba la opacidad con la que Escudero hablaba. Él dio un respingo.

—La agente Spinosa nos informó de la existencia de una comprometida agencia de inteligencia internacional que opera para intereses particulares —explicó el agente—. No nos llegó a mencionar su nombre, solo que está formada por exagentes profesionales de diferentes países y que son realmente peligrosos. Al parecer, la financiación que reciben llega desde entidades interesadas en la irrupción de Turquía en la Unión Europea, por lo que no me extrañaría que estuvieran realizando tareas de espionaje en diferentes países.

—Esto es grave. Podría tratarse de terrorismo.

—O de tráfico de influencias.

—¿Qué más dijo?

—Que la seguían —contestó, sin dar pie a que su compañera hablara. Esta esperaba, inquieta, a que la conversación terminara, cuestionándose si Ponce mencionaría la tarjeta de memoria—. Spinosa era consciente de que la podían matar.

—¿Sabía usted que la agente llevaba tres años retirada de la AISI?

Ponce tardó varios segundos en responder.

—Sí.

—¿Y no le parece extraño que establezca contacto con nosotros sin informar a su país?

—No confiaba en nadie. Esa era la razón.

—Excepto en usted —aclaró, pensativa—. La razón por la que les envié fue porque ella lo exigió así.

Al agente no le gustó el tono que la jefa había empleado.

—Spinosa y yo habíamos trabajado juntos en varias ocasiones. Una coincidencia, nada más. Puede comprobarlo en los informes, pero nuestra relación no pasaba más allá de una cooperación entre países.

—¿Hay algo más que deba saber, agentes? Ahora estamos en confianza y pueden hablar. Sospecho que se están guardando algo.

Laine negó con la cabeza en un gesto espontáneo. No le importaba quedar en un segundo plano.

—Lamento decirle que no. Eso es todo lo que ocurrió —explicó él, estirado y con una expresión reflexiva—. Antes de que contestara a mis preguntas, dos vehículos sin identificar nos asaltaron en una emboscada. La ráfaga de balas alcanzó a Spinosa y murió en el acto. Laine y yo huimos del lugar y los despistamos. Ella era el objetivo.

—Claro —respondió, incrédula—. Ponce, entiendo su molestia, pero no colabora ocultando los detalles.

—Los dos vehículos cruzaron la vieja frontera —añadió Laine, irrumpiendo en la tensa conversación—. Si existiera alguna cámara de seguridad cercana, es posible que haya un registro de los vehículos. No tuvimos tiempo para comprobar las matrículas. De habernos quedado…

Escudero la miró con desprecio.

—Gracias por la aclaración, agente… Comprenderán que habrá preguntas, verdugos y culpables, no solamente aquí, sino por parte de otros países… Así que hagan el ejercicio de recordar los otros detalles —expresó con soberbia y se incorporó del escritorio—. Ahora, pueden marcharse. Tómense el día libre, desaparezcan de aquí.

—¿No habrá informe?

—¿Usted qué cree, Ponce? —preguntó, exasperada—. Les estoy haciendo un favor. Me encargaré personalmente de transmitirle a Navarro lo ocurrido… Seguro que se alegrará.

Los agentes abandonaron la planta y se dirigieron al ascensor en silencio. Para Laine, había sido uno de los encuentros más embarazosos que recordaba desde que trabajaba allí. En esta ocasión, la agente palpó una tensión diferente, un miedo general que contaminaba el resto del espacio de las oficinas. Existía una amenaza que iba más allá de los propios intereses del Centro. Una amenaza real que sentía ajena a ella.

La puerta se abrió. Ponce se colocó a su lado sujetándose las manos y esperó a que el ascensor se pusiera en marcha.

—Gracias —dijo con voz seca.

Ella arqueó las cejas.

—Sabes que puedes confiar en mí.

—Ya… —contestó, sin más puntualización. No era lo que ella

esperaba por su parte, pero tampoco podía exigirle demasiado—. Reúnete conmigo en una hora, en la Cuesta de Moyano.

—¿Tú, entre libros? Esto sí que es una sorpresa —dijo ella—. ¿Llevarás una rosa en la solapa para que te reconozca?

No obstante, a Ponce no le hizo gracia su comentario.

—No estoy para bromas. Hoy, no. Preocúpate de ser puntual. Eso es todo.

Cuando llegaron al aparcamiento, se dirigieron en direcciones distintas. Ella lo siguió con la mirada. Él abrió la puerta del Jaguar y la observó en la distancia mientras ella se subía a la motocicleta.

—¡Laine!

—¿Sí? —preguntó, colocándose el casco integral.

—¡Conduce con cuidado!

5

Laine regresó a su apartamento de Chamberí y escogió una vestimenta más casual que el traje oficial de oficina. Si iban a reunirse en un lugar público, lo más apropiado era cambiarse de ropa, para no parecer una seria funcionaria del Estado. La conversación con Escudero había socavado más dudas en su cabeza y ahora sentía intriga por conocer la razón del misterioso encuentro con su compañero.

La Cuesta de Moyano era un punto icónico del centro de la ciudad, situado entre el Jardín Botánico y el parque de El Retiro, a escasos metros de la Estación de Atocha. La cuesta de baldosas estaba plagada de casetas de libros de segunda mano, de deportistas que corrían en sendas direcciones y de curiosos que se acercaban a manosear los montones de ejemplares que ocupaban los quioscos.

Puntual como un británico, lo encontró junto a la estatua de hierro de Pío Baroja, inquieto pero inmóvil como el mismísimo monumento, con sus gafas de aviador y el abrigo que nunca se quitaba, hasta que las temperaturas primaverales ascendían lo suficiente como para convertirlo en una prenda innecesaria.

La agente iba vestida con una camiseta de rayas horizontales blancas y negras, vaqueros ajustados y su inseparable chaqueta de cuero. Rodeados de individuos, se acercó a él.

—Pareces una adolescente —comentó al verla.

—Lo tomaré como un elogio. No puedo decir lo mismo de ti.

—Demos un paseo.

Accedieron al enorme parque por la puerta del Ángel Caído y tomaron la enorme subida de árboles y asfalto que los dirigía al otro extremo de los jardines. Sin duda, reflexionó ella, era un lugar perfecto para que nadie percibiera su presencia. Después de recorrer un tramo en silencio, el compañero decidió hablar.

—Te habrás percatado de que Escudero lo sabía…

—Me he dado cuenta de muchas cosas, Ponce… y no me gusta nada ser la última en todo.

—A mí tampoco —dijo y avanzó unos pasos—. Desconfío de Escudero por no haberme dicho nada cuando recibió el mensaje de Spinosa…

—Por eso no has mencionado la tarjeta de memoria, ni el nombre de la organización… Si nos descubren…

—Tranquila, no lo harán, a menos que te vayas de la lengua —aclaró—. ¿Has visto la cara que ha puesto?

—No parecía muy impresionada.

—Por eso mismo. Está al corriente de la existencia de Exitium, así que doy por seguro de que también lo está Navarro. No es ninguna novedad que posea más información que nosotros y que no quiera contárnosla. De hecho, siempre ha sido así. Es su trabajo, no el nuestro.

—Pero no podemos operar sin estar al tanto de lo que acontece a nuestro alrededor. Eso pone en peligro nuestra actividad.

—Ahora, ya lo sabes… —comentó y suspiró con pesadumbre—. Gabriella Spinosa y yo habíamos trabajado juntos en el pasado, cuando los servicios secretos italianos y los españoles tenían una alianza real. Por supuesto, quien dice real, dice de interés mutuo. En el fondo, todo es mera fachada.

—Tal vez eso funcione con la jefa, pero mi instinto me dice otra cosa.

—No sé a qué te refieres, la verdad.

—Vi cómo la mirabas. Ahí había algo más que una relación profesional.

Él ladeó el rostro.

—Eso fue hace mucho. Tuvimos un idilio durante una misión en Marrakech, pero ambos sabíamos que era algo imposible. Spinosa tenía su vida en Italia y yo la mía aquí. En este oficio, cuando eso sucede, nunca puedes llegar a confiar del todo en otro espía de un país distinto al tuyo. Fue nuestra última operación juntos.

—¿Cómo sabías que no te utilizaba para sacarte información?

Ponce sonrió.

—¿Qué te hace pensar que no era yo el que la usaba a mi favor? —cuestionó y Laine calló, dándole la razón—. Por supuesto, cada uno mantenía sus fines, pero eso no afectó a la relación sentimental.

Sabíamos dónde estaban los límites, éramos conscientes de que aquello terminaría en cuanto regresáramos cada uno a su casa… Gabriella dejó el AISI hace unos años, después de que en su país hubiera una criba de personal. Me contó que había iniciado una relación con un hombre y que había puesto fin a su carrera como agente internacional. Lo último que supe de ella era que vivía a las afueras de Roma.

—Con Palmieri —mencionó ella—, el hombre al que nombró.

A Ponce le cambió la expresión. No le agradó recordar el apellido de aquel tipo.

—Sí, Giancarlo Palmieri… Otro agente.

—Parece que te duela.

—En absoluto, Laine. Todo el mundo tiene derecho a tomar las decisiones que mejor convengan a su vida.

Entre líneas, la compañera apreció que la causa de la ruptura había sido algo más que mutua. No obstante, aún no había llegado el momento para que Ponce se confesara. Cuanto más tiempo pasaba junto a él, mejor comprendía sus tiempos de espera.

—De todos modos, eres tú quién dices que un agente lo es para siempre…

—Y sigo pensando lo mismo, razón por la que me preocupa la manera en la que recurrió a nosotros.

—Ahora te refieres a la memoria.

—Algo muy cruel se cuece en Europa para que hayamos sido testigos de algo así… Presiento que las cosas van a dejar de ser como eran antes —prosiguió. Alcanzaron la primera fuente, dieron un vistazo a su alrededor para cerciorarse de que nadie los vigilaba y continuaron hacia el Palacio de Cristal. Ella seguía los pasos del compañero—. Sé lo que estás suponiendo y voy a aclararte las dudas.

—Confías demasiado en tu instinto.

—En lo que se refiere a Spinosa, lo único que me preocupa es saber para quién trabajaba… Me temo que esos documentos no llegaron a sus manos por accidente. Algo muy turbio debió de hacer para darse cuenta de que necesitaba contarlo…

—No ibas mal encaminado, aunque creí que me sorprenderías con una declaración de intenciones.

—Ahora eres tú quién subestima mis pensamientos —remarcó,

apartando el tema sentimental por completo—. Laine, sé que miras a tu alrededor y todo parece seguir su curso, pero no es así. Lo que vemos ahora, puede cambiar por completo. Nadie esperaba una guerra en el 36, tampoco en el 39. Y sucedió. La historia de la humanidad es cíclica y la existencia de una agencia con fines ajenos a los gobiernos pone en peligro muchas cosas. La estabilidad de Europa, la guerra de información entre países, las relaciones internacionales en la política… y, finalmente, cuando todo desencadena en un conflicto de intereses, la vida de quienes habitamos este planeta. Hablamos de terrorismo, de criminales… y me da igual cómo los etiqueten. En el instante en el que los secretos de Estado se convierten en mercancía para el mejor postor, todo puede suceder.

—Pero un enemigo común debería reforzar los lazos entre países.

—O debilitarlos aún más —replicó—. Trabajamos para mantener la seguridad y el control de lo que pasa aquí dentro. En el momento en el que se siembra la duda, la sombra de la sospecha cae sobre todos nosotros. No existe mayor peligro que la incertidumbre y la desconfianza.

—No seas conspiranoico, Ponce —señaló ella, restándole importancia a la odisea que el agente estaba montando con su discurso—. Si uno de los nuestros nos hubiese traicionado, ya lo habrían notificado.

—¿Cómo puedes estar tan segura de lo que dices, agente?

—Empleo la lógica. Los tentáculos del CNI tienen acceso a todo.

—Tu inocencia nunca deja de sorprenderme —respondió con paternalismo y un halo de preocupación—. Esto no es la CIA, ni España está a la altura de lo que esperan los ciudadanos del país. Tampoco lo están muchos países de Europa… Nosotros no somos más que los peones de Escudero que, a la vez, no deja de ser otro peón en el tablero… La única crisis que he vivido como agente, me sorprendió desprevenido… El cambio de CESID a CNI se llevó por delante a muchos colegas que pasaron de ser héroes a traidores. Como dicen los rusos: si no hay hombre, no hay problema…

—¿Y crees que Escudero está al corriente de la existencia de esos documentos?

—Por supuesto que lo está.

—¿Y no piensas que debería saber la verdad? Tú mismo intentas formar parte del conflicto.

—Demasiado tarde. Eso sería un error. Ya hemos mentido y… recular nos saldría caro —respondió convencido—. Debemos contactar con Palmieri, recuperar la otra memoria y obtener el listado de los nombres de esos agentes. Después, decidiremos qué hacer con ellos. Solo así podremos salvarnos.

—No podemos justificar un viaje a Roma sin un pretexto.

—Algo se nos ocurrirá.

Laine reflexionó la respuesta de su compañero.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Inténtalo.

Ella se detuvo y lo miró de frente. El rostro frío de Ponce la contemplaba desde lo alto.

—¿Lo haces por ella o por ti?

—Si lo hubiera hecho por alguno de los dos, Spinosa seguiría con vida. Esto forma parte del trabajo. No lo olvides nunca.

6

El encuentro con Ponce no ayudó a que disminuyeran los niveles de ansiedad de su cuerpo. La agente no pasaba por su mejor momento. Se sentía inquieta, desconcentrada y con una constante presión en el estómago.

Es normal, será temporal, dijo el médico.

Deporte, pastillas para dormir mejor y baños calientes.

Pero los remedios únicamente parcheaban un problema de mayor magnitud que se escondía en lo profundo del subconsciente.

Lo último era enfrentarse al dilema de ponerse de lado del Centro o apoyar ciegamente a Ponce.

Pensó que necesitaba apoyo moral, escuchar una voz en la que confiaba y que lograra apaciguar el desasosiego. Y se acordó de su madre tras pasear por los Jardines del Buen Retiro. Dana no había vuelto a tener noticias de ella desde aquella tarde en una cafetería, casi un año atrás, pero no existía forma de dar con su paradero. Nunca llegaba a acostumbrarse a esa ausencia intermitente. Los ingleses tenían el dicho de que, a falta de noticias, buenas noticias, pero para Dana no funcionaba así.

Cuando llegó al domicilio, dejó las llaves sobre la mesa del salón y se sentó en el sofá para descansar unos minutos. Los rayos de sol entraban por la cristalera que daba a la calle, calentando el suelo de madera. El apartamento de la calle de Ponzano seguía desangelado, sin decoración ni detalles. La calzada vibraba con el bullicio de las primeras horas de la tarde, pero las ventanas impedían que el ruido rompiera su tranquilidad. No era la calle más serena de Madrid. De hecho, era probable que fuese una de las más activas de toda la capital. Sin embargo, asomarse a la ventana, ver a la gente entrando y saliendo de los bares, oír el ruido de las conversaciones… De alguna manera, todo aquel bullicio la alejaba del vacío que llevaba dentro y la acercaba a un extraño estado de normalidad.

Cuando comprobó la hora, notó que llevaba demasiado tiempo en activo, operando como una máquina. Eran las consecuencias de la falta de descanso. Relajada, con la cabeza apoyada en el sofá, sintió una vibración del teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros. Un mensaje nuevo había llegado a la bandeja de notificaciones.

Sacó el aparato, verificó la pantalla y contempló el icono de la aplicación para ligar.

«Oh, no…», se dijo antes de abrir el mensaje.

Se había olvidado de él por completo.

Tal y como esperó, el mensaje era de Javier. Ante la indiferencia de su propuesta anterior, el candidato se había limitado a insistir con un signo de interrogación. Dana sabía que era su última oportunidad para conocerlo en persona. Por su experiencia y por su forma de comportarse con ellos, había aprendido que la mayoría de los hombres soportaba peor el dolor que la espera, pero en los tiempos modernos de la digitalización y del amor por catálogo, cuando la demanda no obtenía respuesta, el cortejo terminaba con un simple bloqueo. Había más carne, más producto y ninguna gana de perder el tiempo con personas desconocidas a las que no verían nunca.

Ella sospechó que, si Javier guardaba en sus adentros un poco de amor propio, no la esperaría demasiado.

«No seas boba y contesta».

A pesar de la apatía que sentía en ese momento para interactuar con él, frente a la pantalla, se planteó dar el primer paso.

Por un lado, estimó que le vendría bien descansar y recuperarse. El dolor de mandíbulas terminaría con ella si continuaba con aquella rutina de café, comida a domicilio y exceso de deporte. Por otro, hablar con personas ajenas a su círculo, tomar el aire y fingir por unas horas que otros mundos no existían, era beneficioso para su cuerpo y para su salud mental.

«¿A las 18?», escribió sin más explicaciones.

No tenía ganas de decidir, ni tampoco de alargar una conversación que tendrían más tarde. La agente sabía que algunos hombres tecleaban demasiado y eso le cortaba las ganas de conocerlos.

Javier confirmó la hora y adjuntó una dirección.

«Plaza de Olavide».

Perfecto, comentó en silencio y le respondió con un breve «OK».

Buscó el lugar en su mapa mental. No estaba muy lejos de allí, así que contaba con un buen margen de tiempo. Calculó que podría dormir un par de horas antes de darse una ducha y acudir a la cita.

Quizá había llegado el momento de hacer frente a las necesidades personales y no a las de Ponce. Al menos por un rato, hasta que el Centro requiriera sus servicios.

Cerró los ojos, suspiró y dejó el teléfono sobre el asiento del sofá.

Poco a poco, sintió una fuerza que la aplastaba contra el mueble.

Respiró profundamente.

El ruido de la calle desapareció y las voces se convirtieron en un fino zumbido casi inapreciable.

Antes de arreglar el mundo, el suyo y el de los demás, lo que deseaba era aquello, una profunda siesta.

Labios rojos, perfume fresco, ojos azules y el cabello aún húmedo por la ducha. Al duro ritmo de la música, Dana tarareaba por encima de la voz rasgada de Lemmy, cantando *Overkill* de Motörhead. El sonido de las sucias guitarras irrumpía por el altavoz inalámbrico del dormitorio y los golpes de la batería hacían vibrar las paredes.

Eligió su atuendo habitual: vaqueros ajustados, una camiseta blanca y su inconfundible cazadora negra de cuero. Para ella, esforzarse demasiado suponía un signo de fragilidad.

No se lo iba a poner tan fácil. No, al menos, a primera vista.

Mientras se perfilaba los ojos frente al espejo, reflexionó que era la primera vez que veía a ese chico y que hacía tiempo que no se ilusionaba con una cita. Después cayó en la cuenta de que aquel podría ser su error. Dana solamente se esforzaba en el trabajo y en el gimnasio, pero no en el resto de las áreas. Su madre le había enseñado a no tener apego a nada, ni siquiera a las personas. Meditó la reflexión durante unos segundos, guardó el lápiz y apagó las luces del cuarto de baño.

Segundos más tarde, abandonó el apartamento siguiendo el ritmo de la música por los auriculares inalámbricos que había conectado al teléfono.

Chamberí vibraba con fuerza a esa hora de la tarde, creando una secuencia de movimiento con el tráfico de los coches que regresaban a sus domicilios, el tránsito de los que salían a comerse el mundo y el ruido de persianas metálicas que nunca cesaba.

Bajó por Santa Engracia, mirándose en el reflejo de los escaparates para asegurarse que todo estaba en su sitio. Después llegó a la glorieta del pintor Sorolla, donde se encontraba la estación de metro Iglesia. Tomó la calle de Eloy Gonzalo y comprobó que el momento se acercaba cuando el cosquilleo de la expectación comenzó a acariciarle la parte baja de la espalda.

Acudía puntual, tal y como dictaba el código. A diferencia de otras personas, Dana no sabía llegar tarde, por mucho que se empeñara y tampoco le gustaba esperar más de la cuenta. La rígida puntualidad del CNI la había convertido en un reloj suizo.

Cuando llegó al lugar, se dio cuenta de que había cometido el fallo de no especificar el punto exacto. La plaza de Olavide tenía ocho entradas, un parque central y varios bares junto a cada esquina. A esa hora, con toda la muchedumbre ociosa, parecía complicado reconocer un rostro que había visto en dos fotografías. Y eso que identificar a terceros formaba parte de su trabajo diario.

La agente se quedó quieta frente a la entrada de Casa Puebla, una taberna centenaria de tostas, aperitivos y raciones caseras y giró la cabeza haciendo un barrido visual de la plaza, observando a los niños que jugaban en los columpios y a los dueños de los perros que sacaban por última vez a sus mascotas.

Comprobó la hora una vez más.

Habían pasado dos minutos de la hora establecida y suspiró, cuando una mano la alcanzó por detrás.

Como un vaso de café a punto de desbordarse, Dana notó los dedos que tocaban su hombro con timidez. El pulso se le disparó. Una reacción natural, propia del oficio, de la desconfianza y de la ausencia de contacto humano, la puso en guardia, dispuesta a reprender a la persona con un gancho, pero lo evitó a tiempo.

El extraño retrocedió, asombrado por su reacción.

—Lo siento —dijo, temeroso, con cara de póker y con una sonrisa desconcertada—. No pretendía…

—¿Javier?

Él cerró los ojos y se rio.

Ella seguía con el semblante serio.

—Dana, ¿verdad? —preguntó. Ella se fijó en su rostro, en su cuerpo postura atlética y en su espalda ancha. Era más alto que ella, pero no tanto como Ponce y eso le gustó. Con un simple vistazo, se dio cuenta de que era más guapo que en las fotos y le agradó lo que vio. No siempre era así. Las pantallas acababan siendo un juego de espejos y en el pasado se había llevado varias decepciones con las citas a ciegas.

—Perdona, debí acercarme de frente.

Dana hizo una mueca tímida, bajó la guardia y relajó la espalda.

—No pasa nada. No te he visto venir.

El ritmo cardíaco recuperó la normalidad.

Ambos rieron.

—Por fin nos conocemos. Ha costado traerte hasta aquí.

—Toda espera merece la pena.

—Hablas muy bien español.

Ella arqueó una ceja, extrañada por el comentario.

—Soy española.

—Vaya, pensé que por tu nombre y tus ojos…

—Déjate algún piropo para más tarde. ¿Tomamos algo? —preguntó ella, tajante y sin reparo.

Pensó en disculparse, pero era demasiado pronto para dar explicaciones.

Él asintió, sorprendido por la actitud de la agente.

—Por supuesto.

7

A pesar de las indicaciones del médico, Dana consideró que una cerveza no le sentaría mal para rebajar la tensión del encuentro.

Tomaron asiento en la terraza de la taberna donde lo había esperado, pidieron dos dobles de cerveza y Javier arrancó la conversación con banalidades para romper el hielo. La agente dedujo que él tenía más práctica que ella con los primeros encuentros. Intentó mostrarse abierta, simpática y relajada, como una chica más de las que ocupaban el resto de la plaza. Sin darse cuenta, la primera hora pasó en un suspiro. Para ella, fue una buena señal. Javier la abordó con diferentes cuestiones para generar comodidad y conocerla un poco más. Finalmente, a medida que los temas de conversación se desvanecían, cometió el error de hablarle de su trabajo, del poco tiempo que tenía últimamente y de lo sacrificado que era para él esmerarse en una gran corporación, como si a ella le importara lo más mínimo. Cuando le preguntó sobre su empleo, Dana hizo una pausa.

—Soy funcionaria del Estado —respondió, expectante a la reacción. El chico se quedó indiferente, a la espera de una definición más concreta—. Trabajo como investigadora para las universidades públicas.

—Vaya, interesante… —comentó, sin demasiado entusiasmo. Dana detectó que ella le gustaba. Las muestras eran evidentes y su lenguaje corporal, un abanico de indicadores. Ahora le tocaba a ella decidir. También dedujo que el chico estaría dispuesto a estirar los minutos, aunque no tuviera interés en sus quehaceres laborales—. Entonces, tienes un empleo estable, sin horas extras, sin jefes…

—Eso es un cliché, un mito. Trabajar para el Estado no es una bicoca, como muchos creen. En ocasiones te juegas la vida.

Javier la miró y se rio, suponiendo que bromeaba. Lo pensara o no, era todo lo que podía contarle. Dana entendió que era mejor así

y le acompañó con una sonrisa.

—Hay algo misterioso en ti que me gusta, no te voy a mentir.

—Aunque quisieras, no podrías engañarme.

—¿Quieres que te ponga a prueba?

—Demasiado atrevido para la primera cerveza, ¿no crees?

Sus ojos se encontraron y un chispazo los encendió.

—En ese caso, pidamos otra.

La tensión se distendió y el sol se ocultó, dando lugar a una velada agradable. Tres horas más tarde, con el estómago vacío y con una tasa de alcohol en sangre lo suficientemente alta como para reír por cualquier estupidez, Javier la invitó a su apartamento, a dos calles de allí, para mostrarle su colección de vinilos de bandas de música rock. El viejo truco de los hombres para meter a una mujer entre las sábanas de su cama, pensó ella. Una propuesta atrevida que habría rechazado en otra ocasión, pero a esas alturas, se dijo que no perdía nada. Laine tenía tantas ganas como él de romper las telarañas de su corazón y dejarse llevar por un rato. Al chico le sorprendió su actitud, ya que no opuso restricciones a la visita, pero Dana tenía pocas esperanzas en una cita que había conseguido a través de una aplicación móvil. No pretendía fingir sus intenciones ni obligarlo a que se esforzara más de la cuenta, pues era él quien se había mostrado fácil y predecible. Por otro lado, tampoco se sentía amenazada por las intenciones de Javier, que había sido educado y atento con ella hasta ese momento.

En el peor de los casos, si se excedía más de la cuenta, no tendría reparo en marcarle los límites.

El apartamento era más pequeño que el suyo, pero estaba mejor decorado.

Los discos pasaron a un segundo plano en cuanto cruzaron el zaguán de la vivienda.

El roce de sus cuerpos provocó un beso fortuito que Dana no desaprovechó. Ambos se dejaron llevar por las pasiones internas, la ebriedad que desinhibía sus vergüenzas y el deseo emergente de sus cuerpos. Sin despegarse, Javier la guio hasta el dormitorio agarrándola de la mano. En un acto inesperado, Dana lo lanzó contra la cama, se quitó la cazadora y después la camiseta. Encantado con la iniciativa de la agente, él hizo lo mismo y se desnudó con rapidez, dejando a la vista el torso y un tatuaje de una

calavera mexicana que llevaba sobre el pecho.

—¿Y eso? —preguntó Laine, en sujetador, desabotonándose los vaqueros.

Sonrojado, miró al tatuaje y se rio.

—Es una larga historia.

—Me la cuentas más tarde —comentó ella y saltó sobre él.

El deseo ardiente aumentó, como también lo hizo la temperatura de sus cuerpos, pero ninguno de los dos daba el primer paso por acercarse a las zonas más íntimas.

Esa noche, Dana tenía claro cuál sería el resultado de la cita, sin pararse a pensar en lo que vendría después. No era el momento para hacer conjeturas sobre el futuro de los dos. Siguieron los besos apasionados, el tacto de sus cuerpos y los movimientos torpes del amante, que intentaba sin éxito desabrocharle el sostén.

«¿Necesitas que te haga un croquis, tío?».

Tanta ineptitud le estaba cortando el apetito sexual.

De pronto, un ruido interrumpió el intenso magreo carnal.

—Espera —dijo ella, separándose de sus labios y de sus manos y girando la cabeza. La melodía procedía de su cazadora. Era el teléfono móvil.

El muchacho la miró confundido, con las cejas levantadas, esperando a que volviera su atención hacia él para terminar con la misión de desnudarla por completo.

—¿Lo vas a coger o no? —preguntó, tosco y molesto por su tono de voz. La melodía seguía sonando y la magia comenzaba a enfriarse—. Seguro que puede esperar.

Pero, aunque Dana seguía allí, con las rodillas clavadas en el colchón y la pelvis pegada a la dura entrepierna del chico, su cabeza pensaba en Ponce, en Escudero, en Spinosa y en la agencia internacional que conspiraba contra el mundo. Los destellos de la ráfaga de balas aparecieron en su cabeza como un recuerdo maldito. Respiró unos segundos, ignorando la melodía y esperando a que cesara para regresar al presente y terminar lo que había comenzado. Pero, en su trabajo ninguna llamada era accidental.

—Dame un minuto —dijo, dejándose vencer por la preocupación y la intriga.

Se levantó y en el espejo del armario encontró la expresión de malestar de su cita.

Buscó el móvil, comprobó el número y entendió que la larga lista de números de la pantalla soló podía proceder de un lugar.

—¿Dónde está el baño?

Él meneó la cabeza, decepcionado, consciente de que esa noche no llegaría más lejos y señaló a una puerta.

Dana caminó hacia el cuarto y cerró.

—¿Sí, diga?

—Agente Laine, lamento interrumpir su día libre —comentó Escudero con voz lineal al otro lado de la línea, sin remordimientos, como si no recordara nada de lo acontecido durante la mañana en su despacho—. Necesito que se presente en el Centro lo antes posible.

—¿Ha sucedido algo?

—No se lo puedo comunicar por esta línea. Es su número privado.

Laine miró hacia la puerta y por un instante vaciló en insistir por la razón de la llamada, pero no se encontraba en el sitio idóneo para hablar.

—Por supuesto, agente. Voy de camino —dijo y colgó.

Se miró al espejo del cuarto de baño, apretó los puños con impotencia y respiró hondo. Javier tendría que esperar un poco más.

Al salir del cuarto, él seguía ahí, pendiente de una explicación de su parte, que nunca llegaría.

«Lo siento, chico. No es algo personal».

En silencio, Dana cogió su camiseta, los vaqueros, se vistió y se puso la cazadora.

—Debo salir, es urgente —le dijo, mientras el hombre la miraba, semidesnudo y con cara de tonto—. Tendremos que continuar otro día.

—¿Te vas? ¿Así, sin más?

Laine le clavó una mirada helada.

Entonces entendió por qué los hombres le duraban tan poco.

—Tu colección de discos —dijo y se colocó la melena por detrás de la cazadora—. Al final, no me la has enseñado…

Dana caminó hacia la puerta.

El chico se levantó y salió tras ella para contenerla.

—¿He hecho algo mal, Dana?

«Déjalo estar y no seas ridículo».

La agente no llegaba a comprender por qué los hombres eran incapaces de ver más allá de su ombligo.

—No, no es eso. Otro día, ¿vale? Te llamaré… Cuídate.

Le dio un beso en la mejilla y luego salió disparada por las escaleras, recordando que no habían intercambiado los números de teléfono.

8

Cuarenta minutos más tarde, un taxi la dejó en las inmediaciones de «La Casa». Aprovechó el viaje para adecentar su imagen y tomar un respiro. Pensó en Javier, que pronto se convertiría en otro más en su lista de fracasos y le preocupó cuál sería el interés de la llamada de Escudero.

Cuando llegó a la planta de su departamento, la jefa y Ponce esperaban en el interior del despacho.

—Me he dado toda la prisa que he podido —comentó, cerrando la puerta. El agente se fijó en su apariencia y dedujo de dónde venía. Una mirada de complicidad bastó para no hacer ninguna clase de comentario al respecto.

—Agente Laine —mencionó Escudero, cargando los pulmones de oxígeno e iniciando la conversación—, el agente Ponce ha mostrado su interés para limpiar la imagen de la sección y arreglar el estropicio que provocaron ayer.

—Un momento, ¿cómo dice?

Escudero condujo la mirada hacia Ponce.

—Como supongo que estarán al corriente de la agenda europea, sabrán que en una semana se celebran las votaciones en Estrasburgo para decidir el futuro de Turquía y su anexión a la Unión Europea… A pesar de la oposición de la gran mayoría de la cámara, existe la contingencia de que haya un cambio de decisión por parte de algunos estados miembro… Y eso es un riesgo —explicó, con un discurso hilado que se había preparado anteriormente—. Mañana a primera hora, el ministro del Interior, en un viaje extraoficial, se reunirá en Roma con un representante francés, uno alemán y otro polaco, para tratar de influir en la decisión final de los europarlamentarios de sus respectivos países.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —cuestionó Laine con un ademán contrario, adoptando una actitud defensiva.

Sospechó que su compañero había estado moviendo hilos en las horas de descanso y eso la sacaba de sus casillas.

—No debería hablar en ese tono, agente —advirtió la jefa, recordándole dónde se encontraba.

—Escucha lo que tiene que decir —señaló Ponce.

—Gracias, agente —comentó Escudero, dio un respingo y continuó—. Dado que es un viaje extraoficial, la seguridad de que sea así hasta su retorno será de máximo secreto… Es decir, habrá que evitar a la prensa internacional y silenciar a todo aquel que intente hablar más de la cuenta. Ya saben a lo que me refiero.

—Entendido —dijo el compañero.

—Estos días, aunque el foco esté puesto en Bruselas y Estrasburgo, cada capital europea es un nido de agentes de diferentes países, sonsacando información e intentando influir en las decisiones finales del proceso —prosiguió Escudero con la explicación—. Por esa razón deberán acompañar al ministro y asegurar la total privacidad de la reunión, para evitar desencuentros que lo puedan meter en una situación comprometida. El agente Ponce, en nombre de los dos, ha manifestado su decepción por lo ocurrido y se ha ofrecido a aceptar esta misión para reparar los daños provocados por el incidente de Portugal.

—Ya veo.

—También entiendo que, por su reacción, no le agrada la noticia —remarcó la superior—, pero debo recordarle que es una oportunidad excepcional para recuperar la confianza de sus superiores… Eso sí, no se preocupe, agente Laine…, no quedará constancia de su negativa… Entiendo que siga conmocionada por lo acontecido y que desee renunciar… Está en todo su derecho. Hasta la fecha, restando el último episodio, ha cumplido las exigencias desde que entró en el Centro, pero eso no significa que no sea la agente de campo con menos experiencia del departamento.

—Creo que está siendo un poco injusta conmigo.

—Le recuerdo que nunca llegó a completar su entrenamiento.

Dana sintió que le habían tendido una trampa. La falsa condescendencia de Escudero la ponía en una encrucijada mayor. En pocas palabras, si renunciaba, le daría la razón, asumiendo que no estaba preparada para el puesto que ocupaba. En ocasiones no entendía cómo esa mujer podía vivir con un corazón de lata. Por

otra parte, si aceptaba, terminaría cayendo en el juego de su compañero, que ni se había molestado en escuchar su opinión al respecto, antes de ofrecerse para la misión.

—Y bien… ¿qué piensa hacer al respecto, Laine?

La presión le provocó un sudor frío que humedeció sus manos. No sabía qué hacer, qué responder ni cómo salir airosa del encuentro. En su interior, algo le indicaba que ese episodio no le traería más que problemas. Ya no solamente debía asegurar la invisibilidad del ministro, sino que también tendría que lidiar con el interés oculto de Ponce, que no era otro que el de dar con el paradero de Giancarlo Palmieri, la pareja de la espía Gabriella Spinosa.

Nada podía salir bien de aquello.

Antes de tomar una decisión, tenía que hablar con su compañero en privado, a espaldas de Escudero.

—¿Puedo considerarlo? —preguntó, sabiendo que no recibiría el apoyo de la superior.

Ponce se frotó los ojos, indiferente, y Escudero comprobó la hora en su reloj de pulsera.

—Como poder, puede… Nadie se lo impide.

—Es todo un gesto de su parte.

—¿Qué quiere que le diga? Aunque, yo que usted, no lo alargaría demasiado —opinó la jefa, soberbia—. Mañana tendrá que estar aquí a las cinco y media de la madrugada, si quiere subir a ese avión. Si no da señales de actividad antes de las cinco, comprenderé su decisión y será reemplazada por otro agente.

—¿Reemplazada?

Escudero sonrió con sarcasmo.

—Aquí nadie es imprescindible y todos somos reemplazables, agente Laine. No se preocupe por eso. Esto es el CNI. No estamos escasos de personal.

9

Imaginó el rostro de Ponce como si fuera el saco de boxeo. Un buen directo en el tabique nasal de ese hombre, pensó. Eso era lo que necesitaba para quedarse tranquila.

Abandonó el despacho, malhumorada y ofendida por la falta de respeto que su compañero había mostrado hacia ella. ¿Cómo iba a confiar en él, si era el primero en ocultarle sus intenciones?, se cuestionó cuando buscaba la salida del edificio, lamentando ser tan cándida. Ponce tenía razón, supuso. Nadie conocía a nadie allí dentro y la confianza, como la palabra, no servía para nada en cuanto abandonaban las paredes del edificio. Era obvio que el problema era de Laine, que había vuelto a caer en las trampas de la amistad y de la camaradería.

Caminó hacia el ascensor y oyó los pasos de su compañero que se dirigían hacia ella.

—¡Agente, espera! —exclamó, a escasos metros. Ella lo vio caminar a gran velocidad. No quería compartir el espacio con él, ni tener que respirar el mismo aire, así que pulsó repetidas veces el botón y las puertas del elevador se cerraron, evitando que entrara.

—¡Puf! —exclamó, apoyando la cabeza en la pared del ascensor y cerrando los ojos.

Estaba rendida ante la situación.

La campana sonó para avisarla de que había llegado al vestíbulo principal y lo primero que advirtió fueron las puntas de los zapatos del agente.

—¿Puedes escucharme?

—Olvídame, Ponce —dijo, abriéndose paso, caminando en línea recta hacia la salida—. Eso no fue lo que hablamos. Eres un sinvergüenza.

El compañero se quedó atrás observándola, esperando a que diera la vuelta.

—Laine, dame un minuto.

Ella apretó los párpados y chasqueó la lengua. No lo soportaba. Solamente quería marcharse a su casa y olvidar el mal trago. Se limitó a guardar silencio e ignorar las súplicas. No necesitaba escuchar más excusas.

—¡Agente! —exclamó con voz seria, provocando un eco en las instalaciones. La mano del hombre la sujetó por el antebrazo. Dana sintió una descarga en su cuerpo, apretó los puños y se giró bruscamente, encarándolo con firmeza. Dada la respuesta, Ponce la soltó antes de que el puño lo alcanzara—. Tranquila, diablos… Dame un maldito minuto. Después puedes hacer lo que te salga de las entrañas.

Un minuto, sesenta segundos. Ni uno más, ni uno menos. Eso era todo lo que ella estaba dispuesta a aguantar frente a su colega. Los zapatos brillantes del agente se dirigieron hacia ella, regresando de la máquina expendedora que había en uno de los pasillos. A esas horas, la cantina del Centro estaba cerrada.

—Toma.

Un café aguado, recalentado y con leche en polvo. Eso fue todo lo que él pudo ofrecerle. Un disparo químico al aparato digestivo.

Dana contaba los segundos para que la conversación terminara antes de comenzar. El propósito de Ponce no era otro que el de convencerla de que había hecho lo correcto por el bien de los dos.

—No tienes razón —contestó ella, sujetando el vaso de plástico —. Me has mentido otra vez. Lo estás haciendo ahora y lo harás de nuevo… Comienzo a sospechar que padeces una enfermedad.

—No me vengas con tonterías.

—Ni siquiera me has consultado qué opinaba al respecto… Lo sabías. Estabas al corriente del viaje del ministro y no has tenido los santos huevos de decirme nada. ¿Qué entiendes tú por confianza?

—Eso no es cierto, agente —replicó, tensando el cuello, aunque sin perder la compostura—. Tú te has tomado el día libre y yo he seguido trabajando. ¿Te crees que me iba a ir a casa a meditar las palabras de Escudero? ¡Carajo! Ni que me conocieras de ayer…

—¿Ayer, hoy, mañana? Estoy en un momento en el que dudo hasta del color de tus ojos.

—Sabes de sobra que me gusta estar al corriente de lo que ocurre a mi alrededor y más ahora, después de lo sucedido… Mira,

Laine, sé que a veces no tengo tacto ni palabras para expresar lo que pienso, pero quiero que sepas que lo he hecho por los dos… El ambiente está crispado aquí y en la Moncloa. Se palpa la tensión en el departamento y Navarro está esperando la ocasión para pagar sus errores con Escudero… Y sabes quién va detrás, ¿no?

—¿Eso es todo lo que tienes?

Él no titubeó.

—Sí.

—Sé un poco más original e invéntate algo nuevo.

—Olvida lo ocurrido en Portugal y piensa en tu futuro entre estas cuatro paredes —espetó, señalándola con el dedo índice—. Has sido la última en llegar y aún estás aprendiendo a desenvolverte. No somos la sombra de Escudero, sino quienes la protegen.

—Gracias por el consejo, pero nadie te ha pedido que fueras mi mentor.

—Lo que intento explicarte es que se trata de una misión de bajo riesgo. Un viaje de ida y vuelta, un tramo rutinario, veinticuatro horas, en las que asegurarnos de que no hay mirones y de que el político duerme en el hotel. Mientras estamos allí, el aire se renueva aquí dentro.

—Bajo riesgo… Eso mismo dijiste hace unos días y terminó con una refriega.

—No, esto es diferente —protestó, agachando la mirada y acariciándose los labios con los dedos—. Los políticos son frágiles y desconfiados. Creen que tienen el poder, pero no saben ni la mitad de lo que sucede fuera de las cuatro paredes de sus despachos. Ellos no tienen nuestra formación ni han sido entrenados como nosotros… Se limitan a tomar decisiones desde un puesto privilegiado y perecedero… Créeme cuando digo que eso los carcome.

—¿Qué intentas decirme con todo esto? Deja de confundirme, Ponce. Si tan solo…

—Laine, si nos ganamos la confianza del ministro, es probable que estemos respaldados por una temporada… Quizá no sea lo más entretenido, pero, dada la situación, no nos viene mal explorar nuevas alianzas.

Dana lo observó fijamente, buscando la verdad oculta bajo sus

pupilas. No podía comprender que le estuviera soltando aquel sermón con tal de evitar una explicación verdadera. Llevaba la profesión tan metida en su manera de ser, que era incapaz de pronunciar los motivos en voz alta.

La agente suspiró hondo.

—Por última vez, Ponce, ¿tanto te cuesta?

Él alzó las cejas, reflejando su incomprensión.

—Eres tú quien tiene problemas para tomar una decisión.

—¿Qué hay de todo el asunto ese de confiar en el otro, de la lealtad, de ser un equipo y demás habladurías? ¿Se te ha olvidado de repente o pretendías ganarte mi simpatía?

—Cálmate y baja la voz —ordenó, miró a su alrededor y acercó la cabeza—. Si no confiara en ti, no me habría molestado en seguirte. De hecho, ya me habría buscado la manera de que continuaras ordenando folios en tu escritorio.

—Menuda consideración por tu parte. Al final tendré que estar agradecida —respondió, exponiendo su enfado, sin ocultar un ápice —. Eres increíble. Pensé que estábamos en otro nivel.

—No, estamos aquí, en la entrada.

—Tienes razón, ese es mi problema.

—Agente, si tanto te incomoda, quédate en casa.

Ella lo miró desdeñosa. No esperaba una respuesta así por su parte.

Había pronunciado la frase necesaria para provocar un incendio.

—Eres un maldito egoísta de mierda.

—¿A qué viene eso ahora?

—Una consulta. Es todo lo que pedía.

Ponce resistía impasible como una placa de hielo en un frío invierno.

—No he considerado apropiado interrumpir tu encuentro amoroso, pero Escudero no piensa igual.

Harta, Dana se acercó y lo agarró por la solapa de la gabardina de color crema, asumiendo el riesgo de derramar el café sobre el traje del espía.

—Sigue poniéndome a prueba y tendremos un problema de verdad —dijo y lo soltó, retirándose unos centímetros. Inexpresivo, Ponce bajó la mirada hacia la arruga y la quitó con la mano—. Ya que eres incapaz de soltarlo, lo escucharás de mi boca.

—No te adelantes, agente…

—Sé de sobra que vas a Roma para buscar a Palmieri y que has hablado con Escudero para que no me opusiera. Eso es lo único que te importa y eso es lo único que quería escuchar de ti… Vindicar a esa mujer, encontrar a las personas que le hicieron eso… Me dan igual las razones que puedas tener, pero no voy a participar otra vez en tus juegos, Ponce. Tú lo has dicho, no nos viene mal un lavado de imagen, así que pienso hacerlo a mi manera.

La expresión de Ponce seguía estática como un cuadro.

Cuando ella terminó de hablar, el agente esbozó una mueca.

—Corre, venga, ve y cuéntaselo todo a la jefa. ¿Te crees que me importa? —cuestionó, tranquilo y despreocupado—. Los soplones tienen las patas muy cortas aquí dentro. En cuanto descubres a un compañero, todos sospechan de ti.

—¿Eres idiota?

«Jamás haría eso».

—Entonces, ¿vienes o no?

—Ya me has oído —contestó, convencida y dispuesta a abandonar el edificio—. Me quedo aquí. No subiré a ese avión, así que no pierdas más el tiempo conmigo.

Aquello bastó para sentenciar la conversación.

Necesitaba una ducha, esta vez, bien fría, para despejarse y olvidar la cara del cretino de su compañero. Las personas cambian y no siempre con el tiempo. En ocasiones, un desencuentro es suficiente para que las relaciones sólidas se desvanezcan como un castillo de naipes ante una ventisca. Laine caminó hacia la salida, oyó a Ponce resoplar y carraspear para aclararse la garganta.

—En el fondo, Escudero tiene razón —comentó, levantando la voz para que ella lo escuchara—. Seguirás siendo una novata mientras no aprendas a separar lo profesional de lo privado.

10

Las ventanas del apartamento la protegían del jaleo de la calle, de una noche que no había hecho más que comenzar, aislándola entre las paredes de color vainilla y el suelo de madera.

«Eres una novata. Eso es lo que significas para él».

Ese fue el comentario que prendió la mecha de las inseguridades de la agente. Una frase que pronunció Ponce sin reflexionar sobre las consecuencias.

Dana estaba dolida, pero era consciente de que caer en las provocaciones del agente, significaba darle la razón.

Sentada en el sofá, veía *Sons of Anarchy* por enésima vez en la televisión. Le gustaba la simpleza de la temática de los episodios, que era la misma que la de otras series sobre mafias, aunque ambientada en un grupo de motoristas con negocios clandestinos. Quizá era por las motos, o quizá por la apariencia de los tipos rudos que aparecían en la pantalla. Una serie con un argumento predecible que, como las novelas que leía, le ayudaba a desconectar la mente, viajando por vidas que nunca llegaría a tener. Tampoco le disgustaba la presencia de Charlie Hunnam, el rubiales inglés que protagonizaba la serie, aunque su personaje y ella no tuvieran nada en común y los estereotipos masculinos como aquel solamente existieran en la ficción. Para ella, a partir de un momento en su vida, los hombres malos se convirtieron en una caricatura de sí mismos.

A los peligrosos era mejor tenerlos a tiro.

El salón estaba oscuro, a excepción del brillo de la televisión de cuarenta pulgadas que resplandecía en el rostro de Laine. Pidió comida a domicilio y ahora sobre la mesa auxiliar de IKEA había una caja de Telepizza y un botellín de Estrella Galicia. Agarró una porción de jamón y queso y la dobló con los dedos para hincarle el diente mientras no despejaba el ojo de la televisión:

«*Hay un viejo dicho que reza: lo que no te mata, te hace más fuerte. Yo no creo que sea así. Creo que las cosas que intentan matarte te enfurecen y te entristecen. La fuerza viene dada por las cosas buenas… Tu familia, tus amigos, la satisfacción del trabajo duro*».

Dana escuchó atenta el diálogo y reflexionó sobre las palabras del protagonista. No le faltaba razón a esa frase, aunque fuese un cliché. Desde su entrada en el Centro, a pesar de no haber terminado el periodo de formación, se había expuesto al riesgo, a la tristeza, al pánico, pero todo aquello era parte del trabajo y, por ende, lo que le proporcionaba la satisfacción de sentirse útil. Pero también había aprendido a mantener el nervio, a seguir adelante a pesar de las adversidades, a sacar fuerza de donde no había, por Ponce, por su madre, por demostrar que estaba a la altura de las exigencias.

Respiró profundamente, melancólica, ignorando el resto del capítulo cuando el exceso de grasa de la pizza la adormeció. Bebió un trago de cerveza, terminó la porción y se acomodó en el sofá. Después miró al otro extremo del mueble, que parecía más vacío que nunca y comprobó el teléfono móvil en busca de una señal. No había noticias de Javier. Tampoco de Ponce. Los minutos avanzaban y en su interior se lidiaba un duelo a espada para tomar una resolución. Detestaba que el compañero se apropiara de sus juicios, pero no podía remediarlo. Su mente era un mar de contradicciones. Por una parte, no quería darle la razón acudiendo a ese viaje, a sabiendas de que el otro intentaría sacar tiempo para realizar su investigación personal. Tarde o temprano los cazarían. No se necesitan cámaras para vigilar a una persona. Así que pensó que, quedándose en Madrid, anteponiendo la lógica a los sentimentalismos, dejaría al agente con un tercer compañero asignado por Escudero. Un agente cualquiera que no interferiría en el futuro de ambos.

Sin embargo, frente a la decisión fría, el corazón le dictaba lo contrario. La muerte de esa mujer, el disparo a quemarropa…

Ver morir a alguien no es santo de devoción de nadie.

Matar a una amistad es todavía peor.

¿Qué había de aquello de separar lo privado de lo profesional?, se cuestionó. Él estaba siendo incoherente. Juró venganza y no estaba dispuesto a renunciar a ella, por mucho que se resguardara en justificaciones. Roma era una ciudad difícil para los servicios secretos, otra boca de lobo, otro laberinto de sombras y de traiciones y más en una situación política como la que vivían. Esa tarjeta de memoria era la punta de un iceberg que los hundiría como al Titanic.

Laine se odió por momentos.

La serpiente que tenía a su lado la obligó a morder la manzana prohibida y el corazón venció a la razón.

No podía dejarlo solo.

11

A la mañana siguiente, aún de madrugada, Dana estaba preparada frente al portal de su edificio, vestida de uniforme oficial: un traje de dos piezas con una falda que embellecía sus trabajadas espinillas. El taxi la recogió y la llevó hasta las inmediaciones de «La Casa». El lugar estaba oscuro y tranquilo y las ventanas del bloque de oficinas en el que se encontraba su escritorio aún tenían las luces encendidas. Al llegar allí, se bajó del coche y caminó con paso firme, apaciguando los nervios que entorpecían sus pensamientos y convenciéndose de que todo saldría bien.

«Aún estás a tiempo para regresar».

Cruzó el aparcamiento y avistó el vehículo aparcado del compañero. Al pasar por su lado, notó el calor que desprendía el motor recién apagado.

El reloj marcaba las cinco y veinte.

Cuando llegó al departamento, atravesó el corredor y miró al bufete de Escudero, que tenía las cortinas bajadas. Abrió la puerta de la oficina y las miradas se dirigieron a ella.

—Buenos días, agentes —saludó, bajo la supervisión de Escudero y la sorpresa de su colega.

—Vaya, agente Laine. No la esperábamos —comentó la jefa, asombrada por la decisión final que había tomado—. Considerábamos que había renunciado. Ni siquiera se ha molestado en avisar.

La superior tenía razón. Había olvidado por completo notificar su asistencia.

—Lo siento, ha sido un despiste.

—Me alegro de verte, agente.

Ella negó con la cabeza.

—No importa —dijo la mujer y sonrió, mirándolos a ambos de detrás del escritorio—. Me satisface saber que ha tomado la decisión

acertada. No esperaba menos de usted… ¿Es su primera vez en la ciudad eterna?

—Me temo que sí —contestó, asediada por las expectativas de ambos—, pero estoy preparada.

—Espero que haya descansado.

Ponce la miró por encima de su hombro con un gesto de aprobación. Eso la reconfortó. A pesar de la carga que llevaba dentro, sabía que estaba en el lugar correcto.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Ya saben lo que tienen que hacer —explicó la jefa—. Como les dije, será una misión de incógnito. El avión aterrizará en Ciampino, no en el Aeropuerto de Fiumicino, para no llamar la atención de los agentes de seguridad italianos. Cuando salgan del avión, un coche privado los llevará directos al Hotel de Russie, ubicado en la *via* del Babuino, en pleno corazón romano. Tendrán un par de horas para acomodarse, asegurarse de que no haya dispositivos de vigilancia instalados en las habitaciones y descansar hasta que llegue la hora acordada. A las doce del mediodía, acompañarán al ministro al Harry's Bar, un conocido restaurante de lujo donde se celebrará el encuentro. Hay una reserva para cuatro personas a nombre de Francesco Montesino, en uno de los salones privados. Poco después llegarán los invitados, así que confirmen que esas tres personas son el francés, el polaco y el alemán.

—Entendido —dijo Ponce.

—Ustedes esperarán sentados a una mesa de la terraza hasta que el ministro salga. También disponen de una reserva a su nombre, Ponce, pero les advierto de que la espera puede llevar horas, así que tendrán que adaptarse a la situación.

—¿Llevará teléfono?

—De ningún modo —respondió la mujer—. Una de las condiciones es que ninguno de los presentes lleve un dispositivo que los pueda delatar de alguna manera.

—Ya veo… A la vieja usanza.

—Conforme el ministro entre en el salón, uno de los dos se encargará de instalar un inhibidor de frecuencias en los baños que tienen una pared en común con el salón asignado. Encontrarán el equipo en el interior del avión… No olviden vigilar la calle del restaurante y no llamen la atención del resto de comensales. Estoy

completamente segura de que los otros representantes también llevarán a sus hombres. No se despisten, ¿entendido?

—Está claro —respondieron los dos agentes al unísono.

—¿Alguna pregunta?

Ponce se rascó el mentón.

—¿Cuándo regresaremos a España?

Laine podía leer los pensamientos que cruzaban por la mente de su compañero. Por su parte, deseó que la estancia no fuera larga.

—El avión de vuelta los esperará a las nueve de la noche en Ciampino. Tienen tiempo de sobra. Llegarán a España antes de medianoche.

—Perfecto —dijo él, frunciendo el ceño.

—Recibirán un informe completo con las instrucciones en cuanto suban a bordo —explicó la mujer, antes de despedirse—. No me fallen esta vez y gánense la confianza del ministro… Confío en su profesionalidad y espero que el episodio pasado quede en… una anécdota. La reputación de esta sección depende de ustedes.

—Eso suena a ultimátum.

—Tómelo como una segunda oportunidad, para olvidar la anterior.

—No la defraudaremos —respondió Laine, sin demasiada seguridad en su voz.

Antes de abandonar el despacho, Escudero se acercó a ella por la espalda.

—Agente —dijo y Dana volteó la cabeza. La sonrisa de la jefa no le inspiró ninguna tranquilidad. Sus palabras solían ir cargadas de veneno—. Sé que se siente obligada, pero no tiene motivos para ello. Esta vida que hemos elegido… es así. Todo irá bien.

—Por supuesto, señora —contestó, cuando Ponce abrió la puerta y vislumbró a las personas que esperaban al otro lado.

Al salir del despacho, unos segundos bastaron para que Laine se arrepintiera de estar allí.

Ponce no sería su único problema.

12

Tres hombres, una mujer y un destino en común.

—Justo a tiempo… —comentó Navarro, el jefazo del departamento, con su impoluto traje azul y su característico y ondulado peinado canoso. Por su forma de mirarlos, Laine advirtió que no traía buenas noticias—. Me alegro de verles, agentes.

—Buenos días, señor —saludó Escudero, adelantándose a sus hombres. La presencia del superior no fue de buen recibo.

A Navarro lo acompañaba un hombre vestido también de traje que despertó la antipatía de Ponce.

Laine y él palparon la tensión que se generó en un instante.

—Les presento al agente Teodoro Guzmán —dijo y señaló con la mirada al desconocido. Este destilaba confianza y seguridad con su presencia. Era más alto que Dana, aunque menos que Ponce, lo cual no era difícil. Por su lenguaje corporal, los tres sospecharon la noticia que Navarro les iba a dar—. Debido a las informaciones que he recibido en las últimas horas, me veo en el compromiso de asignarles un tercer miembro que los acompañe a Roma.

—Eso no fue lo que acordamos —intervino Escudero, mostrando su descontento—. La misión no requiere más personal y mis agentes están capacitados para acompañar al ministro.

—Sus agentes también son los míos, agente Escudero, no lo olvide… —dijo, señalando su posición en la jerarquía y recordando quién mandaba allí dentro—. Mi intención no es otra que la de asegurar el éxito de este encuentro. El agente Guzmán se incorporará al equipo como otro más y no como un observador, si es lo que tenían en mente.

Ponce chasqueó la lengua. Laine miró al desconocido.

—¿Alguna objeción, agente Ponce?

—Ninguna, señor.

—Me satisface oír eso —comentó y prosiguió—. Como ya les

habrá indicado Escudero, asegúrense de que este viaje nunca haya existido. Son episodios desconcertantes para todos, pero debemos mantener el temple y cumplir con nuestro cometido. La eficiencia de nuestros agentes de cara a la galería internacional depende ahora de ustedes. Hagan su trabajo como saben. Los veré a la vuelta.

—Sí, señor —dijo la pareja de agentes al unísono.

—Ahora, si me disculpan… —añadió y se dirigió a la puerta del despacho de Escudero—. Agente, me gustaría hablar con usted unos minutos.

—Por supuesto, señor —contestó la mujer y dirigió una última mirada a sus cachorros, acompañada de una declaración que no encajó con el tono de su voz—. Suerte, aunque no la necesitarán.

En silencio, los tres agentes abandonaron las instalaciones del edificio. Ponce tomó el liderazgo, marcando el paso por delante de los otros dos. Estaba enfadado y no se molestó en ocultarlo. No era necesario tener estudios avanzados en lenguaje corporal para ver que la presencia de Guzmán dinamitaba sus planes.

Salieron hasta el control de seguridad donde los esperaba una berlina de color negro con los cristales tintados.

—Agente Laine, ¿verdad? —preguntó Guzmán, mientras veían a Ponce entrar en la parte delantera del vehículo, sin darles opción a escoger.

—Sí, encantada —respondió ella, fijándose en él con más detenimiento.

Pensó que, si iban a compartir tiempo y espacio, era mejor que empatizaran.

Con disimulo, escaneó su porte y su aspecto. Era moreno, tenía una postura correcta y una mirada de color bellota que contrastaba con la atractiva sombra facial del afeitado.

No obstante, para ella, dos hombres en el mismo equipo eran multitud.

—¿Es siempre tan áspero? —cuestionó, refiriéndose al tercero.

Ella sonrió.

—Solo cuando viaja en avión. Odia los vuelos, pero es un buen tipo. Se le pasará en Roma.

—Miente usted fatal, pero lo tendré en cuenta.

—Es parte de nuestro trabajo.

La respuesta provocó una sonrisa en él.

Luego se dirigió a la parte trasera del vehículo y abrió la puerta para que ella fuera la primera en subir.

—Por favor, usted primero —indicó con amabilidad.

—Vaya, tendrá que esforzarse más, si quiere impresionarme —contestó ella con coquetería y se adentró en la berlina. Después subió Guzmán y ocupó el otro asiento.

Por el espejo, Laine encontró la mirada gélida de Ponce, que parecía amenazada por la presencia del tercer agente.

«Esto se pone interesante…»

El vehículo se puso en marcha para adentrarse en la carretera y tomar rumbo al avión.

«Tal vez no haya sido una mala idea… Después de todo, no siempre puedes salirte con la tuya», opinó para sus adentros, con un ligero sentimiento de victoria y justicia.

Ponce había confiado demasiado en sus planes y también en que ella no lo dejaría solo. Sin embargo, a pesar de las amenazas de la superior, ninguno esperó que Navarro se adelantara a ellos. La presencia del tercero frenaría las artimañas que Ponce había trazado para encontrar a Palmieri.

Por su parte, Laine se cuestionó cuánto sabría Guzmán de las intenciones de Ponce, si es que Navarro había descubierto algo.

Se abrochó el cinturón de seguridad, relajó la columna sobre el asiento de piel y comprendió que, con Guzmán de por medio, no tendrían otra enmienda que la de centrarse en la misión que les habían encomendado.

Así y todo, debía ser cauta y recordó el refrán.

«Más vale malo conocido, que bueno por conocer, Laine».

13

Abandonaron Madrid, dejando la M-30 atrás, sus luces y sus torres de oficinas que nunca llegaban a cerrar. Durante el trayecto, ninguno de los agentes tuvo la intención de romper el hielo para iniciar una conversación que rebajara la tensión.

Una hora de viaje en silencio que resultó eterna para los tres. Una distancia de setenta y seis kilómetros entre el Centro Nacional de Inteligencia y el aeródromo privado de Ocaña, situado al sur de Madrid, en la provincia de Toledo.

El protocolo se cumplía a rajatabla.

«Aquí manda el trabajo, no la amistad», pensó la agente, recordando las palabras que en tantas ocasiones le había mencionado su compañero.

Desde su posición y bajo la sombra de la oscuridad del interior, pudo ver cómo Ponce la miraba antes de que ella lo descubriera. Le pareció un poco inquieto, tal vez porque tenía que cambiar de hoja de ruta, ahora que Guzmán los acompañaba. Se estaba preocupando más de lo que debía por los otros dos. Laine supuso que lo más apropiado en ese momento era desconectar la mente y relajarse antes de que llegaran a su destino. El cansancio perpetuo seguía siendo una constante en su vida y comenzaba a pasarle factura.

El suave zumbido del Mercedes se convirtió en una agradable frecuencia que la ayudó a perder la consciencia del interior.

Poco a poco, los pensamientos se mezclaron de nuevo en su cabeza, apartándola de aquella carrocería y llevándola a sus dilemas más personales.

Se cuestionó qué pensaría de ella ese chico, Javier, pero no sintió ningún remordimiento por haberlo dejado con las ganas de un buen revolcón. El sexo, por fortuna, era una asignatura secundaria que, por otro lado, tampoco escaseaba en su vida. Mientras el trabajo absorbía su tiempo, la falta de afecto pasaba a

un segundo plano.

Se prometió que le escribiría cuando todo hubiera terminado.

Poco después, el contacto de las ruedas sobre la grava la despertó. Sin darse cuenta, se había dormido durante más de media hora.

Atontada, abrió los ojos cuando el carraspeo de Ponce le avisó de que estaban en el interior del aeródromo. La noche era helada, oscura, cerrada, rodeando el campo carente de vida. Las luces iluminaban el centro de la pista. Un *jet* privado esperaba a sus pasajeros. El vehículo se detuvo a escasos metros de la parte trasera, cuando los agentes vislumbraron un segundo coche del mismo color aproximándose a ellos de frente.

—Ahí está nuestro hombre —comentó Ponce, con la mirada puesta en los faros luminosos del otro Mercedes.

El político se apeó del vehículo con rostro de preocupación e incertidumbre. Sus facciones expresaban la presión que sentía dentro, no solamente por la de su gobierno, sino también por la de los parlamentarios europeos. Parecía consciente de que no era el único representante poniendo en juego su reputación.

Al bajar del utilitario, el frío los sacudió y notaron en sus cuerpos la gélida ventisca de los campos mesetarios. Dana, que se había vestido de traje, se ajustó la solapa del fino abrigo de paño y se protegió los pechos cruzando los brazos. Tras la misiva que les había dado Escudero en su despacho, el agente Ponce no dudó en asumir el liderazgo del equipo y fue el primero que se acercó para recibir al ministro del Interior.

La enorme sombra que proyectaba con los faldones del abrigo se hacía más grande a medida que recorría el asfalto de la pista.

Los otros dos siguieron su estela.

—¡Señor ministro! —dijo Ponce, sin ofrecerle la mano—. A su servicio, los agentes Ponce, Laine y Guzmán.

El hombre vestía traje oscuro y abrigo, como la mayoría de los suyos. Dana observó su aspecto. Lo había visto en fotos, pero la realidad y las cámaras nunca mostraban toda la verdad.

Antonio Muñoz era original de Valladolid, un rostro conocido por el país y respetado entre las filas de su partido. La política había sido su vida, así como el ideal de llevar el país a un estado de bienestar que nunca alcanzaría. Dana buscó en el archivo mental,

tratando de identificar las facciones de aquel político con los recuerdos que guardaba de los medios de comunicación. Por alguna razón, lo recordaba más joven y vigoroso. Ahora, a escasos metros de él, comprobó lo mucho que se había deteriorado físicamente en cuestión de dos años de legislatura. Arrugas, estrés y una vida llena de acciones y decisiones tomadas para satisfacer a terceros. Tenía cincuenta y seis años, pero aparentaba casi setenta y ese era un índice de lo corta que sería su vida si seguía manteniendo aquel ritmo. Con relación a los recuerdos, notó que el cabello le había cambiado de color. Una corona de canas cubría su cabeza. La mirada, afilada en sus primeros meses en el puesto de ministro, ahora comenzaba a denotar el desgaste de las exigencias del país. La agente pensó que la exigencia de trabajo no estaba pagada, a pesar de los generosos salarios que recibía y la comodidad que rodeaba a su entorno. Tampoco la de ella. El dinero no le devolvería la salud a ninguno de los dos, ni tampoco los años perdidos. Pero no sintió ninguna pena por él, así como el ministro tampoco la sentía por los agentes.

Como todos los que estaban allí, una sucesión de decisiones y sacrificios los había llevado a aquel aeródromo.

Los motores se sentían con fuerza en el interior del avión, haciendo temblar la carrocería de la nave y los asientos de los pasajeros. Olía a ambientador, a desinfectante y a tapicería de cuero recién estrenada. El ministro fue el primero en entrar, seguido por los agentes y se repartieron los asientos al azar. Esta vez no habría secretarios, ni asistentes que acompañaran al político, por lo que las butacas no estaban asignadas. Ponce se sentó encarando al político, a un ala del avión, y se sentó frente a Dana, que estaba en diagonal con su compañero y bajo la mirada del ministro.

Sobre cada asiento de piel marrón encontraron una carpeta amarilla de cartón con varios folios en el interior. Los agentes se figuraron que serían los informes que Escudero había mencionado previamente. A medida que se acomodaban, Laine sintió el cosquilleo del motor ganando fuerza y la carrocería de la nave tomando velocidad sobre la pista. Se abrocharon los cinturones y apagaron las luces del interior. Acto seguido, una presión la agarró por la cintura empujándola contra el asiento y, finalmente, el avión despegó, alejándose del asfalto y tomando altura. A medida que se

separaban de la superficie, la meseta se iluminaba y la ciudad de Madrid se hacía más y más pequeña ante sus ojos, llenándose de pequeños faros, como aquel Lite Brite de luces de colores con el que jugaba cuando era pequeña.

El cansancio regresó a ella, aunque nunca la había abandonado del todo, relajándola más de lo permitido y forzándola a desconectar de los murmullos que Ponce intercambiaba con el dirigente español. El ministro puso fin al breve diálogo con unas palabras de agradecimiento hacia los agentes y miró por la ventana, silencioso y pensativo, preocupado por la larga jornada que les esperaba. Ya en las alturas, Ponce leía el informe con el ceño arrugado, pasando las páginas con desaire y dando un respingo al final de cada párrafo. Frente a Dana, el agente Guzmán repasaba más tranquilo. Podía sentir su respiración pausada y abdominal. Cuando creía que no lo veía, él le lanzaba una mirada, tal vez por interés o quizá por mero aburrimiento.

Antes de dejarse vencer por el sueño, optó por abrir la carpeta y unirse a sus compañeros.

En sus manos encontró tres páginas sin firmar, escritas a máquina eléctrica y fotocopiadas. La importancia de la reunión de Roma no era para tomar menores precauciones. Desde hacía meses, los servicios de inteligencia alemanes habían hecho pública esta práctica, a modo de combatir el espionaje digital de la NSA. Por otra parte, los rusos, afirmaron no haber dejado nunca de emplear las máquinas de escribir como método de seguridad para las comunicaciones internas del Kremlin. En el CNI, los informes redactados de esa manera no eran habituales. Sin embargo, no era la primera vez que Laine tenía uno en sus manos.

La primera página del documento indicaba lo mismo que Escudero les había señalado. Una vez llegados a tierra en Ciampino, un chófer los llevaría hasta el Hotel de Russie. Allí se identificarían en la recepción por separado. Los agentes dispondrían de habitaciones individuales para evitar llamar la atención del personal laboral y de los posibles espías de otros países. A las doce menos veinticinco del mediodía, los agentes abandonarían el hotel, solicitarían un taxi y esperarían al ministro para viajar hasta el famoso Harry’s Bar, restaurante donde tendría lugar la reunión con sus homólogos. En el restaurante verificarían la identidad de los

acompañantes, asegurando que el salón privado y los alrededores estuvieran libres de comunicaciones. Para ello, dispondrían de un inhibidor de frecuencias portátil que encontrarían en el interior del avión.

Finalmente, cuando la reunión concluyera, regresarían directo al aeropuerto de Ciampino, para subir al avión y regresar a España. En caso de emergencia, la seguridad del ministro estaría por encima de todo, así como su anonimato.

Dana terminó de leer los documentos y cerró la carpeta.

En efecto, reflexionó, la misión parecía sencilla, más de lo habitual y eso no le daba ninguna calma. Se preguntó cómo buscaría Ponce la oportunidad para escaquearse sin llamar la atención del otro. No disponía de mucho tiempo y eso lo volvía imprevisible.

La agente miró por la ventana.

Ahora, todo estaba oscuro.

Cerró los ojos y se dejó llevar por el zumbido de los motores.

14

Laine despertó con las primeras turbulencias, poco antes de iniciar el descenso. Roma, la ciudad eterna. Los primeros rayos de sol de la mañana iluminaban un aeropuerto pequeño, desolado y alejado de la civilización. El ministro aprovechó los últimos minutos en el avión para tener unas palabras con los agentes.

De alguna manera, si iban a trabajar juntos, debían mantener la cordialidad.

—Señores agentes… —dijo, dirigiéndose a los tres—, sé que no es lo habitual para ustedes, pero les rogaría que fueran precavidos. Me preocupa más su integridad que la mía, así que, limitémonos a hacer nuestra tarea y regresaremos a casa, tal y como está previsto. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —asintieron ellos.

—Nos jugamos el futuro de Europa.

Las gélidas temperaturas de Ciampino los recibieron al desembarcar del avión.

Un Audi Q7 de color negro los esperaba en la pista de aterrizaje, a escasos metros de allí. Ponce le abrió la puerta al político y los cuatro subieron en el SUV alemán. Mantener el perfil bajo era uno de los requisitos para no llamar la atención. Lo irónico del viaje era que en esa misión no existían los coches oficiales, pero tampoco mejor hotel que el Russie para hospedarse.

El vehículo salió del aeropuerto y se incorporó a una autovía que los llevaba directo a la capital. A medida que se acercaban, el tráfico era palpable en las inmediaciones.

El conductor los adentró en una larga autovía que bordeaba la capital italiana y que funcionaba como cinturón de acceso al centro de Roma. Asfalto y ladrillo, bloques de viviendas que no se distinguían de los que podían encontrar a las afueras de cualquier ciudad mediterránea. A la altura de la *via* Catania encontraron la

densa masificación de las barriadas de viviendas, de las calles estrechas y del tráfico de una urbe que no dormía. Reconocieron el Corso d'Italia, el eje que bordeaba las murallas aurelianas desde la *piazza* del Popolo hasta el Policlínico Humberto I y también los extensos jardines de Villa Borghese, uno de los pulmones de la localidad. El color del entorno cambió en cuanto se incorporaron al *viale* del Muro Torto, dejando atrás la muralla para recibir la bienvenida de la histórica Porta del Popolo, una enorme construcción que formaba parte de las dieciocho entradas que permitían el acceso a la antigua ciudad de Roma y a la plaza que llevaba su nombre. Un enorme monumento a Neptuno les indicó que la llegada al hotel sería inminente y después de varias angostas calles de adoquines, llegaron a la *via* del Babuino, dejando al frente el gran obelisco de la plaza.

Allí se encontraron con la entrada del famoso hotel de Russie, un enclave del siglo XIX, una maravillosa mezcla de la cultura italiana antigua y nueva, que combinaba todos los ingredientes de la sofisticación italiana: la tradición, la opulencia y el lujo. Aquel hotel de tonos ocre y grandes jardines interiores era considerado el epítome del estilo y la elegancia en el siglo XIX y por él habían pasado desde figuras como Picasso, a directores contemporáneos como Stephen Spielberg.

Dana hizo un esfuerzo por mantener la compostura. Nunca había estado en un lugar así, tan hermoso, tan lujoso, que se sentía como en el rodaje de una película. La realidad superaba una vez más a la ficción. Por desgracia, las circunstancias la devolvieron a la realidad. Le habría gustado encontrarse en otro contexto diferente y se prometió que algún día regresaría allí.

El ministro fue el primero en acercarse a la recepción. Se identificaron en el orden acordado y procedieron a visitar las habitaciones. Para evitar sospechas ajenas, la agente acompañó al ministro al ascensor, mientras que Ponce y Guzmán aguardaban su turno.

—Estaré en la habitación ochenta y tres —comentó él, sujetando la tarjeta—. ¿Usted?

Ella sonrió.

—En la número ochenta —comentó, distante—. Me temo que

compartiremos la misma planta.

—Estupendo —asintió él con una ligera mueca—. Les veré en un rato. Descanse un par de horas, agente. Creo que le vendrá bien.

—Si necesita cualquier cosa…

—Gracias. Estaré bien.

Salieron al pasillo, caminaron en silencio y se separaron para acceder a las habitaciones. Dana abrió la puerta y encontró una bonita estancia de más de veinte metros con una cama doble, una gran televisión y un ventanal con vistas a la calle, por donde se podía contemplar un tejado y una buhardilla. En silencio, miró a su alrededor y no pudo evitar el deseo de dejarse caer sobre el cómodo colchón. Suspiró profundamente y pensó en las palabras del ministro. Unos minutos de soledad, de calma, de silencio, para asimilar todo lo que había sucedido en las últimas horas. Ni siquiera había reparado en ello y era consciente de que, tarde o temprano, su cuerpo manifestaría de alguna manera el malestar. Ojalá pudiera relajarse, se dijo, deseando quedarse allí durante unas horas, pero la fantasía terminó en cuanto vibró el teléfono móvil que guardaba en el bolsillo del pantalón.

Comprobó la pantalla.

Era Ponce.

—¿En qué habitación estás, agente?

—En la número ochenta.

—Muy bien. Te toca hacer de niñera, entonces —respondió, con cierta molestia en su voz—. Yo tendré que cuidar del nuevo. Me han dado la sesenta y cinco.

—Podrías hacer un esfuerzo y mostrar un poco de amabilidad por él —le reprochó la agente, defendiendo al segundo hombre—. Guzmán es de los nuestros, no lo olvides.

—Si quieres jugar a ser la simpática, te dejo a ti esa parte. No he venido hasta aquí para hacer amigos.

—Esperaba una respuesta así. ¿Habéis cogido el inhibidor de frecuencias?

—Sí, está conmigo. No iba a permitir otra posibilidad.

—¿Cuál es el plan?

El agente aguardó unos segundos.

—Ya sabes lo que vamos a hacer, Laine… —comentó. La agente notó cierto agobio en su forma de hablar—. Asegúrate de que la

estancia de Muñoz está limpia. Hablaremos más tarde.

El agente colgó, provocando un enfado en su compañera, que negó con la cabeza, respiró y abandonó la habitación, asegurándose de que el pasillo estaba vacío, para dirigirse después a la del ministro.

Luego tocó a la puerta.

—¿Sí?

—Protocolo.

—Claro… —dijo y accedió a que pasara.

Ella le hizo un gesto de silencio con los dedos y él se apartó de su recorrido.

Laine dio un vistazo a la estancia y estudió los diferentes lugares en los que podía encontrar un dispositivo de vigilancia. Inspeccionó los cuadros, la televisión, los muebles y el cuarto de baño. No encontró nada.

—Todo en orden —comentó ella, se acercó al teléfono de la mesilla de noche y desconectó el cable—. Es por su seguridad. Nunca se sabe.

—Entiendo… no pasa nada. No tenía previsto llamar al servicio de habitaciones.

—Ahora sí que lo dejo tranquilo —comentó ella, procediendo a marcharse.

—¿Agente?

—¿Sí, señor?

—¿Lleva mucho en el Centro?

De espaldas, con la mirada en la puerta, sintió la necesidad de salir de allí. Podía sentir cómo los ojos de aquel hombre se clavaban en su nuca. No entendió las intenciones del ministro y la pregunta no le inspiró demasiada confianza. Debía mostrarse segura. La regla de oro era evitar responder con otra pregunta para no mostrar fragilidad.

—El suficiente.

—Me informaron de que usted estuvo en el accidente de Portugal. ¿Es cierto?

Laine se giró y lo miró a los ojos. Intuyó que había sido una maniobra de Navarro y lo maldijo desde sus adentros.

—Así es, señor.

—¿Qué sucedió realmente? —preguntó, insistente, interesado

por escuchar la versión que no figuraba en los informes. Por desgracia, ella no se lo iba a poner tan fácil.

—Me temo que no le puedo hablar al respecto. No tengo autorización para ello.

—Vamos, agente Laine —contestó, con voz amigable, mostrándose comprensivo con ella—. No me trate como a un sujeto más. Puede confiar en mí. Estamos en el mismo equipo… Lo que hablemos, quedará entre estas cuatro paredes.

Dana se vio en una situación peliaguda. Si bien era cierto que debía ganarse la aprobación del político, hablar más de la cuenta la pondría en un compromiso.

—No tendría problema en hacerlo, si no fuera porque estaría poniendo en compromiso la responsabilidad de mi compañero. Como ya sabrá, sufrimos una emboscada.

—¿Por parte de quién? Sería crucial conocer la identidad de quienes mataron a esa mujer. Al menos, antes de la reunión.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sabemos, pero estoy convencida de que alguien avisó del encuentro.

—Nadie estaba al corriente de ello —replicó—. La ministra de Defensa no mencionó nada en lo que se refiere a eso.

—Le cuento lo que sé y hasta donde me dejan.

—Vaya, lo lamento —dijo y asintió, aceptando que la mujer no cedería ante su empeño—. En cualquier caso, me alegra saber que lograron salir con vida.

—Tuvimos suerte. ¿Algo más?

—Sí, ahora que lo menciona, solo una cosa. ¿Quién era el contacto?

La pregunta la presionó aún más y el rostro de Spinosa, segundos antes de que Ponce apretara el gatillo, apareció en su mente.

—Hasta donde sé, alguien del SIS —respondió, buscando la manera de sonar creíble—. De veras, todo sucedió en cuestión de segundos y ni siquiera tuve la oportunidad de hablar con esa persona…

—¿Hombre o mujer?

—Estaba oscuro.

—¿No habló con él?

—Fue mi compañero. Yo me quedé en el coche.

—Es usted dura de roer. Me temo que estoy pinchando en un hueso.

—Si desea saber más, pregúntele a Navarro. Él le informará de los detalles.

El ministro asintió de nuevo, esta vez con una mirada descontenta, aceptando la negativa por parte de ella. Las preguntas desconcertaron a Laine. Si el Ministerio de Defensa no lo había informado, significaba que desconfiaba plenamente del ministro del Interior.

Política, pensó.

—Comprendo. Gracias por su lealtad —comentó y la invitó a salir—. La veré en unas horas.

La puerta se cerró. Dana se encontró de nuevo en el pasillo, sola, con un amargo sentimiento de traición que no lograba comprender.

Se cuestionó qué habría significado aquello y si el ministro había intentado tantearla o si su interés era sincero. A pesar de que la razón le indicara lo contrario, no podía traicionar a su compañero. Sabía que Ponce podía ser frío, calculador y retorcido en algunas ocasiones, pero habría hecho lo mismo por ella.

15

Regresó a su estancia, con la conciencia agitada, buscando un momento de paz entre las paredes de aquella acogedora habitación. Así que aprovechó el margen del que disponía para dormir durante media hora y darse una ducha larga. El agua caliente la ayudó a relajar los músculos y a aclarar su mente. Necesitaba estar concentrada para la misión. En esta ocasión, tenía que prestar atención a demasiados factores. Ni Ponce, ni Guzmán se lo pondrían fácil y no porque fuese una mujer, sino porque era consciente de que esos dos tenían intereses opuestos.

A la hora pactada, Laine abandonó la habitación y se dirigió a la entrada del hotel para esperar al taxi que los llevaría al restaurante. En la calle reconoció las figuras de los compañeros, que compartían espacio de una manera jovial y relajada.

—¿Lista? —preguntó Ponce.

Ella los miró y después avistó los dos Uber Black que esperaban en la puerta.

—Sí.

Ponce avanzó hacia el primer vehículo en cuanto el ministro apareció por la puerta. Dana entendió que harían el viaje por separado, a pesar de que no era así como habían acordado anteriormente.

—Ha sido cosa suya —dijo Guzmán, cuando entraron en el segundo coche—. No me he molestado en discutir con él. A tu compañero no le gusta que le lleven la contraria.

—Has tomado la decisión correcta —respondió, irritada porque, de nuevo, rompiera las pautas de la misión. Se dio cuenta de que sería un día largo—. Negociar con Ponce es una pérdida de tiempo… y de energía.

Cuando llegaron a la entrada del restaurante, la agente identificó la

terraza que Escudero les había mencionado. La imagen era como aquella secuencia de la Dolce Vita, de Fellini, pero a todo color: mesas en la terraza, flores, manteles blancos y una decoración de cortinas y lámparas que colgaban del techo. La temperatura era agradable y la terraza rebosaba de comensales extranjeros que disfrutaban de un almuerzo bajo el sol.

El reloj marcaba las doce menos cinco minutos, un margen perfecto para identificar a las tres personas que asistirían a la reunión.

El ministro fue el primero en entrar en el restaurante. Los agentes lo siguieron con la mirada, vigilando cómo sus pasos subían hasta el salón privado. El empleado de la entrada confirmó la reserva que los agentes tenían en la terraza y los acompañó hasta la mesa.

Cuando tomaron asiento, pidieron una botella de agua para ella y tres Aperol Spritz para iniciar el aperitivo. También unos platos de pasta para llenar el estómago.

—Llevad cuidado con esto —señaló Ponce, refiriéndose a la bebida—. No dejéis que se os suba a la cabeza.

—¿Desde cuándo te preocupa algo?

—No me hagas hablar, Laine.

Sentados a una mesa de la terraza que separaba la calzada y a la vista de todos los que pasaban por ella, comprobaron que tenían la ventaja de poder vigilar quién entraba y salía del restaurante.

Minutos más tarde de su llegada, un vehículo se detuvo en la entrada del Harry's Bar. El primero en llegar fue Jakub Leśkiewicz, la mano derecha del ministro de Defensa de Polonia, un hombre joven, alto y pálido, con tendencia a la calvicie y una mirada azul, casi cristalina. El acento del polaco al comunicarse en inglés levantó las miradas de los españoles. Ponce lo identificó, avisó a sus compañeros con un carraspeó y Guzmán confirmó su rostro en la base de datos que guardaba en el teléfono móvil.

—Será mejor que me ponga en marcha —dijo Ponce, dejando la servilleta de tela sobre la mesa y levantándose de la silla. Debía acercarse al cuarto de baño más cercano al salón privado para activar el inhibidor de frecuencias.

—Esperemos a que llegue el resto —comentó Guzmán.

—¿Bromeas? No seas tan ingenuo de creer que este hombre no

ha traído compañía —contestó y cruzó la sala pasando por el lado del polaco.

El segundo asistente no tardó en acudir a su cita.

Pierre Dubois, el número dos de la DGSE francesa, el homólogo de Navarro en cuanto a seguridad nacional se bajó del vehículo con aires de grandeza, abrochándose el botón de la americana. Dio un vistazo a su alrededor y procedió a entrar en el restaurante.

—Aquí tenemos al segundo. Confirmado —dijo Guzmán—. ¿No te parece extraño que envíen a subordinados?

—Supongo que quieren evitar las sospechas…

—¿Y nosotros?

—Lo siento… —comentó, dando un sorbo a la bebida y encogiéndose de hombros—. Sé lo mismo que tú.

En ese momento, la conversación se detuvo y ambos se fijaron en un tercer vehículo que estacionaba frente a la entrada del restaurante.

Cuando se abrió la puerta, aparecieron unas largas piernas cubiertas por los faldones de un pantalón a rayas blancas y negras. La mujer era alta, rubia y lucía unas gafas de sol oscuras. La sospecha se confirmó en cuanto accedió a hablar en inglés.

—¿Quién es ella?

Guzmán buscaba en su teléfono.

—Aquí está —respondió, mostrándole una foto con el rostro al descubierto—. Su nombre es Anette Bauer… Era una agente del BND alemán. Ahora forma parte de la imagen pública del ministerio de Defensa alemán.

—No nos informaron de que acudiría una mujer —señaló Laine, intrigada.

El agente sonrió.

—Lamento llevarte la contraria… —dijo y la miró, compasivo—. Puede que te hayan dado otro informe… En todo momento estábamos al corriente de que vendría ella también.

Dana levantó una ceja y obvió el comentario.

Era probable que no lo recordara por haberse quedado dormida.

Luego se cuestionó qué estaría haciendo Ponce, tardando más de lo previsto.

—En fin… Algún día dejaré de ser la última en enterarse de todo.

—¿Puedo preguntarte algo?

Ella ladeó el rostro y fijó su atención en Guzmán.

—Puedes intentarlo —contestó, parafraseando al otro compañero. En ocasiones, tenía buenas salidas.

Guzmán suspiró, con intención de comentar algo importante.

—Sé que Ponce y tú habéis compartido muchas horas en el exterior y que mi presencia puede resultar un tanto incómoda, pero…

—¿A dónde quieres llegar?

—Verás, Laine, no soy nuevo en el Centro —explicó, cambiando el tono para hablar con seriedad—. Llevo siete años trabajando para el Centro Criptológico Nacional, asistiendo al secretario de Estado Director en diversas tareas y permanezco al corriente de cada bit de información que se mueve en la Red.

—¿Intentas impresionarme con tu currículo?

—En absoluto —dijo, negando con la cabeza.

—¿Así que estuviste implicado en el asunto de Edward Snowden? —preguntó ella, mencionando la filtración del escándalo de colaboración del CNI con la NSA para espiar de forma masiva a millones de ciudadanos españoles.

—Todos lo estuvimos.

—Si intentas sonsacarme algo, quiero que sepas que detesto los rodeos —respondió, tajante—. Además, cuando vuelva Ponce, que no tardará en hacerlo, habrás perdido la oportunidad.

—Solamente pido un poco de confianza. Estamos en el mismo barco y sé que el interés por venir a Roma no es para proteger el viaje de Muñoz. El Centro está al tanto de la existencia de esa memoria y de lo importante que es conocer la identidad de las personas que figuran en la lista… También sé que vuestro contacto en Portugal no fue un agente del SIS.

—Sabes mucho para hablar tanto.

—Hay un cadáver de por medio.

Dana dudó antes de responder. Desconocía si era un farol o si realmente intentaba ganarse su confianza. En caso de ser la segunda opción, pensó que tendría que esmerarse un poco más.

—Te escucho.

Él cogió aire.

—No pretendo negociar contigo y tampoco con él. Únicamente

os estoy tendiendo la mano para que hagáis lo que sea oportuno, mientras me ocupo del ministro.

—Muy generoso por tu parte. ¿Cuál es la condición?

—Eres rápida… Únicamente pido que me permitáis acceder al contenido cuando la hayáis recuperado. Nada más —aclaró. Ella sabía que Ponce rechazaría la oferta, pero él no se encontraba allí y no necesitaba su consentimiento para tomar decisiones entre iguales. Lo que Guzmán ignoraba era que Ponce ya tenía una tarjeta en su poder y que necesitaban una segunda memoria para desencriptar los datos—. Vosotros conseguís la lista, accedéis a los documentos y yo la entrego a mi departamento. *Quid pro quo*. Todos salimos ganando.

—¿Todos? ¿Qué gano yo?

—La confianza del departamento.

—¿Y cómo sé que puedo confiar en ti?

—No lo sabes, Laine. No nos conocemos, pero esta es una oportunidad para trabajar en equipo, sin zancadillas, sin puñaladas. Los tres tenemos un interés común y por eso estamos aquí.

Cuando Ponce regresó a la mesa, lo recibió el silencio de la complicidad de los dos agentes.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó ella, preocupada—. Has tardado demasiado.

Tranquilo, desabotonó su chaqueta, tiró del pantalón para que no se arrugara y flexionó las piernas antes de sentarse a la mesa. Después dio un sorbo a su cóctel.

—Los asistentes han entrado en el salón y el dispositivo ya está funcionando sin que nadie se haya dado cuenta —comentó en voz baja, regresando a su plato de pasta frío—, pero el ministro no dispone de demasiado tiempo, al menos, en una completa intimidad. En algún momento, tendrán la necesidad de establecer contacto con el exterior.

—¿De cuánto margen hablamos?

—De dos horas, según lo previsto —estimó el agente—, siempre y cuando nadie ponga una queja reclamando el servicio de wifi.

Guzmán lanzó una mirada a su compañera. Dos horas eran todo lo que tenían para localizar al italiano. Después se dirigió al segundo agente.

—Dos horas pueden ser muy largas —comentó—. Sentados aquí, no conseguiremos demasiado.

—¿Sugieres que nos demos un paseo? —preguntó Ponce.

—Propongo que nos cubramos las espaldas antes de que nos sorprendan… de nuevo —dijo y las últimas dos palabras fueron suficientes para que Ponce concluyera la conversación. Ella pensó que había sido un torpe error por parte de Guzmán, pero no había manera de repararlo—. Quiero decir… Desconocemos cuántos más están al corriente de la reunión, sin mencionar a los acompañantes de los que están ahí dentro.

Ponce giró el tenedor cargado de pasta y lo dejó clavado en el plato. A continuación, se limpió las comisuras de los labios con la servilleta, la dejó sobre el mantel y se puso en pie.

—Esto corre por tu cuenta. Vámonos, agente.

16

Los dos agentes se alejaron de la terraza del restaurante y tomaron a pie la *via* di Porta Pinciana en dirección a la *piazza* de Spagna. Ponce se movía como pez en el agua por el callejero romano. Había estado allí antes y conocía los atajos.

Entrada la tarde, el calor y la humedad de la ciudad provocaban los primeros sudores en el interior de sus trajes. En silencio y con paso ligero, él sacó un cigarrillo de la chaqueta y lo encendió mientras caminaban. Después decidió tomar el pulso de la conversación.

—¿Cuánto ha tardado en ofrecerte un acuerdo? —preguntó sin mirarla a la cara, fijándose en los alrededores por si alguien los seguía.

Laine se mostró sorprendida por su reacción.

—No ha sido un trato.

—Maldita sea, agente. Puede que tú seas nueva, pero no yo —respondió, molesto, detestando que le llevaran la contraria—. ¿Crees que no me iba a enterar? Además, Guzmán no ha hecho ningún esfuerzo en disimular. Espero que no hayas hablado más de la cuenta.

—No lo he hecho. Eres tú quien debería confiar más en mí —replicó, cansada de los reproches de su compañero—. Guzmán conoce tus planes, así como la existencia del contacto de Spinosa.

—¿Ahora son mis intenciones y no las nuestras? ¿En qué quedamos?

—No me pongas a prueba, por favor. Considero que este asunto ya ha quedado zanjado.

—Deberías aclararte.

—Sabes de sobra por qué estoy aquí.

—No, no lo sé, así que dame una pista.

Ella se mordió la lengua antes de caer en el callejón dialéctico

sin salida por el que la estaba llevando el agente.

—Tal vez tenga sus intereses personales para establecer una relación de favores, pero no es nuestro enemigo, Ponce. Trabajamos todos para el mismo órgano.

—Por supuesto que los tiene —dijo, a medida que se acercaban a la enorme escalinata de la famosa plaza y apagó el cigarrillo en el cenicero de una papelera pública—, y era consciente de que no iba a desaprovechar la ocasión en cuanto os dejara a solas…

—Sigues en tus trece. En ningún momento te he fallado.

—No es una cuestión de confianza, sino de intereses… Por supuesto que sé de qué lado estás y también que Guzmán te saldría con que está al tanto de lo ocurrido en Portugal.

—¿Me has espiado?

—Esta vez no ha sido necesario —explicó y se rio para sus adentros—. Navarro nunca elige al azar, pero, no te preocupes, ya nos encargaremos de ellos más tarde… Por mi parte, como yo también conocía sus objetivos, he aprovechado vuestro momento íntimo para contactar con la pareja de Spinosa.

—Por eso estamos aquí.

—Así es —afirmó y se detuvo frente a uno de los balcones—. No obstante, debemos movernos con ojo. Como nosotros, también hay otros informadores con rostros desconocidos.

—Con más razón todavía… Este lugar está infestado de ratas…

—Sin mencionar Exitium.

El agente se giró hacia ella y la encaró de frente, acercándole el semblante.

A ella, las piernas le temblaron a causa del desconcierto. Por un instante, pensó que se atrevería a cometer un despropósito.

Pero él se quedó quieto, permitiendo que la fragancia masculina embriagara sus sentidos. Reconoció la mirada de un hombre entregado y desafiante y eso no la sosegó.

—Quizá esos sean los más peligrosos… Se mueven como nosotros, en busca del Santo Grial, aunque están dispuestos a cometer el daño que sea necesario —comentó sin pestañear—. Me temo que, en este viaje vas a necesitar algo más que tus cinco sentidos.

El tránsito de los alrededores del Harry’s Bar poco tenía que ver con

el ambiente que se respiraba en la *piazza* de Spagna. Si había algo que Laine detestaba más que Ponce, eso era el turismo de masas. Debía mantenerse fuerte y mantener la compostura, pero conocía lo que sucedía cuando se encontraba rodeada de tanta gente.

Los trajes, la elegancia y los buenos modales se transformaron en una oleada humana de transeúntes extranjeros, de vendedores ambulantes y de carteristas en busca de víctimas. Ciento treinta y cinco peldaños de piedra por los que resultaba difícil caminar sin pisar a los turistas que se sentaban en ellos. La lengua italiana pasó a un segundo plano casi imperceptible, dejando que la amalgama de idiomas latinos y eslavos se apoderaran del centro de la plaza. Ruido y más ruido. Tiendas y más tiendas. Visitantes que no tenían pudor alguno en mostrar sus carnes al público con el fin de paliar el calor vespertino. Por desgracia, la apariencia de los agentes los convertía en un objetivo fácil de localizar. Pese a todo, Ponce se abría hueco entre la multitud, buscando un rostro que Laine desconocía. La agente seguía sus pasos, sintiendo cómo el ritmo cardíaco aumentaba y su cuerpo subía de temperatura. Necesitaba hidratarse. La garganta reseca fue el primer síntoma de alerta. Después vendrían los mareos y finalmente el caos. Una bandera de España ondeaba en el balcón de la embajada, que estaba custodiada por la Guardia Civil.

Ponce marcó el paso sin perder atención a su alrededor. Se adentró por una estrecha calle repleta de tiendas de marcas de lujo, de tráfico caótico y de un tránsito de personas que iba en sendas direcciones. Dobló por otro callejón que los alejó de la multitud unos metros y que parecía encaminarse a otro entramado de callejuelas sin salida. Finalmente, aminoró la velocidad de su paso, dando una tregua a la incertidumbre de la compañera y se detuvo frente a la puerta de la Sala Umberto, un conocido teatro de la ciudad.

—Ponce, como sigas así, no voy a poder…

—Aguanta un poco, agente —respondió, sin permitir que concluyera la frase—. Estamos cerca de encontrarlo…

Un taxi los sorprendió con el claxon para que se apartaran de la calzada de adoquines. Ella se fijó en su acompañante, que se mostraba extrañado, como si hubiera pasado por alto un detalle que no lograba ver.

Junto a la puerta del teatro, un hombre con gorra surgió del interior de un pequeño establecimiento de comida para llevar. En sus manos cargaba con una caja de cartón que, por el olor, pensaron que contendría una pizza recién hecha. Los dos agentes lo miraron con suspicacia. El hombre agachó la cabeza y se aproximó a Ponce sin mirarlo de frente.

—*Tenga gli occhi aperti e mi segua* —comentó y continuó hacia el final de la calle, que moría en la *piazza* di San Silvestro.

Ponce miró a su compañera, advirtiéndole de que era el contacto que los llevaría a Giancarlo Palmieri. Ella asintió y se quedó atrás para no despertar la curiosidad ajena.

—¿Qué ha dicho?

—Que tengamos los ojos bien abiertos cuando lo sigamos… —aclaró el espía—. Al parecer, Palmieri debe de andar camuflado…

Mantuvieron la distancia oportuna y escoltaron la sombra de aquel desconocido hasta que llegaron a la esquina de otra enorme plaza, menos transitada y más tranquila que las anteriores, cuando el transeúnte se alejó hasta el centro del emplazamiento y se apoyó en un banco para disfrutar de la comida.

—¿Es una broma? —preguntó Laine.

—No lo creo…

Un tímido silbido reclamó la atención de la pareja.

Como un romano más y elegantemente vestido, Giancarlo Palmieri aguardaba sentado a la mesa de la terraza de la cafetería que tenían a sus espaldas.

17

Tan pronto como los reconoció, el hombre del traje blanco se levantó de la silla y entró en el San Silvestro Caffè.

—¿Qué pretende? —preguntó Dana, confundida.

—Que lo sigamos.

—¿Estás seguro?

—No, pero, si queremos hablar con él, solamente hay un modo de averiguarlo.

Dana estiró el semblante y dio un vistazo a su alrededor. La calma y la normalidad reinaban en el ambiente. La mayoría de los que se sentaban a las mesas de la terraza eran turistas europeos y americanos. No le gustaba cómo se desarrollaba el encuentro. La plaza era amplia y estaba tranquila, pero el edificio en el que se ubicaba el local no le proporcionaba ninguna seguridad. En caso de emboscada, elucubró que no sería fácil salir de allí, por lo que debía mantenerse sobre aviso.

—¡Vamos, muévete! —ordenó, echando a caminar.

Ella dio un largo suspiro y lo escoltó, deseando no arrepentirse de lo que estaban a punto de hacer.

La entrada los llevó a un interior amplio y renovado, con mesas a un lado y una barra alargada con final curvo al otro. Allí dentro reconoció otras lenguas flotando en las conversaciones y presagió que el establecimiento era una trampa de turistas: funcionaba como pizzería, cafetería, pastelería y todo aquello que se le antojara al forastero que pasaba por allí.

Los pasos de Palmieri se detuvieron junto a la última mesa que había al final del local, pegada a la pared. Desde allí podría controlar de un vistazo la entrada, un detalle que importunó a Laine. Por el contrario, Ponce se mostraba sereno, como si hubiera olvidado el motivo que los había llevado hasta Roma.

—*Buona sera* —dijo el hombre de traje blanco, invitándolos a

sentarse a la mesa con él. A su lado había un pequeño paquete envuelto en papel de regalo y con una cinta alrededor. Dana asintió y se fijó en el objeto, pero Ponce pareció ignorarlo.

—Ahorrémonos las presentaciones y vayamos al grano. Ya nos conocemos.

—No todos. ¿Y la *bella* dama?

—Te lo pido por las buenas.

—Españoles… Siempre tan directos y bravos como los toros.

El agente pestañeó y Dana respondió con una mirada fría.

—Ya me has oído.

Palmieri sonrió a la espía y aceptó la advertencia. Ella se fijó en su aspecto. Tenía la nariz de gancho, el rostro largo y una mirada penetrante y oscura. Le recordó a Adrien Brody, pero con las cejas más pobladas y los pómulos hundidos. En ese momento, palpó en el ambiente la tensión y la testosterona que desprendían los dos varones. Ponce se había guardado aquel episodio para él. Sin embargo, ella no tardó en intuir que los sentimientos compartidos por la misma mujer habían generado fricciones entre ellos.

El italiano pidió tres cafés *espresso* y apoyó los codos sobre la mesa, sin perder de vista el regalo. Luego juntó las manos e inclinó la espalda hacia ellos.

—Ponce, *amicco*… No busco más conflicto contigo, enterremos el hacha de guerra, por Gabriella… *Io non sono il nemico*.

—Por ella estamos aquí, no lo olvides —respondió y el camarero sirvió los cafés a la mesa. Dana lo miró de reojo y este le regaló una sonrisa sospechosa. Después volvió a vigilar el local. Todo parecía dentro de lo habitual, aunque había algo que la inquietaba—. ¿Dónde está la «carta»?

El italiano dio un sorbo al café, levantando el meñique al sujetar la taza y se encogió de hombros.

—No la tengo.

—Esa no es una respuesta.

—Está escondida —respondió, dio un respingo e inclinó el semblante—. ¿Qué esperabas?

Ponce chasqueó la lengua y miró a la compañera con incredulidad. Luego regresó a su interlocutor.

—¿Es seguro el establecimiento? —quiso saber ella.

Palmieri asintió en silencio.

—La cocina lleva al patio y este conecta con la trastienda del estanco que hay en la *tabaccheria* de la *via* della Mercede.

Ella frunció el ceño. La presencia del paquete la ponía nerviosa y se preguntó qué habría en él.

—Lo siento, pero no me inspira demasiada confianza. Hay demasiada gente y no puedo ver lo que sucede a mi espalda.

—Tranquila, no pasará nada. Está todo bajo mi control —respondió, calmándola—. Además, estás en Roma, bella. La historia de esta ciudad habla por sí sola.

—Te pediría que no vuelvas a llamarme…

—Habla de una vez, Palmieri —espetó Ponce, interrumpiéndola. Por su tono de voz, se notaba que empezaba a ponerse nervioso—. Empiezo a sentir que pierdo el tiempo contigo…

El italiano, que se sentía más cómodo que la pareja de agentes, hizo un movimiento lento con las manos y llenó los pulmones, antes de cambiar el tono de voz para hablar más bajo.

—*Benne*… Ya te lo he dicho. La memoria no está aquí, sino en París.

—¿En París? —preguntó Ponce, alterado—. Qué carajo…

—Esto está lleno de bastardos. ¿Cómo sé que eres tú? Y no… ya sabes…

—No, no sé.

—Uno de ellos.

El español apretó los puños.

—Fue Gabriella la que te envió aquí, *é vero?* Y tenía una razón para ello…

—Giancarlo, nos conocemos desde hace años. Sabes de sobra cómo reacciono cuando intentan tomarme el pelo…

—Dime la *chiave*.

—*Ma, quale chiave*?

Palmieri arqueó una ceja y puso la mano sobre el bulto.

El otro resopló. Dana sintió que habían tenido esa clase de conversación antes. Ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer.

El pequeño paquete seguía sobre la mesa y sus ojos no podían dejar de mirarlo. Se preguntó si el italiano les estaba tendiendo una trampa y si ahí contendría el arma con el que los iba a matar.

—Spinosa nos indicó que la memoria estaba en Roma —comentó ella, desmontando el argumento que les había dado—. También nos

dijo que nos ayudarías, pero no estás colaborando.

El hombre giró el semblante hacia ella y la miró con intensidad.

—¿La conociste?

Ella aguardó unos segundos.

No sabía a qué se refería, pero intuyó que sería lo que Spinosa le había susurrado a Ponce, segundos antes de morir.

Por algún motivo, el compañero se negaba a compartirlo.

—Dale lo que te pide —ordenó.

—Laine, no te metas…

—Si no lo haces —dijo y fijó la mirada en el bulto que Palmieri protegía. Temió que hubiera un explosivo en él—, no nos lo dirá.

Ponce, ajeno a todo, la miró y después se dirigió al italiano.

Palmieri se leyó el movimiento de sus labios y sonrió.

—*Bravo*… No era tan complicado, ¿verdad? —contestó, dio un sorbo a la taza de café y dejó la pregunta en el aire con un largo suspiro, antes de continuar—: *Benne*… La memoria estaba en Roma, pero este lugar no es seguro para una información tan delicada… Todavía menos, después de lo que pasó en Portugal… Así que me encargué de ocultarla en París.

—¿Por qué allí?

—Exitium sabe quiénes somos, qué hemos hecho y por qué estamos aquí, pero desconozco quienes son ellos… Ahora mismo, por desgracia, soy el contacto más cercano de Gabriella… Pronto, vendrán a por mí y me matarán. Después irán a por vosotros.

Las palabras consternaron a la agente. La seguridad y la calma con la que hablaba el italiano, la puso nerviosa.

—Eso no tiene por qué ocurrir, si actuamos con anticipación y la recuperamos.

—Por eso está en Francia, *amicco*.

—Sigo sin entender por qué nos arrastró hasta ti… —murmuró —. No eres más que…

—Para protegerte.

—¿De quién? —preguntó ella.

Palmieri se sentía incomprendido.

—De la organización —aclaró—. Después de todo, Gabriella aún guardaba sentimientos por tu compañero… Ellos son más y mejores que nosotros. Negocian con otros países y cuentan con información que nosotros no poseemos… Están al corriente de vuestra presencia

en Roma y de lo que habéis venido a hacer. Son espías, como nosotros, o lo fueron… Ahora solo son mercenarios del mejor postor.

—¿Qué se supone que va a pasar?

—*Niente* —respondió, tranquilo—. No son idiotas. No van a provocar una sangría en pleno centro de Roma.

—Entiendo que tienes un plan… —comentó Ponce.

—Cuando quieres, eres brillante.

—Vete al infierno.

El italiano se rio.

—Iréis a París —señaló—. Dentro de cuatro días, acudiréis a una famosa fiesta que organiza Fritz von Westarp todos los años en su palacio. El señor von Westarp es un conocido aristócrata alemán, muy bien relacionado en las altas esferas. En su fiesta se reúnen las celebridades más prestigiosas de la alta sociedad parisina, además de la clase política y diversos embajadores europeos. Es la fiesta de los favores, ya me entendéis.

—¿Y pretendes que nos inviten a nosotros?

—Vuestra embajada se encargará de ello. El cónsul español es muy amigo del alemán.

Dana pensó que tendrían que convencer a Escudero. Para ello, primero habría que contarle la verdad.

—¿Qué pasará allí?

—Mi contacto acudirá a la celebración y os entregará la tarjeta de memoria —explicó con detalle—. Es un lugar seguro… casi tanto como la Casa Blanca.

—¿Quién es él?

—No lo puedo decir —respondió, provocando el malestar de los agentes—. Si lo hiciera, pondría en riesgo su existencia y la seguridad de la memoria.

—¿Qué diablos hay en ella para ser tan importante?

—Todo… ¿Cuál es tu precio, *amicco*?

El agente gruñó.

—A estas alturas, sigues sin confiar en mí.

Palmieri negó con la cabeza dos veces.

—Te equivocas, Ponce —respondió—, pero no puedes negar que todos tenemos un precio.

—No entramos en este trabajo por dinero.

—Eso pensaban ellos, hasta que cambiaron de opinión —dijo y lamentó vivir un momento como ese—. Como Gabriella, desafortunadamente…

—No manches su nombre con tus mentiras…

Él lo miró asombrado.

—Comprendo… No te lo contó, ¿eh? Si estoy sentado aquí con vosotros, es porque le hice una promesa y soy capaz de arriesgar mi vida. De lo contrario…

—Ya estarías muerto, Palmieri.

—Jamás te daría ese placer, pero, aquí estoy… Eres tú quien debe confiar en mí.

—Créeme que lo intento.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Dana, intrigada.

—La historia se repite una y otra vez, por mucho que nos cuenten lo contrario… Siempre existe una potencia ambiciosa que busca imponer su fuerza sobre las demás. La guerra moderna ya no es únicamente armamentística… Ahora existen los virus, la información y el control tecnológico…

—¿A dónde quieres llegar?

—En un momento político en el que la Unión Europea se resquebraja y la distancia entre sus estados miembros es cada vez mayor, alguien se cuestiona qué papel juegan los servicios de inteligencia en una Europa que desconfía de sí misma…

—Y plantea que, espiando a cada país desde dentro, puede apaciguar el avispero que la propia Unión ha agitado —añadió ella.

Palmieri se mostró impresionado.

—De ese modo, una agencia única centralizaría la información y la toma de decisiones, buscando siempre el beneficio en conjunto y no individual.

—Una INTERPOL de espías con autonomía propia… —comentó Ponce—. Una locura.

—Una utopía, más bien.

—En cualquier caso, eso sería muy peligroso para todos.

—Sobre todo si la información que se posee puede poner en jaque al propio continente.

—¿A qué te refieres?

—Forzar acuerdos y ganar votos a cambio de chantajes o secretos de Estado, para que Turquía ingrese en la Unión Europa y

se convierta en el salvoconducto de Rusia.

—Y de los países de Oriente Medio.

Ponce se mostró sobrepasado. No concebía que Gabriella hubiera caído en una tiranía como aquella.

—No logro comprender cómo…

—Ocurrió dentro del AISI —explicó el italiano, refiriéndose a su expareja—. Fue ahí donde la captaron… Para bien o para mal, tardó en darse cuenta del error que había cometido e intentó remendarlo…

—Robando la información —añadió Laine.

—Era consciente de que lo pagaría muy caro —enfatizó él.

—Como tú —respondió Ponce—. ¿Qué pasará ahora contigo?

—Lo de siempre… Vendrán a por mí y me torturarán hasta que les diga dónde está la memoria.

—No parece un buen plan —comentó Ponce.

—Es el que he elegido.

—¿Por qué no vienes con nosotros? Podemos darte protección.

—Ni hablar —rechazó—. Ella entregó su vida por un ideal y yo decidí dar la mía por ella. Tarde o temprano, Gabriella y yo nos encontraremos.

De pronto, alguien se acercó a la mesa por detrás. El hombre levantó la vista y Dana se mostró tensa.

La bandeja de aluminio sonó al tocar la mesa. Sus ojos se dirigieron al tique de la cuenta.

—Descuidad… Yo me encargo de esto —dijo el italiano, introduciendo la mano en el interior de la americana blanca para sacar la cartera. Después dejó un billete de diez euros sobre el resguardo—. Una última cosa… ¿Cómo murió, Ponce? Ya sabes, Gabriella…

La agente tragó saliva, pero su compañero no se derrumbó ante la pregunta. Con la expresión neutra y el rostro relajado, pestañeó una vez y movió los labios:

—Varios disparos —respondió, sin desviar los ojos—. No pudimos hacer nada por ella.

Palmieri sostuvo en silencio la mirada durante unos segundos. Finalmente, agarró el paquete y lo acercó a su cuerpo.

—*Grazie*… Eso era todo —respondió y suspiró—. Es hora de iros. El ministro os espera.

Un latigazo recorrió la espina dorsal de la agente. Se puso en pie, dio un vistazo a su alrededor, pero no encontró nada irregular entre los rostros que la rodeaban. Entonces se dio cuenta de algo, se fijó en su compañero y le hizo una seña para apurar la salida.

En ningún momento de la conversación habían mencionado que viajaban con el ministro del Interior.

18

Al abandonar el establecimiento, la terraza de la plaza de San Silvestro se encontraba vacía. Sin pensarlo más de la cuenta, Laine agarró a Ponce del brazo y echó a correr hacia el otro lado.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —preguntó Ponce en voz alta, arrastrado por la fuerza de su compañera.

Cuando se giró hacia él, la respuesta se vio interrumpida por un gran estrépito, procedente del interior de la cafetería. En un acto reflejo, la agente cubrió al compañero y este se echó las manos a la cabeza. Los cristales del escaparate del local volaron por los aires y la onda expansiva del estallido despidió varias mesas de la terraza. De pronto, el desorden se apoderó de la céntrica plaza romana. Por suerte para los agentes, la carga explosiva no los alcanzó, pero los puso en alerta. Entre gritos de agitación, vislumbraron cómo una nube de humo negro salía por la puerta y por las ventanas del local.

—Palmieri… —comentó Ponce, sorprendido, mirando hacia el origen de la explosión—. Maldita sea, vámonos cagando leches, Laine.

El ruido de las sirenas de la ambulancia y de la policía se acercaban al lugar de la explosión.

—Lo mejor será que mantengamos la calma antes de decidir.

Ponce señaló a la entrada del establecimiento y Laine reconoció dos siluetas, vestidas con abrigos largos, que se alejaban de la cafetería y los observaban en la distancia.

—Tú mantén la calma, pero eso no evitará que una bala te perfore el cráneo.

El agente la guio hacia la *via* del Tritone, una extensa calle que funcionaba como una de las arterias del casco histórico. Ahora era el compañero quien tiraba de Laine, hasta que esta se soltó y decidió caminar por su cuenta.

—Hazme caso —comentó él mientras caminaba—. No te desvíes,

mira al frente y vigila el contacto físico. Nos pueden asaltar en cualquier momento.

Los espías se sumergieron entre la multitud de peatones que circulaban en dirección contraria, curiosa por alcanzar la plaza y conocer los detalles del estruendo. Las voces anónimas hablaban de un accidente, otros tenían miedo de que hubiese sido un ataque terrorista. Poco a poco, el germen del pánico empezaba a propagarse como una infección contagiosa. Ponce se abría paso a empujones entre la gente, aprovechando su altura para buscar un subterfugio por encima de las cabezas. Ella no podía dejar de pensar en el paquete que Palmieri había custodiado todo el tiempo, ni tampoco en la última frase antes de la detonación. «¿Era el paquete para nosotros?», se preguntó, dubitativa. Jamás conocería la verdad, como tampoco sabría si el italiano había planeado su muerte antes del encuentro.

—Tenemos que sacar al ministro de esta maldita emboscada —comentó él, fatigado por el ajetreo. Los autobuses, los coches patrulla, los taxis y las motos formaban el tráfico en la *via* del Tritone.

El agente levantó la mano para llamar a un taxista, pero sus esfuerzos fueron en vano.

—Déjalo, iremos a pie —dijo ella, viendo cómo él se enfadaba—. No debemos de estar muy lejos del restaurante.

De pronto, algo cambió en la actitud exasperada del espía y reaccionó con un movimiento brusco.

Había visto algo que ella no.

—Por aquí —indicó, señalando un callejón estrecho que bordeaba la parte trasera del hotel que había en la calle y que volvía a salir a la *via* del Tritone.

—¿Qué has visto?

—Actúa como si nada.

«Maldita sea, Ponce», se dijo hacia sus adentros.

Laine miró hacia ambos lados del estrecho callejón con suelo de adoquines. Después oteó las dos fachadas que lo encerraban: eran hermosas, de color naranja y con altos ventanales, como los que a ella le gustaban. La *via* del Mortaro era tan tranquila que le produjo suspicacia. A lo lejos vio varias motos aparcadas. A medida que la atravesaban, un coche Smart se detuvo en el inicio del callejón por

el que habían entrado.

—Te lo he dicho.

—*Excusi!* —pronunció una voz varonil, a lo lejos.

—Escóndete en el portal —susurró el agente.

La tensión aumentó entre los dos. Ninguno iba armado y las posibilidades de salir con vida de la angosta calle eran remotas.

Laine se separó del compañero y ambos pegaron las espaldas a las dos entradas de los edificios que había en el callejón. La voz del extraño se apagó y ahora eran sus pasos lentos y calculados los que se acercaban a ellos. Debido a la estrechez de la entrada del edificio, ella no podía mirar de reojo y evitar que su figura sobresaliera. Sin embargo, sí veía a Ponce, que había elegido una posición mejor y observaba la llegada del enemigo.

En silencio, este le indicaba que se mantuviera quieta.

Los pasos del extraño se acercaban cada vez más, hasta el punto de detenerse junto a ellos.

Ella lo vio de perfil. Era un hombre corpulento, vestido de abrigo y con prendas oscuras de cuero. Había algo sórdido en su apariencia.

Entonces, un chasquido incendió el encontronazo. Antes de que el desconocido los sorprendiera, Ponce saltó sobre él, propinándole un golpe en la cara. El ataque desestabilizó al oponente, pero no llegó a tirarlo al suelo. Laine miró a ambos lados de la calle, asegurándose de que nadie lo acompañaba. Estaba horrorizada. El esbirro demostró su superioridad respondiendo con un revés que dejó a Ponce aturdido, sin equilibrio y sobre los adoquines.

«Haz algo, maldita sea», se dijo ella, cuando el desconocido buscó en su cintura lo que parecía un cuchillo. Antes de que lo agarrara, Laine cerró el puño, le metió un directo en el hígado y le sacudió la mandíbula con un gancho izquierdo. Los ojos de Ponce no daban crédito. Su compañera descargaba como una pistola automática. El adversario cayó inconsciente al suelo, incapaz de defenderse. Recuperado, el agente se acercó a él y lo miró desde arriba.

—Gracias, Laine… —le dijo limpiándose el hilo de sangre que le salía por la nariz y luego miró hacia el final de la calle.

El ruido de las sirenas de los coches de policía aumentaba en los alrededores. Si no desaparecían, pronto alguien avisaría de su

presencia.

—¿Qué hacemos con él?

Ponce se agachó, lo cacheó y tiró el cuchillo por un desagüe. En la cartera encontró algunos billetes de euro, pero ningún carné de identidad.

—Nada. Se quedará aquí… Tardará un tiempo en recuperarse.

—¿Cómo lo sabes? No responde.

Ponce le propinó tal patada en las costillas, que logró despertar al adversario.

Ninguno de los dos comentó lo ocurrido en aquel callejón. No había tiempo para ello y Laine comenzaba a acostumbrarse a esas situaciones. Si algo le dolía, era que Ponce no le hubiera dado ni siquiera una breve explicación sobre el triángulo amoroso que formaron Spinosa, Palmieri y él. No es que necesitara escuchar toda la historia, pero no habría estado de más un poco de contexto. A la altura de la *piazza* Barberini, que daba nombre al artista que había dado vida a los tritones que la decoraban, Laine reconoció el camino para llegar a la *via* Venetto. Recordó que el Harry's Bar se encontraba al final de la calle. Sacó el teléfono móvil y marcó el número de su compañero.

—¿Qué haces ahora?

—Llamar a Guzmán. Tenemos que asegurarnos de que todo sigue en orden.

—¿Orden? —preguntó con desdén—. Acaba de volar una cafetería por los aires… En cuanto reconozcan a Palmieri, vamos a estar bien escoñados…

Ella ignoró sus palabras y esperó a que el compañero descolgara.

—¿Laine?

—¿Va todo bien? —preguntó ella, alterada y con la voz entrecortada por el rápido caminar.

—Sí. Están finalizando la reunión.

—¿Has notado algo extraño? Algún detalle fuera de lo previsto.

—No, que yo sepa. Oye, ¿dónde diablos os habéis metido?

—Eso no importa ahora.

—Sí, sí que importa. ¿Ocurre algo?

—Tienes que entrar ahí y sacar al ministro.

—No puedo hacer eso.

—¿Tú también?

—Joder…

—Gracias.

—Al menos, dime si vais a tardar mucho en llegar.

—¿Nos echas de menos?

—No me siento confiado sin refuerzos.

—Estamos cerca, pero te lo explicaré más tarde —respondió y miró al otro compañero, que había tomado la delantera—. Mételo en un coche y llévalo al hotel. Es importante que abandonemos la ciudad lo antes posible.

La agente colgó y Ponce la miró de reojo.

—¿Así que ahora confiamos el uno en el otro? ¿De qué va todo ese rollo, agente?

—No te pongas celoso. La relación con Guzmán no cambia nada entre nosotros.

—Lo nuestro no me preocupa… pero sí me preocupas tú.

19

Regresaron al hotel por su cuenta, tomando una ruta diferente a la del ministro, con el fin de despistar a los posibles esbirros que tuvieran a las espaldas. El viaje de vuelta al hotel les llevó más de una hora.

Spinosa estaba muerta y también lo estaba Palmieri.

La señal que habían recibido en ese callejón les había dejado claro que eran los siguientes. Tarde o temprano, aparecerían de nuevo para acabar con ellos, pero eso no era lo que más preocupaba a la agente. Sabía que Ponce desconfiaba de Guzmán y que ella era la que debía lidiar entre los dos para que las chispas no acabaran formando un fuego incontrolable. Para mantener a Guzmán al margen de la contienda, debía contarle lo justo para no alarmarlo. Al fin y al cabo, Guzmán seguía siendo un compañero, pero también un enviado de Navarro. Era injusto para él, reflexionó, aunque recordó las palabras de Ponce con relación a la amistad y el trabajo.

¿De qué lado estaría Guzmán? Había llegado el momento de tantearlo.

Tras la reunión, el ministro regresó a la habitación del hotel, tal y como habían planeado antes del encuentro. Cuando los agentes aparecieron por las inmediaciones del complejo, Guzmán los citó en el vestíbulo principal para ponerlos al corriente de lo ocurrido durante su ausencia.

—Todo hay ido sobre ruedas —explicó, mirando a la pareja—, o eso es lo que ha expresado el ministro… Parece que han llegado a un acuerdo entre países, aunque el precio que pagará el nuestro será alto, ya lo creo…

—Eso ya no nos incumbe —comentó Ponce, dando un sorbo a un vaso de agua con gas—. ¿Has retirado el dispositivo?

—No soy un aficionado. No hay rastro de la reunión.

Laine escuchaba la conversación de fondo, como si estuviera en

un segundo plano. No podía abstraerse de sus pensamientos, ni de lo que había presenciado en la plaza de San Silvestro.

«Si Palmieri hubiera cambiado de idea…», se repetía. Una decisión tan volátil podría haberlos convertido en carne chamuscada.

«¿Cómo sabía que acompañaban al ministro?»

Lamentablemente, no era el momento más oportuno para hablar de él, delante de Guzmán.

—¿Dónde está Muñoz? —preguntó Ponce con tono instigador.

—En su estancia —respondió el compañero—. No planea salir de ahí hasta que vayamos al aeropuerto.

—Y no había micrófonos ni cámaras, ¿verdad, agente?

Pero ella seguía sumergida en sus pensamientos.

Ponce chasqueó los dedos.

—Laine, regresa.

—¿Eh? —preguntó, distraída—. Sí, sí… Todo estaba limpio.

Guzmán empezó a sospechar de los dos por su modo de actuar.

—Será mejor que vayas a echar un vistazo y te asegures de que todo sigue así —indicó el compañero, invitándola a marcharse—. Guzmán y yo nos quedaremos dando un vistazo al jardín.

—Pero… —comentó ella, confundida.

—¿Algo que objetar?

Laine miró a los dos hombres y entendió el mensaje entre líneas que intentaba comunicarle. Él se quedaría con Guzmán, antes de que este los sometiera a su interrogatorio. Por fortuna, Ponce era el mejor neutralizando las preguntas.

—Os veré más tarde —dijo ella, se levantó del sofá de piel y caminó hacia las escaleras. De fondo, podía oír las palabras de Guzmán.

—¿Qué le ha pasado? Actúa de un modo muy extraño…

—Síndrome de Stendhal, supongo…

—¿Qué?

—Olvídalo. ¿Un trago?

A medida que se alejaba, sentía el cansancio sobre sus huesos. Se dirigió a la habitación y comprobó que no hubiera nadie recorriendo los pasillos. Después se acercó a la puerta y tocó con los nudillos.

—Soy yo, la agente Laine —dijo en voz baja—. Venía a

asegurarme de que se encuentra bien…

Nadie respondió a la llamada y le pareció de lo más inusual. No podía llamar a la habitación, ya que ella misma había desconectado el cable del teléfono. Así que pensó en utilizar la tarjeta de acceso a la habitación, aunque podía quebrar el reglamento si la descubrían allí dentro. Aquella opción solo se debía de emplear en una emergencia.

«¿Acaso no lo es?»

Tocó de nuevo, con la intención de hacerse oír, pero la respuesta fue la misma.

Sacó el teléfono y vaciló en llamar a Ponce para buscar su aprobación, hasta que un pensamiento la detuvo.

«No es tu jefe, no decide por ti», se dijo para sus adentros y decidió acceder a la habitación.

Sacó la tarjeta para colocarla encima del lector, pero oyó unos pasos acompañados de un murmullo, ambos procedentes del otro extremo del corredor. Por suerte, reaccionó a tiempo y se apartó de la estancia al reconocer la figura del político. Junto a él iba una mujer alta y rubia que había visto antes. Tardó varios segundos en reconocerla y darse cuenta de que era una de las invitadas que había asistido a la reunión.

«¿Anette Bauer?»

Ambos murmuraban algo entre risas hasta que llegaron a las escaleras que separaban los dos pasillos. La alemana se despidió y continuó por los peldaños y el ministro se detuvo, sonriente, en el inicio de la moqueta que cubría el corredor.

—Agente Laine… —dijo, con un tono travieso, aunque comedido—. ¿Va todo bien?

Ella tragó saliva y siguió a la dama por el rabillo del ojo hasta que esta desapareció. Después se colocó en posición recta y se apartó a un lado.

—Me aseguraba de que estaba todo bien. Mero protocolo, señor.

—Entiendo —dijo, acercándose y dejando un ligero halo de alcohol por su paso.

Laine apreció el olor.

Reconoció la mezcla de whisky y perfume de mujer.

El político se detuvo ante ella y la miró de frente con los ojos achispados.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó ella, impasible—. Parece cansado.

Él asintió.

—Ha sido un día largo.

—La próxima vez, le agradecería que comunicara sus movimientos. Es nuestro trabajo protegerle.

—Estoy bien, agente —respondió, restándole importancia a la situación—. Estaba en el bar del hotel, cerrando el trato.

Pero eso no era cierto.

—Le avisaré cuando el coche esté listo para ir al aeropuerto.

—Gracias —dijo, continuó su paso hasta la habitación y se detuvo cuando ella ya le había dado la espalda—. ¿Agente Laine?

—¿Sí? —preguntó ella y se giró hacia él—. ¿Algo más en lo que pueda ayudarle?

El político la observaba con una mirada inquisitiva.

—¿Dónde estaban cuando hemos salido del restaurante?

La agente sintió el pulso de su corazón acelerado, pero sabía muy bien cómo regular el ritmo con la respiración para que no la sonrojara.

—Asegurando el perímetro de seguridad, señor.

Él aceptó la respuesta con su silencio.

—Supongo que han oído sobre la terrible explosión que ha habido en una cafetería del centro…

—Sí, precisamente por eso hemos actuado así… Se han barajado muchas opciones… Menos mal que todo ha quedado en un accidente doméstico.

—La versión oficial difiere mucho de la real.

—Todavía es pronto para tener una respuesta.

—Dicen que era un exagente del AISI.

«¿Así que Guzmán es tu soplón?»

Como esperaban, la noticia había corrido como la pólvora.

Los ojos de aquel hombre se clavaban en ella como los de un perro a la espera de su estímulo.

—Le avisaré en una hora para abandonar la ciudad.

20

Encontró a Guzmán solo, apoyado en la barra, en el interior del bar del hotel. Se mostraba cansado y melancólico. Sospechó que Ponce lo habría abandonado, una vez terminada la conversación. Era evidente que no se aguantaban el uno al otro, pero tampoco era algo que ella quisiera solucionar. Se acercó al compañero, con una visible preocupación en su cara.

—¿Y Ponce? —preguntó al encontrar el taburete vacío—. ¿Sabes si regresará?

—¿Eres su niñera?

Ella lo miró confundida y se apoyó en la barra.

—Trabaja tus inseguridades.

—Perdona… He sido un estúpido —reculó y dio un trago al vaso de agua que había sobre la barra—. Ponce es un tipo complejo.

—Dime algo que no sepa… y guarda tus diferencias con él para cuando lo tengas delante. No me metáis en vuestros roces.

—Tienes razón, ¿has contactado con el ministro?

—Sí.

—¿Y, bien?

Laine tomó asiento para hablarle más de cerca.

—Cuando antes me has dicho que estaba en su habitación… ¿Lo has comprobado?

Guzmán sonrió con desconcierto.

—¿Me estás pidiendo que te confirme algo que he visto?

Ella asintió con la cabeza. La seriedad de sus ojos cristalinos sofocó al compañero.

—Responde a la pregunta, por favor.

Él no podía creer lo que escuchaba.

—Sí. Estoy plenamente seguro de ello —confirmó, ofendido—. Hemos llegado, le he acompañado a su cuarto y me he cerciorado de que nadie lo esperaba dentro. Después, he estado en la terraza

del bar del hotel hasta que habéis aparecido… y he ido al vestíbulo. No me he movido de aquí en todo ese tiempo.

—Está bien, es suficiente.

—Mira, tal vez no sea un agente de campo como vosotros, pero sé hacer mi trabajo y sé lo que veo.

—No lo cuestiono.

—Además, era tu responsabilidad, no la mía.

—Ya te he dicho que está bien. No te estoy juzgando.

—Pues no lo parece.

Laine miró hacia otro lado para evitar que Guzmán leyera sus pensamientos. El problema era otro. Al descubrir que el político le había mentido, se preguntó hasta qué punto lo ocurrido con Bauer había sido ocasional o premeditado.

—El ministro no se encontraba allí —explicó, ganándose la atención del compañero.

—Habría sufrido un imprevisto…

—Lo he encontrado en el pasillo, acompañado de Anette Bauer, la alemana.

—¿Bauer? —repitió, extrañado.

—¿Te sorprende?

—Bueno… Es una analista. Tal vez hayan alargado la reunión para estrechar ciertos lazos y las diferencias con Francia no ayudan al consenso. España está en una posición delicada y los alemanes tienen más peso que los polacos.

«Con el perfume y el whisky, ahora tendrán más peso».

—Antes has mencionado que trabajaba para el BND.

—Sí, aunque eso fue hace tiempo. Ahora solo se dedica a la política.

—Olía a alcohol, Guzmán.

—¿Qué? No digas tonterías.

«Le han tendido una trampa».

—No me refiero a eso.

—Lo siento, pero no entiendo a dónde quieres llegar… Nos dedicamos a la seguridad.

—Déjalo… —murmuró Laine, presintiendo lo peor.

Las dudas la asaltaron.

—Mira, me agota esta situación… No estamos equilibrados. Sin un mínimo de consenso, no hay quien trabaje con vosotros —

respondió, cansado del hermetismo de Ponce y de ella—. Será mejor que recojamos y nos larguemos. Cuando lleguemos a Madrid, todo habrá concluido… Avisa a tu compañero para que se mueva.

—¿Cómo te has enterado de que en la explosión había un agente del AISI?

De pronto, el agente arqueó las cejas.

Laine encontró una expresión sincera y descubrió que no había sido él quien le había dado el soplo al político.

Guzmán se encogió de hombros y la miró confundido.

—Me lo acabas de contar tú. ¿Quieres seguir?

—No debería hablar contigo de esto.

El agente la miró furioso y resopló.

—Entonces, detente y guárdatelo —contestó, se puso en pie y la miró por última vez, antes de marcharse—. Nos reuniremos en la entrada, en quince minutos.

—Guzmán, lo siento.

Él negó con la cabeza, decepcionado.

—No, no lo sientas… Sé que no me lo has pedido, pero te daré un consejo, Laine… Es obvio que tenéis un lazo muy fuerte, no obstante, debes recordar que no trabajas para él… Haz un esfuerzo y ábrete de miras… Aquí nadie pretende hacerte daño… Por el contrario, si te encierras y no buscas apoyo, cuando él no esté, tu mundo se derrumbará.

21

No deseaba otra cosa que regresar a España lo antes posible y completar la misión. Nada había salido como lo habían planeado y los contratiempos comenzaban a ser una tónica en cada uno de los trabajos que aceptaba. Laine empezaba a cargar demasiado peso emocional sobre los hombros y por desgracia, el viaje estaba siendo más intenso de lo que había imaginado antes de subir al avión. Primero, la muerte de Spinosa. Después, la explosión de Palmieri y ahora el desliz del ministro, sin olvidar la reprimenda que Guzmán le había dado por la falta de confianza. Su carácter controlador la castigaba con fuerza. Sentía que la situación se le iba de las manos y no era para menos.

Las palabras del compañero resonaron con fuerza en su cabeza.

Ponce hacía lo que le daba la gana, sin pensar en las consecuencias. Quizá había llegado el momento de distanciarse de él.

Debía hacerlo, creyó, por su salud mental y por su integridad física.

Si seguía sus pasos, terminaría donde no quería. No estaba dispuesta a pagar los platos que el otro rompía por su paso.

Regresó con hastío al interior del hotel, con el fin de avisar al ministro para que preparara la retirada. A pesar de su inocente apariencia, la mentira había provocado la falta de confianza en el político. Se suponía que debía confiar en los agentes que lo protegían, pero lo cierto era que allí nadie ponía de su parte.

Tocó a la puerta, esperando que no hubiera más desavenencias innecesarias. Esta se abrió segundos después. El aspecto del político había mejorado.

—¿Listos?

Ella afirmó con la cabeza.

—El agente Guzmán nos espera en la entrada.

—Estupendo… —comentó, vacilando en contarle algo—. Laine, sobre lo de antes…

Ella lo miró a los ojos, haciéndole entender que no diría nada.

—Está todo en orden, señor.

—¡Un momento! —exclamó una voz procedente del otro extremo del pasillo. Era Ponce y parecía agitado por algo que desconocían—. No se muevan.

—¿Qué sucede, agente? —preguntó el ministro con inquietud.

La cara de Ponce no traía buenas noticias.

—Ha habido un soplo —comentó, apresurado—. La prensa está por los alrededores del hotel.

Laine arqueó las cejas y el político carraspeó, concernido.

—¿Italiana?

—Hay reporteros españoles, por lo que intuyo que el rumor habrá llegado a las agencias internacionales de comunicación.

—Santo cielo… No son buenas noticias. No queremos fotos que nos relacionen. ¿Existe alguna manera de despistarlos?

—La hay, pero debemos apresurarnos.

—Un momento —intervino ella, tomando parte de la decisión grupal—. ¿Qué pasa con el resto de los representantes?

—En este momento, ese no es nuestro problema —señaló el político, con severidad—. Supongo que estarán al corriente, sin embargo, no puede existir un documento que nos vincule. De lo contrario, atarán cabos con facilidad y no tardarán en relacionarnos… Maldita sea, ¿no habían contado con ello? Tenían la orden de limpiar los alrededores de esa basura…

—Somos tres contra un ejército de moscas, señor —arguyó Ponce, ofendido por el comentario, aunque aguantando la compostura—. Bastante es que no han llegado a la reunión del restaurante. En esa situación, no habríamos tenido manera de disuadirlos.

La agitación del político llamó la atención de la agente, que la llevó a sospechar que las consecuencias serían más graves de las contempladas.

—En fin, ¿qué proponen?

—Saldremos por el pasaje del servicio del hotel.

—Por la puerta trasera, como los despreciables…

Ponce respiró hondo y suspiró, a la vez que miraba a su

compañera. Ella podía leer sus intenciones. Si hubiera sido otra persona, el agente la habría convertido en carnaza para la prensa.

—Por aquí, síganme —ordenó e inició el paso hacia las escaleras. Después se detuvo en la bajada—. Un encargado del hotel les indicará el recorrido. Laine, ve delante, por si vieras algo extraño. Yo me ocuparé de que nadie nos siga.

—Está bien. ¿Y Guzmán?

Ahora la mirada reflejó otro sentimiento que ella no alcanzó a descifrar, pero era, cuando menos, agradable.

—Haciendo su parte del trabajo.

El hotel de Russie era un enorme laberinto de pasillos, habitaciones, salones y peldaños. Al final de las escaleras, el encargado intercambió unas breves palabras en inglés y los guio hasta las enormes cocinas del hotel. Un agradable olor los sedujo al llegar al interior. El político y los agentes se mezclaron entre los cocineros de alto renombre que se encargaban de ultimar los detalles de la cena que estaba a punto de servirse.

—Por aquí —indicó el italiano, abriendo la compuerta que llevaba a un pasillo que conectaba con el depósito de las basuras y la entrada trasera del hotel.

El cuarto los envolvió en una nube de olor a fetidez. Ninguno de los tres estaba acostumbrado a la intensidad de esa clase de hedor.

—Demonios… ¡Qué peste! Lo que me faltaba por ver —murmuró el político, que se comportaba como un niño consentido —. Un ministro abandonando el hotel de Russie por el cuarto de las basuras… Sin duda, esto lo escribiré algún día en mis memorias.

Laine, harta de la insolencia del político y de su falta de saber estar, frenó en seco su paso y lo encaró.

—Cállese de una vez, ¿quiere?

El político, asombrado, balbuceó antes de responder con claridad.

—¿Cómo ha dicho, agente?

—No me tome por una imbécil.

—¿Para quién cree que trabaja?

—¿Y usted?

Ella le clavó la mirada en la cara.

El empleado del hotel abrió la puerta que daba al exterior. La claridad de la tarde, que comenzaba a ser cada vez más débil,

desvió la confrontación. Los ojos del ministro se dirigieron hacia la salida, donde estaba Guzmán apoyado en un coche de color negro.

—Venga, en movimiento —espetó Ponce, cuando los alcanzó—. Me apesta la ropa.

El político se dirigió a la agente y negó con la cabeza, mostrando el rechazo de sus palabras. Ella pensó que le convendría seguir callado, si no deseaba que sus escarceos se airearan todavía más. En el fondo, aquel tipo no era más que un hombre sometido al exceso de presión y que a su vez jugaba a ser omnipotente. El exceso de poder y de protección convertía a los de su clase en figuras impredecibles, en insensatos que confiaban demasiado en el entorno que los protegía. Para ella fue una decepción.

Los tres españoles abandonaron el edificio y subieron al coche en el que Guzmán ya los esperaba al volante.

—Sáquenos de aquí, agente —ordenó el político, mostrándose asqueado por el olor de la basura—. Detesto pasar más tiempo de la cuenta en esta ciudad.

Laine, que iba a su lado, miró atrás, hacia el enjambre de reporteros que esperaban con sus cámaras en los alrededores del hotel, y pensó que la misión había estado cerca de ser un desastre.

El agente Guzmán arrancó el motor y se sumergió en el tráfico. Minutos más tarde, tomó la salida que lo llevaba directo al aeropuerto. Nadie los siguió y en el interior tampoco intercambiaron opiniones sobre lo sucedido.

22

Llegaron a la Comunidad de Madrid de noche y sin sobresaltos. El viaje había sido silencioso y en el interior del avión se notaba una ligera sensación de fracaso. Así y todo, la huida del hotel había sido un éxito y a diferencia de su comportamiento en Roma, el ministro se mostraba complacido y satisfecho por el resultado. Laine pensó, una vez más, que aquel era el reflejo de las excentricidades de la clase política cuando asume el poder. A ojos de ella, parecía que los propios dirigentes no aprendieran de los errores y de las lecciones que la historia había dejado, de cómo las guardias pretorianas terminaban con la tiranía de unos para servir a sus propios interiores. Aquella actitud soberbia y peligrosa que algunos demostraban, quizá por miedo o por el síndrome de impostor que ocultaba cómo llegaban al poder, reflexionó, podía cambiar el orden de la partida en cualquier momento. Por suerte, ella no era la persona a cargo de tomar esas decisiones. En ese momento tenía suficiente con lidiar con los problemas de su vida personal.

Tras el aterrizaje, un vehículo recogió al ministro y este desapareció tras una escueta despedida. Los agentes subieron a un segundo coche que los recibió escasos minutos después para llevarlos al Centro. Ponce se mostró distante y Guzmán parecía abstraído en su teléfono móvil. En cierto modo, Laine agradeció el silencio y la indiferencia durante un rato.

Una vez en «La Casa», subió a su Ducatti Scrambler y puso rumbo al apartamento de Chamberí. Contaba con algunas horas para descansar hasta el día siguiente. Escudero les había comunicado que no los recibiría hasta entrada la tarde, por lo que aprovecharía el poco tiempo con el que contaba para dormir, boxear y ordenar sus pensamientos.

A la mañana siguiente despertó agitada por una pesadilla confusa que no lograba recordar con exactitud. Las últimas

imágenes del mal sueño estaban relacionadas con la explosión de Palmieri, a diferencia de que el paquete explotaba delante de ella, en el interior de la cafetería de la *piazza* de San Silvestro. Abrió los ojos, con el estómago encogido y se alegró de seguir viva. Aunque no había presenciado de cerca el estallido, en el sueño parecía tan real que tenía la expresión tranquila del italiano grabada en su mente. Movió la mano para alcanzar una botella de agua que había en la mesilla de noche y así refrescarse antes de poner los pies en el suelo. Sin querer, tiró el teléfono móvil. Cuando se levantó para cogerlo, descubrió que estaba apagado y sin batería. Sus ojos buscaron el cargador y después lo conectó a la corriente, pero decidió dejarlo apagado unas horas más.

«Es tu medio día libre», se dijo, normalizando la ausencia de tiempo para sí misma.

Una hora más tarde, con un café en el cuerpo y los Iron Maiden marcando el ritmo de sus movimientos, golpeaba el saco de boxeo del gimnasio vallecano. Como era habitual, había llegado la primera a las instalaciones. A esa hora, los curiosos aún no se acercaban por allí para tantearla con la mirada y provocar un combate. Esa mañana cargaba con tanta impotencia que era capaz de machacar a una mole hasta convertirla en polvo.

Con cada puñetazo a la lona, sus pensamientos rebajaban la intensidad. Así y todo, no podía dejar de pensar en la gravedad del significado de Exitium. De pronto, las palabras de Palmieri resonaron en su cabeza. Se preguntó cómo podían haber averiguado que ellos estarían con él. El enemigo era superior en número y logística y no volverían a tener la misma suerte que en ese callejón, si seguían yendo por libres. Haciendo un esfuerzo mental, intentó analizar todos los hechos de los últimos días. Tal vez todo ocurriera en Portugal, reflexionó, o que Ponce tuviera que explicarle algunos detalles como, por ejemplo, su ya extinta relación con el italiano. Quizá él ya lo supiera, antes de encontrarse con Spinosa en el viejo cruce fronterizo.

«Ponce no haría algo así», juzgó, aunque cada vez con menos convicción.

Continuó analizando las conversaciones, a medida que descargaba la rabia contra el saco. Le intrigó que el espía italiano le preguntara a Ponce por su precio para cambiar de bando y se

cuestionó si la provocación tendría alguna intención, más allá que la de cabrearlo. Para ella, a pesar de sus juegos psicológicos, el italiano le resultó un tipo inteligente, quizá demasiado como para terminar con su vida de un modo tan repentino. No era propio de un espía o, al menos, de lo que haría alguien con esperanzas por seguir con vida. Sin embargo, parecía que tuviera claro su destino. Para él, todas las salidas llevaban al mismo callejón.

Ellos le habían ofrecido protección y él la había rechazado.

«¿Acaso tenías miedo a que te encontraran? ¿O sabías que nuestra protección no serviría de nada?»

Laine dio el último puñetazo, casi sin fuerza.

No podía olvidar la imagen del paquete explosivo, envuelto en papel de regalo, a escasos centímetros de ella y de Ponce, junto a las tazas de café.

Cada vez tenía más claro que aquel regalo era para su compañero, pero el destino convenció a Palmieri para que cambiara de opinión.

«¿Por qué desconfiabas de él?»

Las gotas de sudor le caían por la frente.

Bajó la vista y vio un pequeño círculo de sudor sobre el tapiz.

Una ducha helada y un buen desayuno en la barra del bar de debajo de su casa, pensó que sería suficiente para recuperar el ánimo. Estaba falta de apetito, pero llevaba demasiadas horas sin comer. Laine sabía que los hábitos y la disciplina eran más fuertes que las emociones. No siempre sentía ganas de practicar deporte, aunque se forzaba a hacerlo.

«El día que no peleas, estás creando una nueva rutina», le decía el entrenador durante sus primeros días de gimnasio. Ahora, su cuerpo y su mente eran víctimas de las reglas, de los planes marcados a rajatabla, de las actividades programadas y de un sistema del que temía salir. Pronto, terminaría convirtiéndose en un robot, creía, pero aquel sistema que había formado a su alrededor para controlar cada minuto de su vida era lo que, a la vez, la protegía del caos. No podía darse por vencida y tirar la toalla, por miedo a convertirse en una víctima de sus circunstancias. En el fondo, el sistema era la razón por la que seguía activa. Si lo abandonaba, se abandonaría a sí misma.

«No has fracasado mientras sigas intentándolo».

Salió de Vallecas subida en la motocicleta italiana y recorrió el cinturón de la ciudad para regresar a su barrio. Chamberí respiraba tranquilidad durante la jornada laboral de la semana. Las noches se transformaban en otro escenario, en uno que ella apenas lograba ver porque solía estar en otra parte. Aparcó la moto a escasos metros de la entrada de su edificio y caminó hasta la cafetería de barrio en la que solía desayunar. No es que allí se sintiera conocida, pero, al menos, nadie hacía preguntas y era un detalle que agradecía.

Al entrar por la puerta del local, levantó algunas miradas de los clientes que había dentro. El efecto duró unos segundos, hasta que el informativo que retransmitían por la televisión llamó la atención de los parroquianos.

La agente se apoyó en la barra de zinc, en una posición desde la que podía ver lo que ocurría en la pantalla. Pidió un café, media rebanada de pan tostado con tomate rallado y jamón cocido y un zumo de naranja. Entonces recordó que había olvidado el teléfono en su casa.

«Supongo que puede esperar unos minutos más».

Lamentablemente, no podía estar más equivocada.

Cuando tenía el pan tostado servido, el telediario matinal despertó su atención en cuanto oyó un nombre que le resultó familiar:

> «*El gobierno español se enfrenta a una grave crisis en la que pone en evidencia su posición sobre los socios europeos. La oposición pide la dimisión del ministro de Interior, Antonio Muñoz, después de que se hayan filtrado rumores del ministro reunido extraoficialmente en Roma con los dirigentes franceses, polacos y alemanes, con el fin de influir en las votaciones relacionadas con la inclusión de Turquía en la Unión Europea*».

Al oír la noticia, un fuerte zumbido colapsó la mente de la agente. Acto seguido, sintió un horrible pinchazo en el pecho.

—¿Puedes darle más volumen? —preguntó, nerviosa.

—¿Qué?

—¡Sube el volumen! —exclamó, irascible. El camarero la observó con recelo, pero terminó accediendo a la orden.

Las manos comenzaron a temblarle.

¿Qué le estaba pasando?, se preguntó inquieta y se disculpó con un gesto.

Aquel sentimiento se llamaba culpa y ahora se apoderaba de ella. Si no hubiese seguido los pasos de Ponce, Guzmán no habría tenido que encargarse de hacer lo que era su trabajo. Por lo tanto, ella no habría desatendido la vigilancia sobre ministro y nada de aquello estaría sucediendo.

Por el contrario, si ella no hubiera seguido a su compañero, ahora sería él quien estaría muerto.

> «*Aunque todavía se espera la rueda de prensa en la que comparecerá la secretaria del gobierno, fuentes cercanas al ejecutivo niegan que haya ocurrido tal cosa y piden la confianza de los españoles y de sus homólogos europeos en el buen hacer del ministro y de su equipo*».

De repente, sintió que se quedaba sin aire allí dentro. Debía largarse, recuperar el móvil y ponerse en camino al Centro. Podía imaginar a Ponce, marcando su número repetidas veces para localizarla o, incluso peor, a Escudero gritando en su despacho.

Dejó un billete sobre la barra y salió disparada hacia el exterior.

23

Entró en el portal y llamó al ascensor, pero este tardaba más de lo habitual. Alguien había bloqueado la puerta en otra planta. Golpeó dos veces a la chapa metálica y miró por el hueco de la escalera. Desesperada, subió al apartamento por las escaleras. La zozobra no podía permitirle unos minutos más de espera. Entró en el piso, fue directa al dormitorio y desconectó el teléfono del cargador de corriente. Cuando lo encendió, sus malos augurios se convirtieron en realidad. Ponce le había dejado varios mensajes en el contestador automático, preguntándole, sin modales, dónde demonios se había metido. Caviló la posibilidad de llamarle y así darle una explicación, pero decidió hacerlo más tarde, cuando se reunieran en el Centro.

La situación había empeorado para todos.

En esta ocasión, los rumores sobre el ministro eran ciertos y podían provocar un daño a gran escala. Ella era consciente de lo que suponía la dimisión del político. El suceso no solamente provocaría una crisis en el propio gobierno, sino que dejaría en evidencia al país en Europa, además de perder la poca confianza que existía con el resto de los países. Debían evitar un escándalo así, al precio que fuera. Por desgracia, ella desconocía cuál era la manera de proceder, aunque contaba con que Navarro tuviera una solución. Lo peor de todo, pensó, era que, dentro de esa solución, probablemente quedaría suspendida.

Antes de salir del apartamento, se miró en el reflejo del espejo. En ocasiones le hubiese gustado que su vida fuera de otra manera, que las decisiones no tuvieran tanto peso. Sin embargo, nunca se había arrepentido de confiar en su instinto a la hora de elegir su camino.

Abandonó el edificio y se dirigió a la motocicleta para poner rumbo a «La Casa», cuando una presencia la alcanzó por detrás.

Primero fue la mano, agarrándola del antebrazo, lo que la puso en alerta. Después, la presión de los dedos sobre su cazadora le indicó que la otra persona estaba enfadada. La agente retrocedió rápida, agarrando el casco con fuerza y adoptando una actitud defensiva. Entonces lo vio delante de ella.

—¿Javier? —preguntó, confundida, pensando en cómo la había encontrado. La temperatura de su cuerpo aumentó por segundos. Estaba furiosa—. ¿Qué haces aquí?

—Dana…

—¿Me seguiste?

—Oye…

—No me toques.

—Pero…

—Te he hecho una pregunta —respondió, firme y cabreada. La posición del casco sujetado como un escudo, manifestó su hostilidad —. Más te vale contestarla.

—¿Puedes escucharme, por favor? —rogó el muchacho, pero aun así, ella negó con la cabeza. Los ojos cristalinos de la agente se convertían en un océano bravo y revuelto—. Llevo días intentando localizarte…

—¿Quién te ha pedido que lo hagas?

—Quería saber de ti, que estabas bien…

—Eso no te da derecho a seguirme.

Él parecía nervioso y le costaba expresarse. La postura de ella no era la más pacífica, ni la más amistosa para que las palabras salieran con naturalidad.

—Tampoco es para tanto.

—Se llama acoso.

—Yo lo llamaría interés.

—Respuesta equivocada —contestó y apretó la mandíbula. No sabía lo que ocultaba, pero no confiaba en él—. No tengo tiempo para esto.

—Dana, por favor… —dijo él, adelantándose unos pasos. Ella retrocedió, manteniendo la distancia—. ¿Puedes escucharme?

—Será mejor que te largues y que me dejes en paz —le advirtió —. Tengo prisa y no quiero tener un problema.

Él la miró fijamente, levantó las manos y dio un paso atrás.

—Seguro que puede esperar unos minutos. Ya se te ocurrirá

algo…

—No, Javier. No puede.

—Oye, no es para tanto. No montes un numerito.

En su rostro, Dana encontró una sonrisa camuflada que intentaba contener. Aquello la enfureció todavía más, pero no podía perder el tiempo con ese cretino. Subió a la motocicleta, se puso el casco y la arrancó delante de él. Entonces vio un pequeño charco de lluvia, junto a la acera.

—Creo que he sido clara.

—Anda, no te hagas la dura.

—¿No te parezco seria?

La falta de respeto no hizo más que aumentar el enfado.

—¿Sabes qué? ¡Que te den, tía! Estás como un maldito cencerro.

«Tienes razón, lo estoy, por eso termino con auténticos enajenados como tú… Toma nota, Laine… Esta ha sido la última vez que buscas respuestas en una aplicación».

Después le sonrió tras el casco, pero él no podía ver su rostro a causa de la visera.

Puso la primera marcha, metió puño y giró la moto hacia un lado, provocando que la rueda trasera de la Ducatti patinara sobre el charco y provocara una ráfaga. El agua sucia manchó al chico, que no pudo resguardarse a tiempo. Este, rabioso e impotente por la humillación, intentó seguirla a pie, pero el esfuerzo fue en vano.

Laine aceleró con dureza y la moto salió disparada por el cruce de Abascal, alejándose en cuestión de segundos por el cruce que conectaba con Santa Engracia.

24

La tensión era palpable en el ambiente en cuanto las puertas del ascensor de «La Casa» se abrieron. Cruzó el pasillo que separaba los departamentos y alcanzó el despacho de Escudero con paso firme. No se había cambiado de ropa y sabía lo mal que su jefa llevaba aquello, pero ni siquiera tuvo tiempo para pensar en su vestimenta. Desde fuera, reconoció en el interior a Ponce, que estaba de espaldas a la cristalera y hablaba con Escudero, adoptando una posición corporal sumisa. Laine sospechó que estaría utilizando otro de sus enredos para engañar a la superior, si es que existía persona capaz de engatusar a Escudero.

Al llegar a la puerta, frenó en seco el paso cuando avistó a una pareja de hombres que interceptaron su camino. Eran Navarro y Guzmán y ambos la reconocieron al instante. El repaso de Navarro al verla no pudo ser más hostil.

—Agente, Laine —dijo el mandamás, acompañado del otro agente—. Usted primero, por favor.

—Gracias… —comentó ella, sin desviar los ojos de la línea imaginaria que unía la puerta con su cabeza. El gesto le pareció de todo, menos caballeroso.

Frente a la puerta del despacho, tocó, abrió y entró, interrumpiendo la conversación entre Escudero y Ponce. Antes de que la jefa la escarmentara por la falta de modales, vislumbró que no iba sola y se tragó las palabras. Las diferencias entre Escudero y Navarro eran tales, que la jefa no estaba dispuesta a reprender a su equipo delante del superior.

—Veo que ya estamos todos —comentó con acidez—. Será mejor que no perdamos más tiempo.

—Estoy de acuerdo —añadió Navarro, que se separó del agente y se colocó tras el escritorio, junto a Escudero, marcando su posición de poder—. No voy a pedirles una versión maquillada

sobre lo que ha ocurrido en Roma, porque antes hay que solucionar otro problema más grande.

Laine miró a Ponce, que estaba a su lado y este la ignoró por completo para evitar la complicidad.

—¿Dónde está la tarjeta de memoria? —preguntó Escudero con voz severa, provocando una reacción de sorpresa en los agentes—. Les recuerdo que aún nos queda algún aliado en Europa… Nuestros compañeros italianos han reconocido al hombre que provocó la explosión de la cafetería en la *piazza* de San Silvestro…

—Giancarlo Palmieri, un exagente del AISI —matizó Navarro—. Las cámaras de seguridad del establecimiento lo grabaron junto a una pareja formada por un hombre y una mujer, momentos antes de la explosión… El camarero que lo atendió ha confirmado que hablaban los tres en español… ¿Quieren que continúe? Hay cámaras de vigilancia por toda la plaza y el centro de la ciudad.

—Palmieri no nos entregó la memoria —respondió Ponce.

Laine sentía la expresión de decepción de Guzmán, que los observaba desde el otro lado.

—Fue ella, ¿verdad? —preguntó Escudero, saliéndose del guion —. Fue Gabriella Spinosa la que les llevó hasta él.

—Sí.

—¿Y dónde está la maldita tarjeta de memoria? —quiso saber el jefe—. No voy a perder un segundo en explicarles algo que todos ya conocemos.

Ponce respiró hondo y emitió un ligero suspiro.

—Palmieri y Spinosa tenían una relación sentimental, por lo que era consciente de que irían tras él, en cuanto Spinosa desapareciera —continuó explicando el agente—. Debido a esto, la ocultó en París, donde la guarda un contacto suyo.

—¿Y quién es ese contacto?

—No lo sabemos. No nos lo quiso comunicar por miedo a poner en riesgo su integridad.

Navarro miró a Escudero y Laine observó a su compañero por el rabillo del ojo. Ponce les estaba contando lo que querían oír, pero se había tomado muy en serio las palabras de Palmieri y parecía convencido de tener al enemigo en casa. Entonces Laine se dio cuenta de que, para él, el asunto no terminaría hasta que llegara a su fin.

—Esa memoria contiene información muy sensible, entre la que figura una lista de nombres y una serie de documentos y de informes relacionados con esos nombres… Por si fuera poco, en esa lista también aparecemos todos los presentes en este despacho. ¿Son conscientes de la gravedad del asunto?

—Sí, señor.

—No, no lo son…

Ponce se sintió ofendido.

—Si usted lo dice…

—Mire, probablemente estemos ante la organización criminal más peligrosa de las últimas décadas… Porque es lo que son: una organización de exagentes preparados, que conoce nuestra manera de actuar, nuestros secretos y a nuestros espías… Un grupo que está jugando con el destino geopolítico de Europa para su propio interés económico y para los intereses de los enemigos del continente…

—¿A dónde quiere llegar?

—Si los propios servicios de inteligencia de un país esconden secretos entre sus departamentos y desconfían de quienes trabajan en ellos, ni la peor purga conseguirá cerrar la herida que se ha abierto… *Divide et impera*, ¿acaso son capaces de entenderlo?

—Anette Bauer —mencionó Laine, cambiando el rumbo de la conversación, antes de que el castigo del fracaso cayera sobre ellos —. Es una analista del gobierno alemán y exagente de los servicios secretos alemanes. Se reunió con el ministro en el Harry's Bar e intimó con él más tarde en el interior del hotel… Sospecho que es quien le tendió la trampa al ministro.

A Navarro le molestó la interrupción.

—¿Y ahora, a qué viene eso?

—¿Quién estaba a cargo de él? —preguntó Escudero.

Guzmán carraspeó.

—Yo —dijo Laine.

—¿No se ocupó de revisar la estancia?

—No fue allí. El ministro me mintió, por lo que debió de ocurrir en otro lugar del hotel.

—Era su deber el de evitar que saliera de la estancia, aunque tuviera que pararle los pies.

—Lo siento.

—Maldita sea… —comentó Navarro y recuperó la compostura

de la voz—. No podemos dejarlo todo en manos de una novata…

Ella tragó saliva y vaciló antes de responder.

—Los sorprendí juntos en una actitud cercana. Con todos mis respetos, el ministro no es…

—Está bien, está bien —espetó Navarro, apoyando sus palabras de indiferencia en un movimiento de manos—. No me interesa lo que hiciera ese patán… No me sorprendería lo más mínimo. En realidad, nos debería importar bien poco su dimisión, pero esas fotos no pueden ser publicadas… ¡Por Dios! Hubiese preferido que se hubiera acostado con una prostituta, sin embargo, acusar a esa mujer de traición significaría abrir la *matrioska*…

—Un efecto dominó que no interesa a ningún país —matizó Escudero.

—Primero, quebraría cualquier clase de acuerdo y de relación con el eje central —continuó el jefe—, y ya sabemos cómo son los alemanes a la hora del perdón… Después nos señalarían con dedo acusador por habernos reunido con otros dirigentes para influir en las votaciones…

—¿Acaso no lo hacen los demás? —preguntó Ponce, metiéndose donde no debía.

Navarro se mosqueó todavía más.

Chasqueó la lengua y se dirigió al agente.

—Por supuesto, pero cuentan con gente eficiente para que eso no salga a la luz.

—¿Qué pasará con Bauer?

—Nada —aclaró Escudero—. Se encargarán de encontrar al contacto de Palmieri en Francia.

—No nos reveló quién era —aclaró Laine.

Navarro dio un respingo.

—No me importa lo que dijera, igual que no estoy convencido de ustedes que nos lo hayan contado todo… Tengo el presentimiento de que sabrán cómo encontrar a esa persona y traer la memoria a «La Casa».

—¿Para entregársela a los franceses? —quiso saber Ponce, indignado.

—Si lo consiguen, España recuperará la confianza y el apoyo de sus aliados… Lo que hagamos con ella, no es de su incumbencia.

—¿Y si no lo logramos? —preguntó el agente.

—Ustedes perderán la nuestra.

25

La reunión se estaba alargando más de lo esperado. Una llamada al despacho de Escudero provocó un breve paréntesis técnico. En esos momentos, la presión mediática y política había puesto contra las cuerdas al ministro de Interior y el presidente del gobierno español lo había forzado a presentar su dimisión esa misma mañana. La crisis agravaba la situación y el Centro debía actuar con inmediatez. Mientras que Navarro atendía al teléfono, los agentes analizaron con detalle los hechos del viaje a Roma, en busca de un desliz, de un rostro que habían pasado por alto. Tras el intermedio, Navarro regresó al despacho de Escudero con el rostro estirado y fue claro con sus intenciones, haciéndoles saber a los agentes que los fallos de la misión quedarían grabados en sus expedientes.

—La Moncloa está echando humo —comentó, ocultado su malestar para dar la impresión de que era de piedra y que nada le afectaba—. El ministro presentará su dimisión en unas horas y el gabinete de crisis aún no ha decidido quién lo sustituirá… Exigen que solucionemos el asunto de las fotos, antes de que la sangre llegue al río y el escándalo se convierta en una verdad.

—¿Acaso no lo es? —preguntó Ponce.

—Lo desmentirán hasta que no quede otra —respondió el jefe—. Aunque sacrificarán la figura del ministro, creen que pueden darle la vuelta al asunto y utilizarlo como un mártir para influir en el voto.

—Presunción de inocencia… —añadió Escudero—. Si no ha ocurrido, no se puede justificar lo contrario. La duda siempre es más poderosa que los hechos.

—Lo importante es que exista un sentimiento de culpa en la población por haberse equivocado y que esta pague su malestar con la oposición, que será la que pierda la credibilidad…

—La política está hecha para los infames —opinó Ponce,

rascándose el mentón.

—Eso no es todo… —continuó Navarro—. El presidente ha comunicado que debe haber nombres y represalias por este error.

—¿Un castigo?

—Es el presidente.

Las cartas estaban sobre la mesa y la credibilidad de la pareja de agentes pendía de un hilo. ¿Cómo habían llegado a esa situación?, se preguntó ella, escuchando atentamente el sermón de los inspectores. No había puesto en riesgo su vida para perder su reputación de esa manera. Pero lo cierto era que el virus había comenzado a infectar las mentes del Centro, generando la desconfianza. Eso era lo que pretendía Exitium, sembrar el caos desde dentro, abrir las grietas del único bastión imposible de quebrar.

—¿A este extremo hemos llegado? —preguntó Ponce, desafiante e incapaz de creer que estuvieran cuestionando su lealtad—. Son muchos años aquí como para que un representante político nos cuestione.

—¿Lo ve, agente? —preguntó el superior—. Ahora habla como si perteneciera a esa casta. No lo olvide, somos funcionarios de esta nación y servimos a los intereses del país. Usted ya sabe quién toma la última decisión.

—Sembrar la sospecha es lo que pretenden, señor. Esta gente conoce nuestro modo de operar, nuestro funcionamiento interno.

—¿Qué insinúa? Sea más claro, por el amor de Dios.

—¿Les vamos a dejar que se salgan con la suya?

—Entiendo… Ya sé por dónde va, pero no estamos poniendo en duda su labor, agente, ni tampoco vamos a denegarle la oportunidad de remendar su error… No obstante, recuerde lo que pasó en Berlín con su excompañero… No sería la primera vez en la historia que un miembro del CNI…

Ponce carraspeó, cortando la explicación del superior.

—¿Le recuerdo qué hicimos allí, señor? Esta vez, la historia no llevará mi nombre —espetó, molesto—. Pueden estar seguros de ello. Si buscan un chivo, están apuntando en la dirección errónea.

Escudero chasqueó la lengua, buscando la manera de calmar la tensión entre sus agentes y el superior.

—El agente Ponce tiene razón —dijo la mujer, desviando la

atención del superior—. Debemos mantener la calma y funcionar como hemos hecho hasta ahora, señor. No sirve de nada cuestionar la confianza de nuestros agentes. La Moncloa ahora pasa por un momento delicado y es entendible que la discordia se haya apoderado de las decisiones, pero debe recordarles que estamos en el mismo bando y es evidente que nos enfrentamos a un objetivo invisible a los ojos, una amenaza que trasciende más allá de Exitium.

—¿A qué viene esto ahora, Escudero?

—Laine y Ponce son los agentes de campo mejor preparados en este momento —explicó, aliviando los sentimientos de la pareja—. A pesar de los contratiempos, no nos han fallado hasta la fecha. No podemos arriesgarnos a perderlos.

—Disculpe, pero… ¿Laine? —cuestionó, arqueando una ceja—. Ni siquiera terminó la formación. Está muy verde… y lo digo sin acritud, agente.

—Discrepo de usted, señor —espetó Escudero.

—Sus valores la honran, aunque también la han llevado a la posición en la que se encuentra —dijo, dejando entrever su sarcasmo. Laine notó cómo las palabras afectaban a su jefa, que había mordido el veneno del superior—. He sido lo bastante claro como para indicarles lo que tienen que hacer. Traigan esa memoria a Madrid y Guzmán y el equipo de cifrado se encargarán de averiguar qué contiene.

—No es posible —comentó Ponce.

—La orden ha sido clara.

—Ponce no se refiere a eso —intervino Laine, viendo cómo su compañero se negaba a dar el brazo a torcer—. La agente Spinosa nos explicó que la información está encriptada con un cifrado AES-256.

Navarro miró de reojo a Guzmán, esperando que le tradujera lo que acababa de decir.

—¿Estamos preparados para un cifrado como ese, Guzmán?

—Puede llevarnos tiempo…

—¿Y qué nos importa eso? Cada segundo que pasa, esa tarjeta puede estar en otras manos. ¿Acaso creen que no habrá más copias en circulación?

—Es poco probable —comentó Ponce, provocando al superior—.

Las memorias llevan un comando programado para eliminar toda la información, en caso de que alguien intente realizar una copia.

—Tiene sentido… —dijo Guzmán, con la mirada clavada en el suelo.

—Que alguien me lo explique —respondió Navarro.

—El término Exitium, no solo significa salida en latín, sino que es sinónimo de destrucción y muerte… —comentó el agente informático, que parecía encontrarse en otra conversación—. Sin embargo, hay algo que me desconcierta…

—Por favor, termine la maldita frase.

El agente prosiguió con el ceño fruncido. Parecía haber dado con algo.

—Una lista tan importante, encriptada bajo un cifrado tan robusto y oculta en una tarjeta de memoria… No sé, resulta tan profesional que me sorprende que no haya sido fragmentada.

Las palabras de Guzmán activaron los mecanismos de alerta de Ponce y Laine.

—¿Fragmentada?

Guzmán levantó la vista y se encogió de hombros.

—Como una caja fuerte con dos llaves. Es una práctica habitual para preservar la seguridad de la información…

—Siga.

—La información se fragmenta en dos particiones y cada una de ellas lleva una contraseña. De este modo, se complica aún más la manera de acceder a la información.

—Es decir, no basta con tener las dos tarjetas, sino que además hay que obtener dos claves…

—Que, probablemente, protegerán dos personas con ningún vínculo.

—Entonces, el contacto de Palmieri posee una de esas tarjetas.

—Y suponemos que también la clave —añadió Ponce.

—¿Y la otra parte?

—Es probable que ya esté en manos de Exitium —señaló Escudero, que escuchaba la conversación con atención—. Recordemos que fue Spinosa quien los traicionó, creando esta copia de seguridad.

—Con una mitad en nuestro poder, podremos negociar con ellos —apostilló Guzmán.

—Escuchen, no gastaré ni un segundo más con esto —sentenció Navarro, acabando con la reunión—. Ponce, Laine y usted también, Guzmán… Irán los tres a París, establecerán contacto con la persona indicada por Palmieri y traerán aquí esa maldita tarjeta de memoria, cueste lo que cueste, sin excusas… Si necesitan dinero, llamen. Tienen carta blanca, pero tráiganla.

—Con todos mis respetos, agradecería que el agente Guzmán se quedara aquí. No tiene la misma experiencia que Laine y me temo que esta vez no será como en Roma.

—Agradezco la sugerencia, agente Ponce —dijo Navarro, hinchando el pecho y apropiándose del espacio con lentos movimientos—. Soy yo quien decide y Guzmán los acompañará. ¿Alguna objeción más?

El agente miró al superior y guardó silencio, mientras que Laine observaba de reojo a la jefa, que se tragaba las palabras con absoluta elegancia.

—En ese caso, será mejor que nos cuenten lo que Palmieri les dijo sobre esa fiesta.

26

Tras el ultimátum de Navarro, los agentes expusieron los requisitos necesarios que Palmieri les encomendó para la misión de París.

Fritz von Westarp celebraría su fiesta al día siguiente en su mansión parisina, por lo que el CNI debería apresurarse para conseguir tres invitaciones en menos de veinticuatro horas. Pero eso a Navarro no le importunó. Parecía conocer muy bien el emplazamiento del que hablaban. Con un gesto confiado, les aseguró que se encargaría de organizarlo todo, antes de que subieran al avión.

—*La maison de l'entreprise*… —comentó el superior, confundiendo a sus hombres—. Un auténtico laberinto del horror.

—¿Ha estado ahí antes, señor? —preguntó Escudero—. Nunca dejará de sorprenderme.

El jefe respiró hondo e ignoró el comentario.

—Fritz von Westarp es un personaje con todas las de la ley… y bien relacionado con la alta sociedad europea —explicó, meciéndose las canas hacia atrás—. Sus excéntricas celebraciones tienen fama de ser de todo, menos divertidas… La mansión privada se encuentra en la zona residencial de La Muette, al sur del distrito 16, uno de los más ricos de la capital francesa… Debido a la situación a la que nos enfrentamos, aprovecharemos la crisis sufrida y enviaremos a uno de nuestros diplomáticos para cederles terreno mientras que ejecutan la misión.

—Al cónsul —señaló Ponce y el superior lo cuestionó con la mirada—. Es lo que dijo Palmieri.

—Me temo que no podrá ser.

—¿Estará al corriente el equipo de gobierno? —preguntó Escudero, cuestionando la legalidad de los movimientos que indicaba el jefe.

—No será necesario, ya que no ocurrirá nada —explicó,

intentando mantener la calma de la mujer—. El sustituto del cónsul llevará una falsa promesa que utilizaremos para ganar tiempo.

—Comprendo.

—Sé lo que piensa, Escudero, puedo leerlo en su frente… —comentó con cierta preocupación en su voz y se dirigió a los tres agentes—. Pero he estado en ese lugar antes y… por eso mismo les digo que deberán andar con mucho cuidado. La llaman *la maison de l'entreprise*… y pueden imaginar por qué.

—Interesante —comentó Ponce, sin mostrar ninguna emoción en su rostro—. Deberemos acudir protegidos.

—Descuide, agente… Habrá carnaza para todos, pero no correrá la sangre… La mansión de von Westarp está muy cerca de la OCDE y del famoso jardín Ranelagh, por lo que habrá mucha seguridad privada y dudo que alguien quiera ser el primero en llamar la atención de la gendarmería francesa. Pese a ello, no deben relajarse ni un segundo. La vivienda contiene veintitrés estancias y quince dormitorios, sin contar con el sótano, una casa anexa y cuatro garajes…

—En mi cabeza, calculo mucho espacio para un gran número de personas… —comentó Guzmán, impresionado—. Sufro de fobia social.

—Tendrás que tomarte un Valium, informático —respondió Ponce.

—En efecto, es un lugar espacioso… —aclaró Navarro—. Más de mil quinientos metros cuadrados de vivienda y trescientos de zona exterior… Una bonita casa de principios del siglo XIX, para un tipo muy sórdido.

—Tendremos que repartirnos las tareas —mencionó Ponce—. Yo me encargaré de realizar la transacción. Laine y Guzmán me cubrirán las espaldas.

—Pero… —dijo ella.

—Les ruego que no se dejen agasajar por el lujo ni por las ofrendas del señor von Westarp —intervino Escudero, preocupada por el trascurso de la misión—. Una vez que tengan la tarjeta, salgan de ahí.

—No olviden que en esa fiesta también encontrarán agentes franceses, italianos, rusos, portugueses, polacos, alemanes, ingleses… —añadió el superior—. Y, por supuesto, habrá agentes

dobles de Exitium entre los invitados… Dudo mucho que seamos los únicos que conocemos el paradero de esa tarjeta.

—Estaremos preparados para lo peor —comentó Ponce.

Navarro carraspeó.

—Tomen las precauciones que consideren pertinentes, pero acudirán desarmados y no es una cuestión discutible.

Ponce arrugó el rostro.

—Saldremos de allí con los pies por delante.

—Nadie va con armas a una fiesta —señaló Escudero—. Habrá controles de seguridad… Utilicen el sentido común. No les interesa llamar la atención.

—Entendido —dijeron los agentes al unísono.

—Perfecto… Un avión privado los llevará mañana a París —indicó Navarro, concluyendo la reunión—. Descansen unas horas, refresquen su francés y no olviden meter un traje de noche en su equipaje.

Tras clausurar el encuentro, Ponce se despidió con brevedad y abandonó el edificio con apuro. Laine lo contempló cruzando el pasillo y perdiéndose por el ascensor. Estaba molesta por la decisión que había tomado, una vez más, de manera pública y sin consultarla con el resto del equipo. Le importaba poco que Guzmán no se opusiera al dictamen del compañero, pero le molestaba que Ponce no contara con ella, ni siquiera para escuchar lo que tenía que decir al respecto.

Esta vez, no correría tras él.

Estaba molesta, decepcionada… y pensó que, fuera lo que fuese que le ocurría, tendría que resolverlo por su cuenta.

Por otro lado, sentía que debía prepararse mental y físicamente, más que para cualquier misión anterior. Aquel encargo no era como los demás. Podía sentir el peligro y la muerte de cerca. Exitium no era un juego de niños y Ponce tenía lo que buscaban. Aunque no lo reconocería en voz alta, los estaban enviando a un foso de caimanes hambrientos. Las historias como esa terminaban clasificadas en un archivo y recordadas con una corona de flores en el cementerio.

> «*En ocasiones, tienes que elegir entre la patria a la que sirves y la amistad. No es una cuestión de ética, sino*

de principios».

Después entendió que la mayoría de sus preguntas jamás tendrían una respuesta y que pensar sobre ellas, únicamente la debilitaba más.

Había llegado el momento de olvidar a Palmieri, borrar de su mente la imagen de aquel paquete, dejar a un lado a Ponce y sus rencillas personales y concentrarse en la tarea que les habían asignado.

A la salida del edificio, oyó unos pasos que se acercaban a ella. Miró de soslayo y encontró a Guzmán aproximándose por detrás.

—Laine, ¿tienes un minuto?

—Depende… Un minuto, según con quién, puede ser una eternidad.

El compañero sonrió y ella se fijó en la bonita mueca que formaban sus labios.

—No tengo ganas de regresar a mi casa… todavía. Después de todo lo que ha ocurrido durante las últimas horas, necesito desconectar y recuperar el contacto con la realidad.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Y crees que soy la persona más apropiada?

Él frunció el ceño y bajó la vista al suelo, preguntándose qué responder.

—No conozco a mucha gente.

Ella dibujó una sonrisa en su rostro que intentó ocultar.

—Me habría bastado con un sí.

27

El Río Tormes era una cafetería de barrio con ambiente de bar, ubicado en la calle de Zurbano y que daba de comer y de beber a todos los que trabajaban por los alrededores de José de Abascal. Lo citó allí por comodidad: el lugar no quedaba lejos de su casa, pero tampoco en la misma esquina. Después del encuentro previo con Javier, prefería mantener su privacidad, aunque Guzmán parecía hecho de un material diferente al de su cita virtual.

Cuando el compañero llegó al bar, encontró un local lleno, tanto dentro como fuera. Muchos clientes bebían en las mesas altas de la calle y fumaban en la puerta, impidiendo el paso de los peatones que intentaban cruzar la calzada. Ella lo esperaba apoyada en un rincón de la barra metálica, con una caña bien fría en la mano y el teléfono móvil en la otra. Tan pronto como advirtió su llegada, Laine bloqueó el terminal y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta de cuero. Por la expresión que traía, pensó que Guzmán esperaba un sitio más íntimo.

—Lo siento. Es imposible aparcar en este barrio —dijo y pidió una cerveza. Luego dio un vistazo al local, rodeado de oficinistas trajeados que habían salido de sus despachos. Allí dentro no existía escalón social ni diferencia de clases, siempre y cuando nadie armara follón—. ¿Nerviosa por el viaje?

Ella mantenía un gesto agradable. La pregunta no tenía segundas intenciones y agradeció el interés sincero por su parte.

—Menos de lo que debería —respondió y le acercó su vaso de cerveza para brindar—. Por París.

—Se brinda cuando las cosas salen bien…

—Lo harán —dijo ella con gesto serio, desvió la mirada al otro lado de la barra y dio un largo trago hasta que vaciar el vaso. Después lo dejó en la vitrina de cristal, dando un golpe seco. Por el rabillo del ojo, advirtió a Guzmán observándola. No le incomodó lo

más mínimo. En el fondo, solamente buscaba una excusa para saciar la sed y permitir que el alcohol fluyera por la sangre—. Otras dos, por favor.

—A mí aún me queda cerveza.

—Dos —le dijo al camarero y le hizo un gesto con los dedos, acompañándolo de una sonrisa. Luego se dirigió al agente—. No nos queda otra opción.

—Ya veo…

—Me refiero a que las cosas salgan bien. De lo contrario…

—No volveremos —respondió él y ella no supo interpretar muy bien sus palabras. Por el tono de su voz, la respuesta parecía un chiste sin gracia que no había llegado en el momento oportuno. Guzmán quiso rectificar, pero no había manera de reparar el malestar generado.

—Será mejor que hablemos de otra cosa.

—Perdona, no quería…

—No, tranquilo. Está bien. No tiene importancia.

—A veces, los nervios me pueden…

No era su culpa, pensó ella. El agente tan solo había expresado lo que los tres opinaban en silencio. En ocasiones, el humor es la única vía de expresión de los sentimientos más puros. La clave es manifestar una verdad haciéndola sonar estúpida. Sin embargo, por mucho que suene a idiotez, no deja de ser una verdad.

En ese momento, Laine se dio cuenta de que aquellas serían sus últimas horas de calma antes de que la presión y la adrenalina volviera a apoderarse de sus cuerpos, y no estaba dispuesta a desperdiciarlas. Ellos no eran espías de tres cifras como los que llenaban los cines, sino agentes de campo, de carne y hueso, tan mortales como el resto de los desconocidos que tenían a sus espaldas. No estaban allí para hablar de trabajo, sino para llenar un vacío existencial y regresar a ese momento de certeza y normalidad —fuera real o ficticio— que ambos necesitaban en sus vidas para que estas tuvieran un poco más de sentido, antes de perder la autonomía por completo.

Y no había nada más real que la hora previa a la cena en un bar común de la ciudad.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Adelante —dijo él, intentando solucionar el desperfecto.

—¿Cómo acabaste trabajando para Navarro?

La pregunta lo desconcertó. Por un momento, parecía esperar algo más casual, como su estado civil o la edad que tenía. Cuando escuchó el nombre del superior, pestañeó y dio un largo suspiro.

—Es una historia un poco larga. No quiero aburrirte.

—Tu vida parece bastante aburrida —respondió ella, provocando una reacción en su cara—. Querías salir del cubículo, ¿me equivoco?

—Vaya… No das puntada sin hilo. ¿Qué hay de ti?

—Todavía no has respondido a mi pregunta. Detesto que lo hagan con otra pregunta y Ponce es asiduo a ello.

—De nuevo el agente Ponce…

Ella percibió el recelo en su respuesta.

—No me lo cuentes si no quieres —dijo y se llevó el vaso a la altura de la boca—, pero no uses a Ponce como excusa.

Empezaba a divertirse con la conversación. De alguna manera, estaba confiada en que Guzmán no era lo que aparentaba o, si lo era, ocultaba una parte salvaje de él.

Guzmán se acercó a ella, como si estuviera a punto de confesarle un secreto.

—Odiaba trabajar en el departamento tecnológico… Los ordenadores se me dan bien, pero no es la vida con la que había soñado.

—¿Así que tenías sueños?

—¿Tú, no? Quien no sueña con algo, ha perdido toda esperanza.

—Navarro es un perro viejo y no se impresiona con cualquiera…

Él arqueó la ceja y se apoyó en la barra. La distancia entre sus cuerpos se recortaba cada vez más.

—Lo dice la agente que ingresó con Escudero, antes de terminar el proceso de formación…

—Es una historia un poco larga —dijo ella con tono burlón—. No quiero aburrirte…

Él se rio.

—Esperaba oír algo así… —respondió bajando el tono de voz y haciéndolo más grave. Dio un trago a la cerveza y la miró fijamente —. Aunque, si vamos a pasar más tiempo juntos, no estaría de más que nos conociéramos un poco mejor…

Ella se quedó pensativa y se fijó en los ojos del hombre que tenía

delante. A pesar de su torpeza con las mujeres, Guzmán era apuesto y muy atractivo. Puede que la falta de experiencia se debiera a su excesivo conocimiento tecnológico. Bajo esa apariencia de analista, había un cuerpo trabajado y eso saltaba a la vista por cómo le quedaba la camisa. Además del físico, le atraía su carácter provocador, aunque educado.

«Demonios, Laine. Siempre te fijas en los raros».

Supuso que el alcohol tuvo algo que ver para que el agente se aflojara la camisa y mostrara un lado natural y oculto en horas de trabajo. Parecía que le gustaba jugar y eso era de agradecer para ella. Pronto notó cómo la tensión sexual aumentaba entre los dos de manera natural, aunque no estaba dispuesta a cruzar ciertas líneas y estaba segura de que Guzmán no se atrevería a hacer nada.

—Nadie nos obliga a intimar con los compañeros de trabajo.

Él le regaló una mueca y mantuvo la mirada fija.

—¿Cuál es tu secreto, Laine?

Ella notó cómo el cuerpo del agente se aproximaba unos centímetros.

—¿Y el tuyo, Guzmán?

Atraídos como dos imanes, los ojos del agente se desviaron hacia los labios de ella y el silencio se volvió más pesado. Como una fuerza poderosa, sus labios se acercaron a los de Laine, provocando un chispazo entre sus cuerpos. Después, la boca de Guzmán acarició la suya y los latidos del corazón se dispararon.

De manera brusca y en contra de la voluntad de sus emociones, ella se apartó y volteó el rostro, con rechazo. El agente se quedó perplejo y arrepentido por haberse dejado llevar.

—Joder, Guzmán… Eso no ha estado bien, es una cagada.

—Lo siento, Laine…

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió, mirándolo ahora con frialdad—. No me refería a intimar de esta manera, ¿queda claro?

—Sí, ha sido una estupidez.

Ella sacó un billete y lo dejó en la barra.

—Te veré mañana.

—¡Espera! No te vayas… —dijo y la sujetó del antebrazo—. No le demos importancia.

El gesto, parecido al que había sufrido por la mañana, activó sus mecanismos de defensa. No obstante, Guzmán la soltó a tiempo y

comprendió que necesitaba su espacio.

—Nos vendrá bien descansar —dijo con un tono lineal—. Mañana será un día difícil.

28

A la mañana siguiente, la alarma del teléfono la despertó del sueño profundo en el que se encontraba. Abrió los ojos de manera fortuita y por unos momentos sintió que se quedaba sin aire. Después suspiró profundamente.

«Todo ha sido un mal sueño», se dijo, recordando las últimas imágenes. La agente no creía en las premoniciones, pero algo en su subconsciente la había advertido de que la misión de París saldría mal. Con la boca reseca, miró a un lado de la habitación, encontró un vaso de cristal vacío, una botella de Johnnie Walker a medias y una caja de Ibuprofeno. Aquella era la razón de sus pesadillas.

«Oh, no», pensó, recordando la noche anterior. Beber le sentaba mal antes de dormir, aunque le ayudaba a calmarse mientras estaba ebria. El beso de Guzmán la había descolocado por completo. Había regresado nerviosa del bar y las paredes del apartamento la asfixiaban como si estuviera en la celda de una prisión.

«Maldita sea, Guzmán», reprochó para sus adentros, dando movimiento a las imágenes mentales de los recuerdos de la noche anterior. En parte, ella había accedido al juego del agente, pero también necesitaba dejarse llevar por unas horas con una dosis de esa «realidad mundana» de la que hablaba. A nadie le amarga un dulce y a todo el mundo le gusta sentirse querido, aunque sea por un rato, se dijo, justificándose. Sin embargo, podía haber frenado el accidente antes de que este se lanzara a besarla. Su instinto se lo había advertido y ella lo vio venir cuando le propuso tomar una cerveza. Pero no hizo nada por detenerlo, quizá porque lo deseaba tanto como él.

Por si tuviera pocos problemas en su vida, ahora debía hacer frente a uno más. «¿Tanto le costaba esperar a que regresáramos de Francia?», lamentó, juzgando la acción en el comportamiento impulsivo de la mayoría de los hombres.

No deseaba que Ponce lo supiera, aunque, tarde o temprano, se enterara de ello. Así que se conformaría con que Guzmán se olvidara del episodio y no hablara del asunto en público.

Antes de que la ponzoña mental le intoxicara los pensamientos y se arrepintiera de sus actos, una quemazón le atravesó la corteza cerebral durante un largo instante. Beber no ayudaba a olvidar, sino a recordar de mala manera. Y aquella no era la mejor forma de empezar el día.

Apagó la alarma del móvil, salió de la cama y abrió la ventana del dormitorio para que el aire gélido entrara en la habitación. Necesitaba beber agua y pegarse una buena ducha para quitarse de encima aquel malestar. Después se tomaría un café y un zumo de naranja, acompañados de un par de pastillas que redujeran la jaqueca. Sobreviviría a ella, se dijo, confiada. Las había tenido peores.

Minutos más tarde, con el cabello húmedo y una camiseta blanca encima, se fijó en el cajón de la cómoda, donde guardaba el arma reglamentaria.

> «*Tomen las precauciones pertinentes, pero irán desarmados y no es una cuestión discutible*».

Se preguntó por qué a Navarro le preocuparía que no llevaran armas. El pensamiento la llevó a acordarse de su compañero. En Roma los podrían haber asesinado y estaba segura de que Ponce no atendería a las órdenes de Navarro.

—París no será diferente —murmuró en voz alta, dio media vuelta y caminó hacia la cómoda del cuarto.

Después sacó el arma, la contempló unos segundos y sacó el cargador para comprobar su contenido. Entonces recordó las palabras de su compañero cuando regresaban de Portugal:

«*Más pronto que tarde, descubrirán que estuvimos con ella, vendrán a por nosotros, nos torturarán y nos matarán… Que no te quepa la menor duda. Por eso debemos estar preparados cuando suceda*».

Laine introdujo el cargador de un golpe y metió una bala en la recámara.

Durante un instante pensó en contactar con su compañero y

preguntarle qué iba a hacer en relación con las armas. La idea le produjo tal rechazo, que se negó a coger el teléfono y marcar su número. Para ganarse el respeto de los demás en el Centro, primero debía respetarse a sí misma. No necesitaba el consejo de Ponce ni la aprobación de Navarro para hacer lo que el instinto le sugería. Tenía un presentimiento y debía proteger su vida.

—Lo siento, jefe, no es una cuestión personal. Esta vez, solo tomo las precauciones que considero pertinentes.

29

Esperaron a que un coche del Centro los llevara al aeródromo para repasar la campaña en privado. Laine se mostró callada y atenta. Los tres agentes acudirían a la fiesta como miembros del Cuerpo diplomático español en Francia. Ponce se haría pasar por la mano derecha del cónsul, quien también estaría invitado y que faltaría a la fiesta por un imprevisto de última hora. Tras el preparatorio, Ponce se limitó a entregarles dos terminales con tarjetas de prepago y a recordar las directrices que Navarro les había dado, aunque los tres sabían que marcaría su propia hoja de ruta.

—Nos darán algo de ventaja para evitar los rastreos —explicó, refiriéndose a los teléfonos—. Es probable que nos los requisen y comprueben los registros de las llamadas.

—También es posible que los infecten con *malware* para espiarnos más tarde —continuó Guzmán—, por lo que tendremos que vigilar lo que decimos mientras los llevemos encima.

—Lo importante es encontrar al contacto de Palmieri y recuperar la memoria, ¿entendido? —preguntó Ponce, mirando a los otros dos compañeros—. Si algo sale mal, abortamos la misión y nos largamos cagando leches.

—No debemos considerar esa opción —comentó Guzmán.

—Escucha, cerebro. Estoy al mando de esta unidad y se hará lo que digo… No estoy dispuesto a arriesgar una vida por una orden.

Guzmán omitió cualquier tipo de opinión y Ponce siguió con el recordatorio de la misión.

Los nervios eran palpables entre los agentes y Laine se limitó a guardar silencio.

Le hubiera gustado tener una conversación con Ponce a solas antes de despegar, pero el compañero se mostraba frío y distante, como si no se conocieran. Además Guzmán se había convertido en una presencia constante. Por desgracia, una vez que el avión puso

rumbo al aeropuerto parisino, no había marcha atrás.

El vuelo a París fue tranquilo y silencioso. Después de repasar la hoja de ruta, los tres aprovecharon para cerrar los ojos y descansar antes de entrar en acción. Laine no lograba sumergirse en el sueño, a pesar del cansancio que arrastraba desde hacía días. La pesadilla que había tenido aún seguía presente en su memoria. Con todos los esfuerzos por encontrar la calma, estaba demasiado tensa como para dejar que la paz entrara en su cuerpo. Con los párpados entornados, miraba a sus compañeros, que permanecían sentados y somnolientos. Le hubiese gustado saber qué pasaba por sus cabezas en esos momentos.

—Oye… —susurró Guzmán, cuando la sorprendió fijándose en Ponce—. ¿Tampoco puedes descansar?

Ella pestañeó tres veces, sorprendida y avergonzada y desvió la mirada hacia él.

—Tengo el horario cambiado.

Pero él no se creía una excusa tan barata. De repente, se incorporó del asiento, sin llegar a ponerse en pie y vaciló antes de hablar:

—Escucha… —comentó, procurando no despertar al Ponce—, no le des más vueltas… Todo va a salir bien.

Ella fingió una sonrisa y se tragó las palabras. Era una frase enlatada que no servía de nada, como la mayoría de las oraciones de consolación que da quien no sufre a alguien que está pasando por un mal momento. Lo miró y desvió la mirada con indiferencia. Le incomodaba la conversación que el compañero pretendía comenzar y temía que mencionara lo que había sucedido la noche anterior. Para ella era un tema zanjado, aunque no estuviera resuelto. Pensaba que algunas cosas suceden y otras nunca llegan a ocurrir porque no se les da la ocasión. Si hubiera reaccionado de otra forma, tal vez estarían en una situación diferente… y temió que Guzmán hubiera leído sus pensamientos a través de la mirada. De cualquier manera, para ella no era el momento ni el lugar para hablar del asunto, si es que había algo que aclarar. No quería que Ponce estuviera de testigo. No lograría soportar tal vergüenza.

En ese momento, Ponce abrió los ojos y los miró.

Después bostezó y miró a la ventanilla.

—Estamos llegando… Ahí tenéis la Torre Eiffel.

A lo lejos se podía ver la famosa torre, sobresaliendo entre la multitud de edificios que formaban la enorme ciudad.

Un taxi los dejó frente a la puerta del hotel, que no se encontraba muy lejos de la mansión del aristócrata alemán. Aquel punto los mantendría alejados de los focos del resto de agencias, ya que no era uno de los mejores hoteles de la ciudad. Para no llamar la atención de los huéspedes, utilizaron las identidades falsas que les habían proporcionado y de manera individual. Con Guzmán de por medio, atrás quedaban los días en los que Laine y Ponce se registraban como un matrimonio con acento extranjero.

A través de un mensaje de texto de un número desconocido, Ponce los citó en una hora en la parte trasera del hotel. Desde allí, dos Uber los conducirían a los alrededores de la mansión y llegarían caminando a la vivienda.

Laine se dio una ducha de agua caliente y cerró los ojos, deseando que todo pasara lo más rápido posible. Después salió del baño, envuelta en una toalla, se secó el pelo, se puso la ropa interior y tardó un buen rato en maquillarse. Por último, abrió la funda que protegía el traje de noche que vestiría para la fiesta. Era un vestido azul oscuro de gala, que combinaba con el color de sus ojos y que tenía una pequeña cola que le cubría las piernas y le dejaba al descubierto gran parte de la espalda. Frente al espejo, se encontró hermosa y diferente. No estaba acostumbrada a vestir de esa manera, ni se sentía cómoda en los ambientes como el que iba a frecuentar, pero aquel vestido que realzaba sus atributos y le proporcionaba un aire sofisticado, ingenuo y misterioso a la vez, era otra herramienta más de la profesión que había elegido ejercer.

Cuando estaba concentrada en lo que veía frente al espejo, alguien tocó a la puerta. Lo primero en que pensó fue en el arma y sus ojos se dirigieron a la funda que había sobre la cama. Empuñó la pistola y la ocultó tras la cintura antes de abrir la puerta.

—Abre, agente —dijo la voz de Ponce, al otro lado.

Ella suspiró y dejó el arma sobre los pies de la cama.

Entonces vio la expresión del compañero en el umbral de la puerta. Ponce llevaba un esmoquin que le sentaba como un guante. La altura y la complexión atlética le daban un aire al famoso agente inglés, si no fuera por el peinado engominado hacia atrás que lo caracterizaba. Pero, a diferencia del británico, Ponce era de carne y

hueso y también incapaz de ocultar su reacción ante la belleza que tenía delante.

—Vaya… —comentó, sorprendido—. No pasarás desapercibida antes los ojos de von Westarp.

—¿Demasiado atrevido?

—No. Demasiada belleza.

Ella frunció el ceño a modo de incomprensión.

—¿Qué haces aquí? Todavía no es la hora.

En un impulso, Ponce le agarró la mano y se la llevó a los labios. No entendía qué hacía, o si había perdido el juicio, hasta que entendió que aquel gesto era una artimaña para guardar en su mano una pequeña moneda. Ella retiró la mano y la mantuvo cerrada.

—¿Qué es esto, Ponce?

—Ya lo sabes. Necesito que esté a salvo y no confío en nadie más que en ti.

Las palabras se le obstruyeron en la lengua. Él le había ocultado el secreto hasta ese momento y ahora pretendía que confiara en él.

El corazón le latía a toda velocidad y no sabía qué decir.

—¿Desconfías de Palmieri?

—No voy a arriesgar más de lo oportuno.

—Espera, no…

—Es una orden, agente. Guárdala en el bolso. Nadie sospechará de ti por llevar calderilla encima.

—No puedo aceptar una carga así, sin más —expresó, apretando el puño y alejándolo de su cintura, con el fin de extender los dedos y dejar caer el chip—. Necesito que me des una explicación de por qué me has elegido a mí…

—Sabes todo lo que debes saber.

—Pero…

—Eres la primera en mi lista de prioridades y la última persona a la que quiero que le pase algo malo… Por eso necesito que la lleves contigo. Cuando llegue el momento oportuno, te pediré que me la devuelvas.

La explicación la agitó aún más.

—¿Me estás utilizando en tu beneficio? Es lo que me faltaba por escuchar…

—No te lo pediría si no fuese importante.

—Si tanta prioridad tengo en tu vida…

—No sigas, te lo ruego. Debes confiar en mí.

—No sé si puedo en este momento. ¿Cómo pretendes que…?

—No te pido que lo entiendas, pero basta con que lo quieras.

—Es injusto.

—Por favor, Laine. La justicia nunca ha existido en esta profesión.

«Mierda, Ponce».

—¿Significa eso que estás en peligro?

Él miró su reloj de pulsera y se dirigió a ella.

—Es la hora. Te espero abajo… y ni una palabra a ese cretino.

Minutos más tarde, ella se reunió con los dos compañeros en el punto de encuentro acordado anteriormente. A pesar del sobrio y elegante aspecto de Ponce, este no le hacía sombra a Guzmán, que parecía otro, vestido de esmoquin. Cuando el agente vio a su compañera, no hizo ningún esfuerzo por manifestar su agrado.

Ella se fijó en la expresión y en el gesto que Ponce hizo cuando notó el interés del otro.

¿Está celoso?, se preguntó ella, en un instante de inocencia.

Después comprendió que ese hombre rara vez sentía una emoción, pues no olvidaba cuál había sido su interés para que lo acompañara.

30

Los dos vehículos se detuvieron cerca de los jardines, a escasos metros de la mansión. Bordearon el inmenso parque a pie bajo la fría y húmeda brisa parisina y llegaron a una calle iluminada, llena de grandes construcciones residenciales del siglo XIX y con cámaras de seguridad en cada esquina. Los agentes caminaban en silencio, separados por la distancia. Ponce acompañaba a Laine delante, que fingía ser su acompañante, mientras que Guzmán les cubría las espaldas. Para ella no era fácil avanzar con aquellos tacones y todavía menos con la peligrosa tarjeta de información en su poder. El zumbido grave de la música los guio hasta la entrada de la residencia del aristócrata alemán. A medida que se aproximaban a su destino, el volumen aumentó, pero sin llegar a ser molesto, y vieron que una decena de hombres recios y vestidos de negro protegían los alrededores de la finca. La mansión era tal y como Navarro la había descrito. Una cola de vehículos dejaba a los invitados a las puertas del complejo residencial, que era el límite al que podían acceder los vehículos. Los periodistas, en busca de un documento gráfico que les proporcionara una exclusiva, intentaban, de manera torpe, acceder por los alrededores de la propiedad. Los esbirros de seguridad los espantaban como quien intenta matar un enjambre de abejas a cañonazos.

El emplazamiento era parecido a un palacete como los que muchos países habilitaban para establecer sus embajadas, a diferencia de que allí no existían leyes territoriales ni diplomacia alguna.

A escasos metros de la puerta de entrada, que estaba custodiada por cinco hombres que se encargaban de identificar a los invitados, Ponce suspiró y miró de reojo a sus compañeros. Una nube de vaho quedó suspendida en el aire.

—En fin —murmuró, observando a Laine y a Guzmán por

encima del hombro—, disfruten del espectáculo.

Las palabras calaron en los compañeros, dejando un regusto amargo. ¿A qué se refería con aquello? ¿Estaba a punto de hacer volar el plan por los aires?, se preguntó ella en silencio y sospechó, al ver la cara del compañero, que este intuiría lo mismo que ella.

Acto seguido, esperando a que se movieran los invitados que tenía delante para que les llegara el turno de entrada, Laine se percató de un detalle que había pasado por alto.

Nerviosa, se pegó a Ponce y le agarró del brazo.

Este encogió el rostro con desconcierto.

—¿Qué haces, agente?

—Necesito un momento. Hay un detector de metales.

—¿Qué esperabas? No es una fiesta de vaqueros… Ya te he dicho que pasará desapercibida en el interior de esa moneda.

—Ponce… —murmuró, entre dientes—, llevo un arma.

La espalda del agente se tensó.

—Cojonudo, agente.

—¿Ocurre algo? —preguntó Guzmán, acercándose a ellos y permitiendo que pasaran los invitados que había tras ellos—. Los guardias parecen inquietos.

—Voy a ganar algo de tiempo —dijo Ponce y se dirigió a la puerta para hablar con uno de ellos. Después sacó su pasaporte diplomático, se lo mostró y señaló a sus compañeros, que estaban apartados de la fila.

—Demonios… Navarro dijo que…

Laine levantó la mirada y se la clavó con frialdad.

—Sé de sobra lo que dijo Navarro. No necesito que lo repitas.

El estufido fue suficiente para que el compañero retrocediera. Ella cogió aire y miró de nuevo a la entrada. El detector de metales no se movería de ahí. Ponce les explicaba en inglés que la agente había olvidado su pasaporte. Tanto los agentes como los guardias sabían que Ponce no los iba a convencer, pero su intención era la de mantener la calma. Conocía esa jugada y agradeció que estuviera ganando algunos segundos, aunque no sirvieran de nada.

—Será mejor que vayas al hotel y que nos esperes allí —sugirió Guzmán, apurado—. Eso, o deshazte del arma.

Ella lo miró desconfiada.

—No me digas lo que tengo que hacer. Solo he pedido un

minuto.

—¿Para qué? Laine… usa la cabeza… —respondió Guzmán—. Hay un detector de metales al otro lado de la puerta.

Para pensar, se dijo, mientras estudiaba a los gorilas que había en la puerta. Entonces descubrió la utilidad que podría darle al vestido.

La conversación con el guardia de seguridad había llegado a su fin y ahora Ponce se acercaba a ellos.

> «*No olviden que, en esa fiesta, también encontrarán agentes franceses, italianos, rusos, portugueses, polacos, alemanes, ingleses*…»

—No seas egoísta. Lo estás poniendo todo en juego.

> «*Y, por supuesto, habrá agentes dobles de Exitium entre los invitados… Dudo mucho que seamos los únicos que conocemos el paradero de esa tarjeta*».

—¿Cómo quieres que respondamos por ti?

—Sé cuidar de mí sola y voy a entrar en ese edificio —sentenció y llenó los pulmones, antes de dirigirse a la puerta principal—. No intentes detenerme.

—¿Qué? No… Laine, escucha…

—Navarro nos ha tendido una trampa.

—Ahora no es el momento de hablar sobre eso.

—¿Habéis encontrado una solución?

—Ponce, pon un poco de sentido común… No creo que esté preparada para entrar… Debe regresar al hotel y esperarnos allí.

—¿Laine? —preguntó y la miró fijamente, desde lo alto.

Ella le mostró el pasaporte falso.

—¿Acaso creéis que ellos no irán armados?

Ponce la contempló durante varios segundos en silencio. De alguna manera, parecía que intentara comprender lo que había más allá de sus ojos. Ella se mantuvo firme, a pesar de la imponente presencia del compañero, que era superior en altura y confianza. Tras un tenso momento, Ponce sonrió con una mueca tímida y se apartó del camino.

—Espero que sepas lo que haces… —dijo y Laine asintió,

agradecida—. No seré yo quien la detenga… pero será mejor que la acompañemos.

31

Guzmán fue el primero en cruzar el control de seguridad. Se acercó a los dos guardias que había en la puerta y le entregó el pasaporte a un tercer miembro que se encargaba de verificar la lista de invitados.

Uno de los esbirros le pidió que se detuviera y después lo escaneó con un detector de metales.

—*Mobile phone* —indicó en inglés, señalándole una caja en la que custodiaban los terminales.

—¿En serio?

—*No phone, no party*.

El agente suspiró, fingiendo no entender nada, y accedió a la orden. Después caminó hacia la entrada de la mansión.

Ponce fue el siguiente y lo hizo acompañado de Laine.

—Es nuestro turno —le susurró antes de separarse—. Demuestra lo que vales.

Ella se limitó a caminar.

El controlador miró a la pareja y los saludó en español, a modo de cortesía.

—Pasaportes, por favor —les dijo y el guardia que custodiaba el detector repitió las órdenes.

El agente pasó sin problemas y llegó el turno de Laine.

Ella abrió el minúsculo bolso que portaba y le mostró el teléfono y el espacio que ocupaba. Después le regaló una sonrisa sugerente, provocando un efecto espejo en el hombre que la inspeccionaba. Pensó que aquello serviría para asegurarse la entrada, pero el guardia insistió en escanearla con el aparato.

Primero empezó por la cabeza y fue bajando por las extremidades hasta que llegó a la cintura. Como era de esperar, el detector emitió un pitido de alerta que obligó al guardia a

detenerse.

Laine sintió un fuerte latigazo en el estómago, a causa de los nervios, pero se mantuvo rígida y desafiante. El hombre que tenía delante, que era superior a ella en tamaño y edad, la miraba con recelo.

¿A qué esperaba para reaccionar?, supuso que se preguntaría.

Si las cosas se ponían feas, Ponce no sería suficiente para detener a esa bestia. De pronto, por el rabillo del ojo notó el desasosiego del compañero. Los invitados que esperaban en la cola empezaban a impacientarse por la pausa inesperada.

El guardia carraspeó y señaló al vestido.

—¿Sucede algo, señor? —le preguntó Ponce, como si estuvieran faltándoles al respeto.

—El vestido.

—¿Perdón? —preguntó ella, ofendida—. ¿Qué insinúa?

El tipo reculó. Era probable que no conociera ni a la mitad de las personas que acudían allí, pero se limitaba a hacer su trabajo.

—No puede pasar.

—Está bien, está bien… Me marcharé.

—¡No, ni hablar! —exclamó Ponce y se sumó al teatro—. ¿Qué insulto es este?

—El escáner —comentó el tipo, con la expresión fría y desconfiada—. El vestido. ¿Qué lleva debajo?

Ella entornó los ojos para lanzarle una mirada de desprecio.

—¿Me lo pregunta en serio?

—Muéstrelo.

El murmullo de la entrada comenzaba a sentirse con más fuerza. Envalentonado, Ponce se adelantó unos centímetros para hablar con el hombre que controlaba el acceso.

—Escuche, esto es inadmisible…

—Son las normas, señor… —aclaró y le hizo una seña para que cacheara a la agente—. Cachéala.

—Aléjate —comentó Laine, dando un paso atrás. Al colocarse en posición de defensa, dejó al descubierto uno de sus muslos—. Ni se os ocurra ponerme una mano encima…

—Cometen un error con este trato —advirtió Ponce, amenazándolos como último recurso—. Les aseguro que me encargaré de ustedes… Se lo comunicaré directamente al señor von

Westarp.

—¡Adelante, hágalo! —gritó una voz desde lo alto.

De pronto, todos se giraron hacia el balcón de la mansión y un silencio abismal congeló la interacción. Desde allí arriba, un hombre rubio y encorsetado en un esmoquin que le apretaba el cuerpo los observaba con curiosidad mientras sujetaba una copa de espumoso.

Laine y Ponce lo reconocieron. Era el mismísimo von Westarp.

—¿Algún problema con la señora, Gustave? —preguntó el anfitrión alemán a viva voz.

El regidor miró a la pareja de agentes y elevó la mirada para responder a su jefe.

—El escáner.

Fritz von Westarp frunció el ceño y luego se fijó en Laine. Durante unos segundos, los agentes observaron su final. No obstante, la cabeza del teutón giraba en torno a otras preocupaciones.

De pronto, sin que nadie lo esperara, comenzó a reír.

—Por Dios, Gustave… Nunca se le pregunta a una dama por lo que lleva debajo… Idiotas… Dejadlos pasar.

Laine miró a su compañero y ambos suspiraron profundamente. Este lanzó una mirada de desprecio a los hombres de la entrada y se acercó a ella.

—Gracias… —le susurró ella mientras caminaban por la senda que los llevaba a la puerta principal de la mansión.

—Todavía no me lo agradezcas.

—Lo importante es que estamos dentro.

—No, eso ya no importa… Somos cadáveres andantes…

—Me encargaré de von Westarp… Será coser y cantar.

Cerca del primer escalón, Ponce se detuvo y la miró a los ojos como no había hecho antes.

—¿Por qué crees que nos ha dejado entrar?

La pregunta quedó suspendida en el aire, sin una respuesta firme y con un abanico de argumentos que ella no quería escuchar. Fuera cual fuera la razón de aquel aristócrata, ella se había prometido salir con vida de allí.

—Tú encárgate del contacto. Yo me ocupo de entretener al anfitrión.

—Jamás subestimes a un hombre que confía demasiado en sí mismo.

32

Una vez dentro de la mansión, el entorno cambió por completo. Entonces recordó las palabras de Escudero cuando les dijo que no se dejaran engatusar por los trucos del alemán. Todo lo que Laine veía, hasta ese momento había estado fuera del alcance de su imaginación. Aquello parecía un cuento de fantasía, de lujo y de perfección. De un vistazo se fijó en la elegancia de la vestimenta de los invitados: los hombres destacaban por sus atuendos, la mayoría con esmoquin, como dictaba el protocolo; las damas brillaban como diamantes en sus trajes de noche, cargadas de bisutería y complementos de alta gama. No había lugar para una sonrisa imperfecta, para un peinado descuidado o para un término fuera de lugar.

El servicio atendía a los asistentes con cócteles refinados y canapés de alta cocina. Sin embargo, Laine era consciente de que la diversión no les duraría demasiado. En aquel baile de máscaras también se ocultaban los rostros de los agentes internacionales más despiadados de Europa y del resto del planeta, sin mencionar a Exitium, la organización criminal que los perseguía. Se sintió como un pescador con un pedazo de carne cruda en medio del mar, a la espera del advenimiento de los tiburones.

Alcanzaron la primera planta y llegaron a un enorme salón con un techo altísimo y unos mayúsculos ventanales que daban al exterior. El tumulto de las conversaciones se mezclaba con la música clásica que tocaba una pequeña orquesta de intérpretes, colocada en el otro extremo de la planta. Ponce miraba de reojo y sonreía a las parejas con las que se cruzaba, a modo de evitar llamar la atención de los invitados. Laine lo seguía e interpretaba su papel de acompañante, callada y reservada. Antes de que la noche le permitiera diluirse en la nueva identidad, una presencia se cruzó en su camino, obligándola a detenerse. Cuando se fijó en el hombre

que la acechaba, sintió que se había metido en un compromiso.

—¿Señora?… —preguntó Fritz von Westarp, ofreciéndole la mano con caballerosidad.

Ella accedió con una sonrisa.

—Luján —dijo ella en voz baja y con distancia, usando el apellido que figuraba en el pasaporte—. Victoria Luján… Tiene unos centinelas muy hostiles.

—Hacen su trabajo y se ganan el sueldo. Confío en ellos, son mi guardia pretoriana.

—Debería pagarles unos cursos de buenos modales.

—Española, ¿verdad? —apostilló y se rascó el mentón—. Ustedes, los del Cuerpo Diplomático, siempre tan rectos… ¿Cómo está el señor cónsul?

Laine tragó saliva. Supuso que se referiría a la coartada, por lo que no entraría en particularidades para evitar que la descubriera.

—Lamenta el imprevisto de última hora, pero sobrevivirá.

—El señor Velázquez y yo tenemos una estrecha relación de muchos años… ¿Y su compañero, ya la ha abandonado?

De lado, observaba cómo Ponce se alejaba lentamente, dejándola atrás.

—No lo sé —respondió y lo miró a los ojos con tal de disuadirlo —. Supongo que piensa que estoy en buena compañía.

El aristócrata se rio. No era un hombre alto, pero su presencia imponía tanto como la de un mariscal. Fritz von Westarp, rubio, con el cabello liso y peinado a un lado, tenía la mirada del color de una piscina y unos mofletes redondos y enrojecidos por los efluvios del alcohol. Pese a su inofensiva apariencia, Laine encontró el veneno de una víbora tras sus pupilas. A diferencia de lo que Navarro opinaba de él, a ojos de Laine, von Westarp no parecía el típico ricachón estúpido que organizaba fiestas multitudinarias para seguir en boga, sino todo lo contrario. De un vistazo, por encima de sus hombros pudo ver el trajín que sucedía tras las enormes puertas que separaban los salones. También observó el movimiento de sombras por los pasillos y el intercambio de información a escondidas que los invitados hacían entre carcajadas ensayadas y conversaciones artificiales.

—Entonces… ¿Me va a permitir que compruebe qué esconde bajo el vestido?

Ella dio un respingo, pero se mantuvo tranquila.

—Así que ese era su cometido, ¿cierto? —preguntó, con coquetería—. No sé cómo he podido caer en un juego tan burdo.

—Es usted hábil —dijo él, sonriente.

—Lamento decirle que ni en sus mejores sueños, señor von Westarp… aunque estoy segura de que alguna de sus invitadas no se opondrá a ello.

—Oh, no… Se equivoca, señora Luján. Aquí somos todos gente muy formal… Me pregunto si también lo es usted.

Cada frase iba cargada de un segundo significado, hasta el punto de llegar a preguntarse cuál era el verdadero interés de estar allí.

—¿Es este el importe a pagar por haberme dejado pasar?

La contestación inquietó al alemán.

—Ahora lo entiendo… Es la primera vez que acude a una de mis fiestas, ¿verdad? —preguntó, expresando un profundo interés en su tono—. Lo sabía… No la he visto antes por aquí.

—Y aunque lo hubiera hecho, en este complejo hay más de cien invitados… Dudo que los recuerde a todos.

—Su caso sería una excepción —contestó y se acercó unos centímetros a ella—. ¿Qué ha venido a buscar exactamente, Luján?

De cerca, ella podía sentir el olor a alcohol que desprendía el aliento del alemán. La noche acababa de iniciarse para todos, aunque él parecía haber empezado a disfrutar horas antes.

—¿Por qué todos los hombres creen que una mujer siempre busca algo? —preguntó, desafiante y sin desviar la mirada. Los ojos del alemán se iluminaban y percibió que disfrutaba con el reto—. Son ustedes los que dedican su vida a impresionarnos.

—Se equivoca… Todos, no.

—Ajá… Usted es la excepción.

—¿Lo afirma?

La pregunta aumentó la tensión. El hombre no le quitaba ojo y Laine dudaba si era deseo de amarla o estrangularla.

—Simplemente, lo expongo.

—Es usted diferente, Luján —comentó. Su mano cortó la distancia entre él y el brazo de Laine. Por un instante, parecía que la iba a acariciar, pero solo jugaba con ella—. Por eso mismo sé que busca algo en este lugar.

—Ahora que lo dice… —respondió, esquiva, y entonces rastreó a

Ponce entre la multitud, pero lo había perdido de vista. Un ligero cosquilleo comenzó a recorrerle las piernas—, será mejor que busque a mi compañero… Estoy segura de que tiene muchos invitados a los que atender.

—No, espere… —dijo, sujetándola del antebrazo y tirándola hacia él sin ejercer demasiada fuerza. Los ojos de ella se clavaron en la mano del varón, pero resistió al impulso de golpearlo. Pensó que aquel habría sido el fin de la misión—. Quiero que conozca a alguien…

Sin ocasión para rechazar la invitación, se quedó congelada ante la presencia de una mujer que se acercó a ellos. Era rubia, lucía con brío una melena larga y era más alta que ella. Su presencia la ensombrecía, a pesar de que Laine era más hermosa en cuanto a belleza. Por supuesto, la reconoció en cuestión de segundos. Sus pupilas, parecidas a las de un reptil, la pusieron en guardia, alertándola de que estaban metidos en un buen avispero.

—Quisiera presentarle a una amiga, la señora Bauer… —dijo, apartándose a un lado y permitiendo que la analista alemana se acercara—. Nos unen tantas cosas que, por ella haría lo que fuese necesario… y cuando digo eso, me refiero a cualquier cosa.

—Eres un buen amigo, Fritz —dijo la exagente—, pero no quiero que aburras a tus invitadas con nuestra historia.

—La señora Luján es testigo de lo que digo… y yo jamás faltaría a mi palabra.

El corazón de la española se puso a latir con la fuerza de un martillo pesado. Necesitaba eludir a esos dos, encontrar a Ponce y escapar de ese lugar.

—De verdad, ha sido un placer conocerles, pero debería encontrar a mi compañero.

—No sea tan aburrida y déjelo que se divierta —comentó el alemán, entre risas—. De hecho, debería distraerse también usted.

—Se lo agradezco, pero…

—Señora Luján, tiene mala cara —respondió Bauer y la miró de reojo, ladeando la cabeza. Para Laine, su expresión era la de una máquina de asesinar—. ¿Quiere que la acompañe al baño? Le vendrá bien un poco de agua fría.

La española se quedó sin respiración y en sus pulmones ya no entraba el oxígeno.

Lentamente, negó con la cabeza y rezó para sus adentros, a la espera de un milagro. De lo contrario, se enfrentaría a su peor final.

33

La presencia de Bauer la ponía nerviosa. Guapa, confiada y bien relacionada, la analista reunía todos los requisitos necesarios para ser una agente de Exitium, como también lo había hecho Spinosa. Algunos hechos confirmaban su teoría: su posición como analista en el gobierno alemán y el desliz romántico y tramposo que había forzado la dimisión del ministro español. Las apuestas eran altas. Por desgracia, todas aquellas elucubraciones no podían salir de su cabeza. ¿Cuál era el siguiente paso?, se preguntó la agente, bajo la atenta mirada de los dos alemanes, que esperaban una respuesta de ella.

En su cabeza imaginó los diferentes desenlaces. Ninguno de ellos guardaba un final provechoso para ella. Algo en su interior le indicaba que la habían descubierto.

De manera inesperada, una cuarta presencia entró en la conversación, abordándola por la espalda. Ella se fijó en los ojos de sus interlocutores, que desviaron su atención.

—Buenas noches —dijo Guzmán, presentándose a la pareja—, ¿nos disculparían un segundo?

Los teutones asintieron, dibujando unas sonrisas malvadas en sus rostros. Laine entendió que no se rendirían tan pronto.

El compañero la apartó unos metros del balcón y la condujo hacia el interior del salón contiguo.

—Gracias… —murmuró ella—. Hay que abortar la misión. Saben que estamos aquí y corremos peligro.

—Hay un problema con eso, Laine…

—Si solamente fuera uno… Algo me dice que estamos rodeados de miembros de Exitium. ¿Dónde está Ponce?

—Ese es el problema. Ha desaparecido.

Ella se detuvo y miró de lado, asegurándose de que los alemanes no podían escucharla. Para entonces, la pareja ya había abandonado

la azotea.

Un respiro.

Eso era lo que necesitaba para apaciguar los nervios y pensar con claridad. Vació los pulmones lentamente, con el fin de domar el ritmo cardíaco. A pesar de las apariencias externas, tenía los nervios a flor de piel. Y eso no era bueno. Sabía que los depredadores podían olisquear la sangre a kilómetros de distancia.

Debían abandonar aquella casa, pero no sin su compañero. En ese momento, un destello iluminó su cabeza, llevándola al encuentro del hotel. Supuso que tal vez supiera lo que iba a ocurrir y por esa misma razón le había entregado la tarjeta de memoria.

—No… Debemos encontrarlo.

—Hay algo más…

—No importa. La situación no puede empeorar…

—Ya lo creo que sí. Hay cámaras de videovigilancia por toda la casa y he contado a más de treinta hombres armados por los alrededores de la finca —explicó, intentando que ella cambiara de parecer—. Los muros están protegidos por alambre de espino, para quien se atreva a burlar la seguridad de los vigilantes.

—No ayudas, Guzmán. ¿Qué opciones tenemos?

—Marcharnos, antes de que nos liquiden… Aún estamos a tiempo. Lo haremos por separado y nos reuniremos en el parque. De lo contrario, estoy convencido de que nos detendrán.

—No nos pueden arrinconar aquí dentro —respondió ella—. Es una propiedad privada. No tiene ningún tipo de jurisdicción.

—¿Qué hay de Bauer?

—Nada.

—Sé lo que piensas sobre Exitium… Y von Westarp encontrará la manera de entregarnos a ellos.

—Mierda…

—Vamos, Laine. Basta ya de insensateces.

—No.

—Usa el sentido común y pon los sentimientos a un lado…

«Lo dices como si fuera tan fácil. ¿Acaso te importa un carajo la vida de tu compañero?»

Por mucho que le molestara la actitud de Guzmán, reconoció que el agente llevaba toda la razón. Ponce habría dicho lo mismo y lo peor era que no se alegraría de verlos, en caso de encontrarlo.

Puede que debiera escucharlo y tomar nota, pensó, aprendiendo a separar lo profesional de lo emocional.

Pero era su decisión y no iba a cambiarla.

—Ya me has oído —respondió, a pesar de que su cabeza le dictara lo contrario—. Márchate si quieres, yo me quedo…

—Piénsalo bien…

—Está decidido, Guzmán. Buscaré a Ponce y saldremos de aquí —respondió y esperó unos segundos a que él se retirara—. Lárgate antes de que te arrepientas…

Él negó con la cabeza.

—No voy a dejarte sola.

—Gracias, pero no necesito un canguro.

—No, no es eso… —dijo y la miró fijamente, acompañando el gesto con una mueca de camaradería—. No voy a dejar que seas la única heroína de esta historia.

La pareja regresó al salón principal y se mezcló entre los grupos de desconocidos que conversaban, bebían y devoraban los aperitivos que servían en las mesas. Laine no tenía ninguna pista de dónde estaba Ponce. Por suerte, Guzmán no había perdido el tiempo durante su ausencia y había obtenido algo más de información.

—Lo he visto hablando con una mujer pelirroja y caminaban juntos hacia una de las habitaciones contiguas —dijo, mientras se abrían paso entre las personas para alcanzar el otro extremo de la planta—. Es muy probable que ella fuera el contacto.

Atravesaron el salón principal, cruzaron un amplio pasillo y llegaron a otra considerable sala. Laine podía sentir las miradas de los extraños clavándose en su rostro, desconociendo sus intenciones.

Tras pasar la enorme puerta, se frenó en seco y miró a su compañero.

—Palmieri nunca mencionó de quién se trataba.

—Por eso mismo.

—Pero estaba al corriente de lo que hacíamos allí.

Guzmán no entendía lo que ella intentaba transmitirle.

—¿A qué viene esto ahora? —preguntó, desconcertado.

El rostro de la agente hacía visibles sus dudas.

De pronto, por encima del hombro del compañero, al otro lado del pasillo, reconoció la figura de Anette Bauer, que ahora iba acompañada de un hombre más corpulento que el aristócrata.

Laine apartó a Guzmán del campo de visión y lo arrastró hacia la pared del salón, empujándolo contra esta. Sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia. La tensión sexual entre ambos aumentó en cuestión de segundos. Ella podía notarlo y él también, pero Laine no lo había provocado con esa intención. Él se mostró sorprendido ante la reacción y ella aprovechó para mirar por el umbral del marco de la puerta.

—Vaya… —murmuró él—. ¿Y esto?

—Tenemos otro problema. Es esa agente alemana, viene hacia aquí…

Las palabras de Laine cayeron en un saco roto. El agente levantó el mentón para advertirla de algo más.

—Está ahí, Laine. El contacto…

Dana giró el rostro para mirar atrás y entonces vislumbró a la dama pelirroja que le había descrito.

34

La desconocida atendía a una conversación con dos hombres. Ella era la única persona que había visto a Ponce por última vez, por lo que debían abordarla antes de que Bauer los reconociera.

—Yo hablaré con ella —indicó la agente—. Levantará menos sospechas… Tú encárgate de la alemana.

—Recibido.

La agente carraspeó, se aclaró la garganta y caminó con elegancia hacia el grupo de personas. Debía mostrarse segura y buscar una excusa para sacar a la mujer del grupo. En ese momento se acordó de Ponce. Él era siempre quien se encargaba de improvisar, dejando la parte aburrida a los demás. Por alguna razón, lamentó que ahora tuviera que hacerse cargo de las dos cosas.

A escasos pasos del grupo, fingió una sonrisa ensayada anteriormente y ladeó la cabeza para encontrar los ojos de la mujer. No la había visto antes de esa noche, pero ese no debía ser un impedimento para crear un falso vínculo de familiaridad. A medida que se acercaba más, agudizó el oído para entender la conversación. El hombre más alto y longevo hablaba en inglés, pero tenía un fuerte acento, por lo que intuyó que sería de algún país nórdico. El otro desconocido respondía en la misma lengua, aunque su acento tenía un matiz del sur. Italiano o griego, pensó, sin darle demasiada importancia al detalle. El nórdico, que dirigía la conversación bajo las atentas miradas de sus acompañantes, les contaba alguna clase de anécdota que había vivido en un hotel de los Alpes suizos.

Laine rio cuando pasó por su lado para hacerse notar. No obstante, no se detuvo, únicamente giró el rostro, dejando que su cuerpo apuntara en otra dirección. Aquella expresión corporal les indicaría que estaba de paso, de manera accidental, y que no tenía intenciones de interrumpir la conversación.

—Perdón, no he podido evitar reírme… —comentó ella, mirando al hombre de cabello blanco—. Yo estuve en ese hotel hace unos años… Me ha resultado gracioso. Un lugar idílico, ¿verdad?

La expresión del tipo cambió hacia una sonrisa amable.

Sus ojos la miraron con deseo y ella estiró sus labios con picardía, sin llegar a mostrarle los dientes.

Acto seguido, la agente estableció contacto con la mujer y con el otro hombre.

Un camarero se acercó llevando una bandeja llena de copas de espumoso.

—Disculpen… yo…

—Un momento —dijo el hombre, contento de añadir más compañía al grupo y, con un gesto de la mano la invitó a quedarse —. ¿Por qué no se toma una copa con nosotros? No se sienta intimidada. Esta noche todos somos amigos…

En momentos como ese, Laine recordaba lo importante que era mantener una presencia atractiva y una actitud de escasez a los ojos ajenos.

—Se lo agradezco, pero me esperan.

—Es una lástima, señora.

—Que disfruten —respondió, pasó por el lado de la mujer y la dejó unos centímetros atrás, para después regresar—. Disculpen una vez más…

—¿Sí?

Laine se acercó directamente a la mujer.

En ese momento, cuando dio la vuelta, vio a Guzmán a lo lejos, haciéndole una señal para que cortara la interacción. Bauer acababa de adentrarse en la sala y su presencia era capaz de concentrar la curiosidad de todos los presentes.

En otra vida, pensó Laine, habría servido como modelo internacional.

La llegada de la agente alemana empeoraba su situación. No podía quedarse a averiguar de qué lado estaba, si trabajaba para los buenos o formaba parte de la red criminal que sembraba el caos en el mundo. Debía darse prisa y desaparecer antes de que la siguiera.

Tocó del antebrazo a la mujer pelirroja y le habló por lo bajo:

—Necesito que me digas dónde está Ponce…

Ella la miró confundida.

—¿No conozco a ningún Ponce? ¿Es su marido?

Laine ejerció una ligera presión en el antebrazo.

—¡Ay! —exclamó, a causa del agudo pellizco, llamando la atención de los varones.

—¿Ocurre algo, señoras?

—No te pases de lista… —susurró Laine.

—Todo bien… —respondió la mujer pelirroja—. ¿Por qué siempre quieren enterarse de todo? Es algo que no pueden soportar…

—Dime dónde está —insistió la agente, susurrándole al oído—. Te juro que, si le pasa algo…

—Si te refieres al hombre alto…, no sé dónde se encuentra… Mi trabajo era acompañarlo al cuarto que hay en el otro extremo del salón… Eso es todo.

—¿Trabajo?

—¿Qué crees que hago aquí? —preguntó y miró al tipo que tenía al lado—. ¿Acaso no te dedicas a lo mismo?

Entonces lo entendió todo. Aquel simpático señor la había confundido con otra chica más de compañía, como las muchas que pasaban a menudo por su lado. Resultaba difícil distinguir quién era, qué y por qué precio se vendía. Aquello la hizo sentir mal, como si fuera mercancía barata. El dinero no era un problema allí dentro y no dudó de que el aristócrata alemán amenizaba sus fiestas contratando un gran número de damas dispuestas a sacar miles de euros en una noche, simplemente, por reírle los chistes y acostarse con un viejo millonario.

De repente, las expresiones faciales de aquellas personas cambiaron. Por el rabillo del ojo notó cómo la dama cortesana enviaba un mensaje de alerta al hombre al que acompañaba esa noche. Notó el latido de su corazón con fuerza, retumbando en su frente, recordándole que volvía a tentar a la suerte. El ruido se convirtió en un zumbido que la hizo presa de la desconexión, aislándola del entorno. A lo lejos, advirtió a Anette Bauer irrumpiendo en el salón y a su compañero interfiriendo en el camino.

Para sus ojos, todo sucedía a cámara lenta, como en una película muda.

El doloroso nudo de la garganta no la frenó de seguir sus

convicciones. Sabía que lo correcto era abortar, atender la llamada de Guzmán y salir del edificio, antes de que todo se complicara aún más. No obstante, no podía dejarlo allí.

Se alejó de la desconocida y avanzó hacia el otro extremo del salón, apartando a quien se encontraba por el camino, hasta que llegó a una puerta cerrada. De algún modo, aunque no la veía, podía sentir los tacones de Bauer en su nuca.

Oteó a ambos lados, se aseguró de que nadie la acechaba y puso una mano sobre la manivela. Con la otra, empuñó el arma.

La puerta se abrió y dio paso a un completo abismo de oscuridad. Después cruzó el umbral y cerró.

35

La penumbra llenó la habitación. Intuyó que debía encontrarse en un amplio dormitorio, debido a la ausencia de ruido y al escaso resplandor que entraba por una de las ventanas. La luz exterior que atravesaba uno de los enormes ventanales, no era capaz de iluminar más allá de unos centímetros. Era como si el ruido no traspasara las paredes y el bullicio y la música de la sala contigua quedara en un espacio lejano. Lo primero que hizo fue buscar un interruptor junto a la puerta. Las pisadas retumbaron con eco, haciéndole entender que el cuarto era más amplio de lo que había imaginado. Sin soltar el arma, palpó la puerta y la pared hasta que dio con un pulsador de luz. Bingo, pensó, cuando se encendieron las lámparas de araña que colgaban del techo y se iluminó la habitación. En efecto, comprobó que había entrado en una estancia de grandes dimensiones y con el aspecto de un dormitorio, debido a los muebles y a la enorme cama que ocupaba el centro. Sin bajar la guardia, examinó su alrededor. Junto al pulsador encontró un bastón de madera, apoyado en el mueble. Intuyó que debía de ser del aristócrata, ya que llevaba una cabeza de águila de hierro en la empuñadura.

De pronto, oyó un chasquido procedente de fuera.

Todos los sentidos la pusieron en alerta.

«¿Qué diablos?»

Seguidamente, descubrió que el ruido procedía de la cerradura.

—¡No! —exclamó, abalanzándose contra esta y agitando la puerta, pero solamente logró mover las bisagras.

—Mierda… —murmuró, preguntándose si habría sido alguien del servicio de la mansión.

«¿Cómo puedes ser tan despistada, Laine?»

Debía salir de allí.

Dio un segundo vistazo a la sala, en busca de una salida por la que Ponce habría continuado. A un lateral encontró la puerta que

llevaba a un pasillo y otra entrada que daba acceso a un espacioso cuarto de aseo. Al otro lado quedaba el ventanal con vistas al muro que cercaba la propiedad. Descartó la ventana, ya que habría advertido a los guardias de seguridad y optó por la puerta que había en el pasillo. De pronto, oyó un ligero ruido parecido a un goteo y notó que procedía del baño. Se quitó los zapatos, para evitar que el ruido de tacones llamara la atención y caminó descalza hacia el cuarto. Primero, intentó oír de cerca, pero el silencio era absoluto. Después, se colocó en posición de defensa, se apartó a un lado y abrió, no sin apuntar al interior. Entonces sus ojos alcanzaron el reflejo del espejo circular y el horror se apoderó de ellos.

—Dios… —murmuró, al ver el rastro de sangre que llevaba a la bañera.

Pensó en Ponce, pero suspiró aliviada cuando comprobó que el cadáver pertenecía a otra persona.

Era el cuerpo de un hombre con traje de noche y la camisa manchada de sangre. Miraba al techo con los ojos abiertos y llenos de dolor, como si le hubiera suplicado a la muerte antes de marcharse para siempre. Por el aspecto de su torso, sospechó que habría sufrido antes de morir.

«Si él era el contacto… ¿Dónde diablos te has metido, compañero?»

¿Habría matado él a ese hombre? ¿Por qué? ¿Estaba jugando a dos bandas?, se planteó, dejando que las preguntas se apoderaran de ella. Necesitaba respuestas. Un profundo sentimiento de negación comenzaba a recorrerle el cuerpo como un molesto hormigueo.

Antes de que la rabia tomara el control de sus emociones, un impacto seco la puso en alerta. Laine se agachó y miró al cuarto, cuando un segundo proyectil alcanzó el marco de la puerta, reventando parte del ventanal y convirtiéndolo en astillas.

Los disparos procedían del exterior. Por el sonido, reconoció el uso de un silenciador. Alguien la había observado en todo momento desde el otro lado de la ventana, tal vez desde un muro o desde una vivienda contigua.

Pero… ¿por qué no habría disparado antes?, se cuestionó, confundida.

—Joder… —murmuró cuando vio que la puerta del pasillo quedaba demasiado lejos como para arrastrarse sin ponerse a tiro.

De pronto, alguien golpeó con violencia la puerta principal desde el exterior. Parecía que intentaran echarla abajo.

Estaba acorralada, pero no iba a entregarse. Volvió a dar un vistazo a la sala. Los golpes de la puerta no cesaban. La única manera de despistar al francotirador era apagando las luces.

Miró al interruptor y se preguntó si aquello funcionaría.

Antes de que otro disparo la rezagara, se adelantó y se fijó en las lámparas del techo. La distancia era demasiada para evitar que la alcanzara una bala. Sin embargo, decidió jugar su última carta.

En una pausa de disparos, se tiró al suelo y rodó hacia el control de luz, perseguida por dos balazos que casi la alcanzan. Después estiró el brazo y tocó el interruptor. Las luces se apagaron, la confusión reinó en el salón y ella sintió un ligero halo de victoria en su cuerpo. Sin más tiempo que perder, se agachó y caminó hacia la puerta que daba al pasillo.

Por desgracia, el atacante aumentó la ofensiva.

Una ráfaga de disparos arrasó los muebles del dormitorio, levantando una nube de plumas y trozos de madera. Laine avanzó un par de metros y se resguardó tras un enorme pilar. La adrenalina le impedía sentir el pánico a la muerte y su cabeza pensaba en la manera de ponerse a cubierto. Ahora entendía lo de Ponce en Portugal. En momentos así, se dijo, la consciencia nos transforma en algo superior y sin emociones.

Los proyectiles no lograron alcanzarla, pero la intimidaron lo suficiente como para acercarse a la salida. Aprovechó uno de los recesos y abrió fuego, disparando a la puerta con el fin de que los golpes cesaran.

Una segunda refriega la contuvo tras el pilar. Esta vez, los tiros no parecían tener fin. Intuyó que estarían utilizando semiautomáticas con mucha munición. A oscuras, sentada en el suelo y con las rodillas arañadas, abría fuego a modo de retención. Agotada, apoyó la espalda en el pilar, deseando que las descargas cesaran. Por un breve instante, vio cómo su vida pasaba a cámara lenta. Los destellos lejanos iluminaban lentamente su agonía y al fondo, delante de sus ojos, observaba el largo y único túnel que podía salvarle la vida. O un corredor que la llevaría a la muerte.

Sin advertirlo, la puerta del pasillo se abrió y pensó que era el final.

Dos hombres irrumpieron en la sala y los disparos del exterior cesaron.

Por su aspecto, no parecían acudir en su rescate. Laine les apuntó con la pistola, pero descubrió que había vaciado el cargador. Con torpeza y nerviosismo, se arrastró con las manos hacia atrás, intentando alcanzar la cama o un lugar en el que protegerse. Ellos se acercaban con paso firme y lento, como dos buitres a punto de devorar a su presa.

—No se resista —dijo uno de ellos.

De repente, sin que nadie lo esperara, un fuerte golpe desmontó la cerradura de la puerta que daba al salón.

Guzmán apareció por el otro lado, sorprendiendo a los tres.

—¡Laine! —exclamó, al verla en el suelo en un estado lamentable.

Ella le respondió con una mirada, guiándolo hacia el bastón de la entrada. Luego se fijó en los centinelas que estaban a punto de alcanzarla y vio cómo uno de ellos le apuntaba con un arma.

Antes de que le disparara, Guzmán agarró el bastón y le golpeó la cara con la cabeza de águila. El crujido sonó con fuerza y el rostro del esbirro comenzó a sangrar. El golpe le había roto varios huesos. Confundido, el segundo esbirro no tuvo tiempo para reaccionar cuando el derechazo de Laine lo alcanzó de lleno. Primero en la nariz, rompiéndosela en el acto y después en el hígado. Las dos torres cayeron a los pocos segundos, como si una máquina de demolición las hubiera destrozado. Laine dio un repaso a la sala, contemplando las perforaciones que las balas habían dejado.

Al girar el rostro, vio la mano de Guzmán delante de ella y después sus ojos.

—Gracias… —dijo ella, aceptando la invitación para ponerse de pie.

—Tenemos que largarnos de aquí y no pienso discutirlo…

—Nos van a acribillar, Guzmán. Hay francotiradores por todo el muro.

—Confía en mí… —respondió y apretó su mano—. He descubierto una salida segura.

36

Laine observaba la tranquilidad y las luces de la parisina calle, apoyada en el alféizar de la ventana de la habitación del hotel, mientras Guzmán le desinfectaba los rasguños que se había hecho en la espalda. A esas horas, apenas había movimiento en la calle. Los dos estaban de acuerdo que aquel lugar era más seguro que intentar salir de la ciudad. Para entonces, los agentes de Exitium los estarían buscando por todos los rincones de París. Necesitaban pensar con claridad, descansar por unas horas y dar con una solución racional entre tanta confusión, se dijo. A lo lejos se veía el resplandor de las sirenas azules de la gendarmería francesa y se oía el ruido de una fiesta que había llegado a su fin. Guzmán llevaba razón cuando le dijo que había encontrado una salida. Nadie se había parado a pensar en el acceso que el servicio de empleados tenía a la mansión. Aquel pasadizo estrecho con olor a estofado, que llevaba de las cocinas a una puerta de hierro que lindaba con la calle trasera, los ayudó a salir con vida de allí sin llamar la atención del personal de seguridad del aristócrata.

Una vez que la adrenalina abandonó su cuerpo y los niveles de tensión se restablecieron, la agente comenzó a pensar con claridad. Estaba convencida de que los habían dejado marchar con vida por alguna razón, aunque le costaba encontrar una respuesta a eso. Si no llega a ser por el compañero, esos dos hombres la habrían matado.

Pero nada de eso importaba ahora, pues había perdido a Ponce y lo más probable era que no hubiese tenido tanta fortuna como ellos.

—Es una herida superficial… —comentó Guzmán, retirando el algodón de la piel—. No te dejará marca.

—La dejará de otra manera…

—Toma, te sentará bien —dijo él, acercándole un vaso con dos dedos de coñac—. Es todo lo que he encontrado en el mueble bar.

—Está bien.

Ella lo aceptó y agradeció el trago.

—Todo esto se podría haber evitado en Roma.

—Un poco tarde para lamentarse, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí.

De repente, las palabras de Spinosa, momentos antes de morir, regresaron a ella.

—*Batti il ferro finché è caldo*… —murmuró en voz alta, preguntándose qué significaría aquello.

—¿Cómo has dicho?

—¿Sabes algo de italiano?

Él frunció el ceño.

—No. Los únicos lenguajes que domino son de programación, pero estudié latín en el instituto… Debe de ser algo como «golpea el hierro mientras…»

—Esté candente —añadió ella.

—Más o menos. ¿Dónde lo has oído?

Ella sonrió con melancolía.

—No lo sé… No lo recuerdo.

Después de lo ocurrido, Guzmán la estaba tratando como a una compañera, sin hacer preguntas ni reproches por haberle llevado la contraria, poniendo en riesgo la misión. Él caminaba por la habitación, ahora sin americana, con un chaleco de tela encima de la camisa con los puños remangados. Tenía un aspecto cansado y no era para menos. Las horas comenzaban a pesar para ambos.

Laine se miró el escote y pensó en las ganas que tenía de quitarse aquel asfixiante vestido rojo.

—¿En qué piensas? —preguntó, retirando el botiquín y sirviéndose un trago para él. Luego se acercó al alféizar de la ventana y observó la calle—. Debes relajarte. Hemos hecho lo que debíamos.

—No estoy nerviosa. Me preocupa que nos encuentren.

—Es un lugar seguro —respondió, intentando calmarla—. Al menos, por esta noche.

—Tendremos que pensar en mañana.

Guzmán carraspeó. No sabía cómo sacar el tema.

—Creo que deberíamos llamar a Escudero e informarla sobre lo ocurrido.

Los ojos de Laine se giraron hacia él.

—Ni hablar.

—Es nuestra supervisora.

—No solucionará nada… —respondió, meditabunda—. Ya oíste a Navarro. Si hablamos con ella, nos dirá que regresemos y nos suspenderán por una temporada… Así que el castigo puede esperar.

Él se encogió de hombros y comprobó el contenido del vaso.

—Es por él, ¿verdad? Empieza a aceptar que no volverás a verlo.

—No digas eso.

—Ese hombre estaba muerto en la bañera, Laine, pero no había rastro de Ponce, ni de la tarjeta.

Ella aguardó unos segundos en silencio.

Su interior le indicaba que Ponce no haría aquello, pero estaba confundida. Sentía que la agente, la situación escapaba a su entendimiento.

—No sabemos lo que ha ocurrido ahí dentro.

—Claro… Tal vez se complicó el encuentro.

Ella frunció el ceño, molesta.

—¿Qué insinúas?

—Nada, tengo derecho a guardarme mi opinión.

—Toda tuya.

—Pienso que no te lo ha contado todo desde el principio.

«Hay quien oculta secretos para proteger a otros de ellos».

—¿Y qué hay de mí?

—No lo sé, tú dirás… Es todo tan confuso…

—Esa mujer, Bauer… Estoy convencida de que forma parte de Exitium.

—Puede ser, pero debo decirte que la he seguido y no he visto nada extraño…

—No me hagas reír. Sé lo que he visto.

—No te pongo en duda.

—¿Pero? Siempre hay un pero.

—No, esta vez no… —respondió con voz afable—. Solo digo que será mejor que mantengamos la cordura. Precisamente, eso buscan, que desconfiemos de cualquiera.

—Me han tendido una trampa, Guzmán —replicó molesta, dándole la espalda—. Me han acribillado a tiros y casi no llego a contarlo.

—En eso debo darte la razón.

—Han intentado matarme y has sido testigo de ello. Si no fuera por ti, esos dos…

Guzmán se acercó y pegó su cuerpo al de ella. Después le tocó el hombro para sosegarla.

—Tranquila, ya ha pasado… Estaremos bien y regresaremos pronto a Madrid —respondió con voz relajada, echándole el aliento al oído—. Lo importante es que hemos conseguido salir de allí…

Ella notó la cálida brisa de su aliento rozándole el cuello y sintió un impulso que avivaba la tensión que existía entre los dos. No era el momento, ni el lugar, pensó, pero sus emociones eran más poderosas que la razón y por unos segundos, lograba olvidarse de Ponce y de todo el mal que la rodeaba. En cuanto a él, la agente notó que tampoco parecía echarse atrás.

—¿Laine? —preguntó, con voz grave y poderosa, acercándose un poco más.

Ella se giró y los labios de él rozaron con su mejilla. Un chispazo prendió entre los dos cuando las miradas se encontraron y nada pudo detener el magnetismo del beso. La pasión se apoderó de los dos. Después se agarraron con fuerza, él le sujetó el cuerpo con firmeza y la llevó a la cama, sin despegarse de ella. Laine le desabotonó el chaleco y después la camisa, dejando a la vista un torso trabajado. Olvidándose del enemigo y de lo ocurrido horas antes, guiados por una fuerza sexual que los movía como a auténticas fieras, se desnudaron sobre las sábanas e hicieron el amor bajo la luz de las farolas parisinas.

37

Despertó tras un escalofrío, helada por la baja temperatura de la noche. Una luz tenue la obligó a mover los párpados. Cuando abrió los ojos, allí estaba él, apoyado en silencio, sentado sobre el marco de la ventana, vigilando para que nadie los sorprendiera. Ella no se había dado cuenta en qué momento había decidido dejar la cama para hacer guardia. Era la manera que Guzmán tenía para manifestar que estaban en peligro.

Laine miró a ambos lados de la cama, confundida, buscando su ropa entre los muebles. Estaba desnuda bajo las sábanas y ahora le daba pudor que la viera así. ¿Qué había cambiado?, se preguntó. Todo y nada al mismo tiempo. Como le había mencionado Ponce en otras ocasiones, las relaciones entre compañeros lo entorpecían todo y no cambiaban nada. Se cubrió con la sábana y se apoyó sobre el cabezal. Guzmán vestía los pantalones del traje, una camiseta interior de tirantes y parecía perdido en sus cavilaciones, con la mirada puesta en la calle.

—Vas a coger un resfriado, ahí sentado —comentó ella, sorprendiéndolo y sacándolo de sus pensamientos—. ¿Por qué no duermes un poco? La cama aún está caliente. Yo haré guardia por ti.

Él giró el rostro y la observó unos segundos en silencio. Ella no supo interpretar la mirada, pero iba cargada de segundas y terceras intenciones. Entonces se dio cuenta de que había cruzado ciertas líneas con él. Las mismas que procuraba no pasar con la mayoría de los hombres.

—Estoy bien. ¿Te he despertado?

Ella negó con la cabeza.

—Tengo un poco de frío. Eso es todo.

Él llenó los pulmones, se bajó de su puesto de vigilancia y cerró las ventanas para que el aire no traspasara la habitación. Después

estiró los brazos y se acercó a los pies de la cama. La agente lo miraba como un felino curioso y expectante a sus movimientos.

—Laine… —dijo, al apoyarse junto a los pies de ella, cubiertos por la tela blanca—. Hay un asunto del que me gustaría hablar contigo.

—No, espera… No es el mejor momento.

—Parece que jamás lo es.

—Escucha, estamos agotados… Sea lo que sea, dejémoslo para Madrid. Es mejor callar que decir algo de lo que nos arrepintamos más tarde.

—¿Como lo que ha pasado esta noche?

La pregunta iba cargada de resentimiento. No quería ofenderlo, pero tampoco darle al momento más importancia de la que tenía.

—No he dicho tal cosa.

Él no recibió el corte con agrado, pero prefirió no discutir, por lo que apretó el morro y asintió.

—Voy a darme una ducha… Necesito despejarme.

—Guzmán.

—¿Sí?

—¿Qué hora es? —preguntó y lo vio aún más desilusionado—. Oye, lo siento, yo…

—Es pronto, no te preocupes —respondió, dejando de lado el significado de aquello que la agente parecía comunicarle entre líneas cuando, de repente sonó el teléfono de la habitación. Él la miró y le hizo un gesto para que guardara silencio—. Yo lo cogeré.

En ese instante, los problemas personales quedaron a un segundo plano y las tensiones emocionales se encerraron en un cajón. Ambos estaban al tanto de que, en ningún momento habían dejado constancia de su estancia en el hotel, por lo que, solo un grupo reducido de personas conocía el número de la habitación. Una llamada a altas horas de la madrugada no hacía más que aumentar las conjeturas. Laine observó los pasos del compañero acercándose al teléfono de noche. Pensó que podía ser Escudero, después de haberse enterado del fracaso de la fiesta. También sospechó que podría ser una equivocación, algo habitual en los hoteles, y más aun cuando todo era un juego de cifras. Por último, en el peor de los casos, temió que los hubieran encontrado.

El agente descolgó el teléfono y atendió al altavoz.

—*Aló?* —preguntó y alguien respondió al otro lado.

Su rostro cambió por completo. Primero, frunció el ceño y tensó la espalda. Después dio un largo suspiro mientras negaba con la cabeza.

—*Allright… got it* —respondió en inglés y colgó—. Joder, Laine…

—¿Qué sucede? —preguntó ella, poniéndose cada vez más nerviosa. Por su tono de voz, sospechó que estaba cabreado e indignado con ella—. ¿Es Escudero?

—Ponce está vivo… Está con ellos.

—Está vivo… Eso es lo único que importa.

—No, no lo es… Exitium lo ha capturado…

Dana recibió la noticia, sin fuerzas. El mundo pesaba sobre sus hombros y una grieta se abría paso entre sus pies.

—¿Qué quieren a cambio, dinero?

—Lo sabes de sobra… —espetó, malhumorado—. Si quieres volver a ver a tu amigo, deberás entregarles la tarjeta de memoria.

Disponían de dos horas para tomar una decisión o, mejor dicho, para presentarse en la dirección que les habían dado, a noventa kilómetros del sur de la capital, en una propiedad privada entre los montes franceses. Guzmán hacía un esfuerzo por reprimir el enfado, pero las líneas de su rostro hablaban por él. En cuanto a Laine, esta sabía que el tiempo no era un impedimento. Más bien lo era ella. Sin dirigirle una palabra, podía notar la decepción del compañero, al saber que le había ocultado la verdad. Esa era una de las razones por las que actuaba así. Sin embargo, aún existía una manera de solucionar aquel problema: podían subir a un coche y poner rumbo a Madrid, con la tarjeta de memoria. Solo ellos dos, dejando atrás a Ponce y a la organización que lo había secuestrado, acabando así con esa maldita pesadilla. Tal vez no fuera el plan más exitoso, pensó, pero era el más sensato en territorio extranjero.

Y esa era la razón por la que su compañero frustraba la rabia y las ganas de mandarla al infierno.

Sin discutir el asunto, ella ya había tomado la decisión de acudir al encuentro establecido, aunque pusiera en riesgo sus vidas y las relaciones internacionales de su país. Celos, o tal vez egoísmo, era lo que leía en su rostro, pensó, intentando meterse en la cabeza de

Guzmán.

Laine había descubierto que Ponce sabía que le tenderían una trampa y por esa razón había depositado toda su confianza en ella. No entendía cómo no había caído en todas las migajas que el compañero le había dejado por su paso, para que ella lo intuyera. En efecto, tenía razón, seguía siendo una novata. De ese modo, el agente manifestaba lo que siempre repetía. La tarjeta y el futuro destino de los documentos eran más importantes que su propia vida y eso le honraba como agente y como compañero.

—Iré sola —dijo, finalmente, vestida con la ropa casual con la que había viajado, mientras llenaba de munición el cargador de la pistola—. Ya has hecho suficiente por mí… No tienes por qué involucrarte en esto.

—Ni hablar.

—Ya me has oído.

—A estas alturas, no voy a abandonar.

—Guzmán…

—No lo hago por ti, créeme… y te lo digo sin desprecio.

Ella le lanzó una mirada fría e indiferente, como quien busca terminar con la conversación.

—Como quieras.

—Necesitaremos un vehículo.

—Ese no será un problema… Un coche nos esperará en la puerta del hotel para llevarnos al lugar de encuentro. Si no aparecemos, matarán a Ponce.

—Las opciones son limitadas —comentó ella, metiendo una bala en la recámara—. Al menos, dime que has traído tu arma reglamentaria.

Él le mostró las palmas de las manos.

—No soy como tú.

Ella resopló.

—Vaya, ya veo… Tendremos que improvisar.

—Supongo que no nos queda alternativa.

—¿Algo más?

Él chasqueó la lengua y se dirigió a ella.

—Sí, ¿dónde está? —preguntó, refiriéndose a la tarjeta.

Ella enmudeció y le clavó la mirada.

—Conmigo.

—Me gustaría verla, por favor.

Ella lo escuchó con recelo.

—¿A qué viene esto ahora?

El agente se mostraba tenso y preocupado.

—Quiero asegurarme de que no nos volarán la cabeza por jugar con ellos.

—¿Confías en mí, Guzmán?

La nuez del agente se apretó al tragar saliva.

—¿Desde cuándo la tienes?

—¿Cambiaría algo si te lo dijera ahora? Yo creo que no.

Aguantó su mirada durante varios segundos que parecieron una eternidad, hasta que la tensión de sus ojos se relajó.

—No, por supuesto que no… —respondió con rechazo y regresó a su equipaje—. Y, sí, confío plenamente en ti. Ese es el problema… Ojalá sepas lo que estamos haciendo.

Ella tragó saliva y se quedó en blanco.

No lo sabía, pero tenían una misión y era la de regresar a Madrid con su compañero y con la tarjeta.

—El plan no ha cambiado desde el principio, Guzmán… Nos han asignado una tarea y debemos completarla con éxito.

—Has perdido el juicio, lo sabes, ¿verdad? Nos van a matar.

—Nos han preparado para esto. Faltar a nuestra profesión sería un acto de cobardía.

«Maldita sea, Laine. Hablas como él».

Era cierto. A falta de Ponce, era como si la agente se hubiese apropiado de sus frases.

El silencio reinó durante varios segundos en la habitación. Laine olía el temor y la incertidumbre en su compañero. Guardó el arma en el cinto y se cruzó de brazos ante el compañero, a la espera de una respuesta. Pero, ni siquiera las palabras confiadas de la agente sirvieron para levantar los ánimos.

Guzmán abrió la puerta del cuarto y la invitó a salir:

—Es la hora… —dijo y miró el reloj—. Será mejor que no los hagamos esperar.

38

Protegidos por sus abrigos, esperaban en la calle la llegada del vehículo, cuando notaron las primeras gotas de lluvia de una tormenta que pronto iría a más. Se resguardaron bajo el toldo de la puerta del hotel y un Range Rover oscuro apareció pocos minutos después.

—Deben de ser ellos —murmuró Guzmán, sin quitarle ojo al vehículo, que se detuvo unos metros por delante de la puerta.

Las sospechas se confirmaron en cuanto las puertas se abrieron.

De la parte delantera bajó una mujer vestida con un abrigo de piel negra y unas botas del mismo color. Por la puerta trasera, apareció un hombre corpulento con ropa oscura y los pantalones de tela metidos en unas botas con talón de acero. Para Laine, ambos llevaban una estética que recordaba a las películas futuristas de la década de los noventa del siglo anterior.

Si de algo carecía Exitium, era de originalidad, pensó.

El hombre, con rasgos asiáticos y el pelo recogido en una cola de caballo, les hizo una señal para que se acercaran al todoterreno y Guzmán dio el primer paso.

Primero lo cacheó a él y no encontró nada.

—La tarjeta —ordenó en un inglés tosco. Después miró a la agente.

Esta negó con la cabeza.

—Antes quiero ver a mi compañero.

El tipo sonrió y la mujer se aproximó a ella para inspeccionarla minuciosamente, pero no había rastro de la memoria.

Cuando encontró la pistola, se la quitó y le apuntó con ella.

—No, no… —dijo, decepcionada y les indicó que entraran en el coche. Guzmán resopló—. Dentro.

Subieron a la parte trasera del coche, bajo la mirada de los dos secuaces. En el interior encontraron al conductor, un tipo vestido de

un modo similar, que conducía con gafas de sol en plena noche.

Guzmán tocó la pierna de Laine con la suya para que esta le hiciera caso y se limitó a mandarle una mirada de precaución.

Al cañón de la pistola se unieron los de las dos armas que custodiaba el hombre de aspecto asiático. En ese momento, la mujer sacó dos pasamontañas opacos y se los entregó.

—Ponéoslos.

Laine miró al compañero y los dos obedecieron.

Todo se volvió oscuro y confuso.

La agente se preguntó si los tres acompañantes habían sido agentes como ellos, reclutados tras un lavado de cerebro, o meros matones en nómina. Le costaba creer que Exitium fuese el hogar de los espías que habían tirado la toalla porque la tiranía y los principios contra las que habían luchado siempre, resultaban más seductoras que el servicio a un país.

Después los maniataron con unas bridas de plástico, dejándolos totalmente inmóviles de manos.

El vehículo arrancó y Laine puso atención al recorrido. El conductor dio varias vueltas a la manzana para confundirlos, antes de meterse de lleno en una autopista de alta velocidad que los sacaría del núcleo urbano parisino.

Minutos más tarde, el ruido exterior se convirtió en un zumbido lineal y monótono que difería con los cambios de marcha.

De cerca, podía sentir la respiración de Guzmán.

Al otro costado, el olor de la parca.

Ambos tenían miedo, pero habían aprendido a convivir con él.

En ese momento, se acordó de Spinosa y se preguntó hasta qué punto merecía la pena arriesgar su misión por salvar la vida de una persona.

Durante el viaje repasó los acontecimientos, de principio a fin: desde el fortuito encuentro en Portugal, hasta la desaparición de Ponce en el interior de la mansión francesa. Analizó las fotografías que había guardado en su archivo mental, en busca de una razón que explicara dónde estaba el fallo que habían cometido. Las teorías eran tan variadas como el número de personas con el que habían interactuado. ¿Había sido Spinosa, desde un principio, quien había traicionado a Ponce?

Lo cierto era que Palmieri había desconfiado de Ponce desde el

inicio, pero él había sido el compañero sentimental de Spinosa y debía de tener alguna razón para enviarlos a París. ¿Era él quien había traicionado a su pareja?, se planteó, abrumada por toda la información que procesaba en ese momento.

Todo era posible cuando existían los celos, aunque desconfiaba de que Ponce hubiera caído en una artimaña tan chapucera.

Cuando salió de su abstracción, había perdido la noción del tiempo que llevaba en el interior del vehículo. Guzmán seguía respirando en silencio y esa era una buena señal. Los otros no abrieron la boca en todo el viaje, pero podía sentir sus miradas y cómo los encañonaban sin desviar las armas.

Tomaron una cuesta y llegaron a una superficie plana. El vehículo se detuvo y alguien los identificó desde fuera. Después se oyó el ruido de una compuerta que se movió hacia dentro y reconoció un camino de grava, al oír el crujido de las piedrecitas con los neumáticos.

Finalmente, se detuvieron en alguna parte y las puertas se abrieron. Creyeron que verían el lugar al que los habían llevado, pero sintieron cómo los encañonaban por detrás, forzándolos a caminar. Ni siquiera les iban a dar ese último placer.

La agente intuyó que eran mercenarios profesionales, con experiencia y con un alto grado de conocimiento sobre el enemigo. De haberles quitado los pasamontañas, se habrían arriesgado a que la pareja elaborara un mapa mental del lugar, en caso de fuga. De lo contrario, les costaría encontrar la salida.

Entraron en un edificio que ella imaginó como espacioso, debido al eco de las pisadas sobre el pavimento. La agarraron de los hombros y la giraron varias veces para que no pudiera orientarse y después la guiaron por unas escaleras que la llevaron a la planta superior. Al llegar allí, sintió la mano de uno de los secuestradores obligándola a tomar asiento. Accedió y reconoció el gemido de su compañero cuando lo forzaron a hacer lo mismo. Después les quitaron los pasamontañas.

Tras unos segundos de confusión y exceso de luz, la agente logró formar una imagen de lo que tenía al frente. Era una sala de grandes dimensiones y espaciosa por la falta de muebles. Frente a ella había una mujer vestida de negro, sentada sobre un escritorio, el único mueble que había en todo el salón, además de las sillas.

Su intuición no le había fallado desde el principio y lamentó no haberse dado cuenta antes para haber evitado todo aquello.

39

Anette Bauer vestía un conjunto ajustado de camiseta negra y pantalones oscuros de piel. Era una mujer alta, atractiva y con una actitud imponente. Nadie podía discutir el magnetismo que desprendía con su presencia. A diferencia de las ocasiones anteriores, Bauer se presentó con el cabello recogido en una cola y los labios pintados de color azul marino, un tono extraño que llamaba aún más la atención. Enseguida, Laine se fijó en las dos pistolas que portaba en el cinto, como también en el robusto ordenador portátil Getac que había sobre el escritorio. La agente conocía el uso que el ejército le daba a esa clase de máquinas.

—Volvemos a encontrarnos, agente Laine —dijo la alemana, observando su reacción—. Lamento que no cambiara de parecer a tiempo… Juntas habríamos conseguido lo que nos hubiéramos propuesto.

—¿Dónde está Ponce? —preguntó, ignorando sus palabras.

—Entrégueme la tarjeta de memoria y verá a su compañero.

—Ese no es el trato.

La mujer se despegó de la mesa y caminó hacia ella. Laine era consciente de que pretendía intimidarla, pero debía mantenerse alerta porque Bauer no conocía límites. Las pisadas sonaban como auténticos martillazos sobre el suelo. Cuando se acercó a la silla, Laine sintió la mezcolanza de perfume y cuero que desprendía la exespía. Esta se inclinó hacia ella, llegando a rozarle con los labios la oreja. Parecía disfrutar con ello y su presencia no hacía más que ponerla nerviosa.

—¿Sabe? En el amor siempre hay algo de locura… y en la locura siempre hay algo de razón… —le susurró, quedándose ahí unos segundos más—. Por desgracia, quienes más han amado al hombre, son los que le han hecho siempre el mayor daño posible.

Laine hacía un esfuerzo por mantener la mente en blanco y la

mirada vacía.

—Quiero ver a Ponce.

—¿Reconoce esas palabras?

—No.

—Son de Nietzsche… —respondió, decepcionada—. Un pastor luterano… que inspiró, entre otros, a uno de los tiranos más grandes de la historia… Por supuesto, Hitler interpretó sus palabras como quiso y entendió que los fuertes mandan y los débiles obedecen…

Laine manifestaba su indiferencia, pero Bauer seguía mirándola desde arriba y dando pasos alrededor de la silla. De un vistazo, se fijó en Guzmán, que estaba más lejos de lo que le hubiera gustado y en la pareja de pistoleros que los custodiaban. Intuyó que Ponce no debería de andar muy lejos, si los habían llevado hasta allí. Sin embargo, las posibilidades de provocar un momento de confusión y liberarse eran muy bajas.

—¿Qué opina usted, agente?

—Sois escoria.

—¿Prefiere ser fuerte y mandar, o formar parte de los débiles y obedecer? —preguntó, desafiante, y se agachó hasta pegar la punta de su nariz con la de Laine. La tensión entre las dos mujeres no podía estar más alta—. Piénselo bien, es su última oportunidad.

El corazón le volvió a bombear con fuerza.

Y no le faltaba razón, reflexionó ella al ver las dos armas tan cerca. Esa era su ocasión para utilizarla como escudo, pero debía ser rápida, más que todos ellos juntos.

—Ya he tomado una decisión.

—¿Y esa decisión es?

Laine suspiró profundamente y sonrió.

Acto seguido, echó la cabeza hacia atrás y le dio un cabezazo a Bauer en la nariz, partiéndole el tabique nasal y levantándose de la silla para atraparla. Nadie se atrevió a disparar, debido a lo próximas que se encontraban. Después, la agente le pasó los brazos por encima de la cabeza y la ahogó contra ella, apretando las bridas en su garganta, para así arrastrarla hacia el escritorio y ganar distancia. Bauer gritaba y se resistía.

—Zorra… No llegarás muy lejos… —susurró la alemana, intentando deshacerse de ella.

Laine le asestó un rodillazo para que parara.

Los cañones apuntaban a las dos mujeres.

—¡Bajad las armas! —exclamó la española—. ¡Os juro que caerá conmigo!

Los pistoleros no atendieron a la orden.

—¡Hacedle caso! —gritó Bauer—. ¡Nos convertiréis en comida para perros!

Finalmente, los dos esbirros se retractaron.

—¡Guzmán, el cuchillo! —ordenó Laine, mientras seguía ejerciendo presión sobre la espía alemana. ¡Desátame, joder!

—Esta vez, no le saldrá bien, Laine… Viniendo aquí, ha sentenciado su muerte.

El agente tomó el cuchillo de la mesa, bajo la atenta mirada de los otros matones, y liberó las muñecas de la agente. Cuando esto sucedió, un profundo alivio la recorrió por dentro y relajó los brazos.

Sin embargo, bajar la guardia por un instante le salió muy caro. Anette Bauer contraatacó con un codazo contra las costillas, provocando que la soltara por completo.

—¡Decisión incorrecta! —exclamó, poseída por una energía que desprendía con ferocidad.

Las armas volvieron a apuntar hacia ellas y Guzmán se separó de las mujeres. Laine y su contrincante se enzarzaron en un violento combate en el que esquivaban, con más o menos acierto, los puñetazos y las patadas que la otra lanzaba. Bauer era una rival seria, mucho más peligrosa que los atrevidos que entrenaban con ella en el gimnasio. Sabía que cada golpe podía ser el último. Por su parte, todo lo que recibía, lo contrarrestaba buscando la manera de mandarla al suelo. Pero no era sencillo. A pesar de las sacudidas que le propinaba, la alemana parecía estar hecha de otro material. Tras una larga pelea, la española se sintió agotada. Tenía la boca seca, le costaba respirar cada vez más y podía sentir cómo los músculos le pesaban. En un descuido y con la guardia baja, Bauer le asestó una patada en la rodilla que la desplazó hacia atrás. El alarido de Laine llenó la sala y la alemana soltó una sonora carcajada, demostrando lo mucho que disfrutaba con el combate.

Su rostro, ahora desfigurado y manchado de sangre, manifestaba el goce de la victoria.

Laine se retorcía, dolorida en el suelo.

—Me encargaré de enviarla al mismísimo infierno, agente… —espetó Bauer, sonriente y escupió un montón de sangre. Después sacó un arma del cinto y la apuntó con ella—. Esta vez, nosotros seremos los ganadores de la historia.

Desde el suelo, la agente calculó la distancia que había entre las dos, pero no había escapatoria.

Con las dos manos firmes sobre el arma, Anette Bauer estaba dispuesta a sentenciar su muerte, delante de todos.

Laine cerró los ojos, apretó la mandíbula y dos disparos ensordecieron la sala.

40

Cuando abrió los ojos, notó que sus piernas aún se movían. El silencio era perturbador y no lograba diferenciar entre lo real y lo soñado. La cabeza le daba vueltas a causa del estrépito. Sobrecogida, lo primero que vio fue a esa mujer, con la expresión perdida, derrumbándose como una estatua de escayola.

Bauer se desplomó en el suelo, formando un charco de sangre a escasos centímetros de sus pies. Tras ella, reconoció a Guzmán, sujetando una pistola. Pestañeó dos veces, incrédula ante lo sucedido y se percató de que los hombres de Bauer seguían ahí.

Entonces lo entendió todo.

El pulso se le aceleró, disparando el instinto de supervivencia que llevaba dentro. Con torpeza, intentó retroceder con las manos, pero la sangre la hizo resbalar sobre el suelo.

—¿Qué está pasando, Guzmán?

La expresión sosegada del agente, la perturbaba aún más.

—Cálmate, Laine… y dame la tarjeta.

Sus palabras no la iban a tranquilizar.

El enemigo en casa, se dijo, o peor aún: bajo las sábanas.

Guzmán era el agente doble del CNI que trabajaba para Exitium, el mismo que casi la convence de que Ponce era un traidor.

Con el arma apuntándola al pecho, el agente se aproximó a ella para ayudarla a levantarse y le ofreció la mano.

—Ni se te ocurra acercarte.

—Tienes que entenderlo, Laine… No es una cuestión personal, ya lo sabes…

—Nunca lo ha sido, ¿verdad?

—Necesito que me des la tarjeta. No te haré daño.

—Quiero ver a Ponce antes.

—No lo compliques todavía más —dijo y ordenó a sus hombres que la recogieran del suelo—. Mira lo que le ha pasado a Bauer…

—Lo sabías desde el principio, maldito cerdo… —respondió, resistiéndose a las manos de los dos matones que la habían llevado en el coche—. Nos has utilizado a todos…

—Bauer estaba dispuesta a matar a Ponce, porque pensaba que no era útil para el desbloqueo, pero estaba equivocada… Ese desgraciado guarda la clave y por eso te ha dado la tarjeta… así que no lo podía permitir.

—Eres un traidor, Guzmán.

—Todos lo somos, en cierto modo.

—No lo lograrás. Ponce no te dará nada…

—No he hecho este largo camino para irme con las manos vacías.

Cuando la pusieron en pie, él la miró e intentó acariciarle el rostro, pero ella le escupió en los zapatos.

—Además de un traidor, eres un mierda.

La respuesta no le gustó al infiltrado, que le respondió con un puñetazo en la boca del estómago. Ella se retorció de dolor, bajando la cabeza.

—Espero que esto sirva para distanciarte de las emociones… —respondió y dio un largo suspiro—. Siento lo de tu amiguito. Sé que estáis muy unidos.

—Púdrete, cabrón.

La pareja que la sujetaba, la llevó a la silla en la que se había sentado previamente. Desde allí, Guzmán le apuntaba a la cara con el arma.

—No, Laine. Hoy os toca a vosotros —respondió y se dirigió a los matones—. Traed al otro. Es hora de acabar con esto.

Los dos desaparecieron del salón y Laine se quedó mirando al que había sido su compañero. No daba crédito, ni tampoco entendía que hubiese sido tan estúpida.

—Por favor, no me mires así… —dijo él, mofándose de la situación—. Reconoce que habrías hecho lo mismo, de haber estado en mi lugar.

—Me das ganas de vomitar.

—A todo esto… ¿Cómo lo quieres?

—¿El qué? —preguntó, confundida.

—Morir.

Antes de continuar con la cruda conversación, los dos soldados

irrumpieron en la sala, arrastrando a Ponce, que caminaba con dificultad, con un pasamontañas que le cubría la cabeza y esposado por las muñecas. Su traje estaba manchado de sangre reseca y suciedad. Le habían dado una severa paliza, quizá para torturarlo o simplemente para escarmentarlo y que así se calmara. Lo sentaron junto a ella, en la silla que antes había ocupado Guzmán. Laine reconoció el olor de esa colonia tan típica de él y se alegró de verlo vivo, aunque fuese por poco tiempo. Después le retiraron el pasamontañas y su rostro apareció magullado y con una pronunciada hinchazón al lado del ojo derecho.

—Ya estamos todos —comentó Guzmán y se acercó a ella, del mismo modo intimidador que había hecho Bauer—. Ahora, la tarjeta, Laine.

Ella se fijó en Ponce, que era incapaz de girar el rostro y establecer contacto visual.

Después oteó a Guzmán.

—No sé dónde está.

Guzmán se mostraba tenso. Elevó el mentón y repasó su dentadura con la lengua. Luego, se humedeció el labio inferior con la lengua y después le propinó un horrible golpe en la cara con la culata de la pistola. El impacto fue tan fuerte que tiró a Laine de la silla y provocó que Ponce cerrara los ojos.

Por unos segundos, la agente quedó inconsciente en el suelo. Al despertar, sintió un goteo fino y frío que bajaba de su frente y llegaba a los labios. Lo lamió y sintió el sabor metálico de la sangre. Se sentía mareada, sin equilibrio y un zumbido agudo le rodeaba la cabeza, impidiendo oír nada más.

Los dos pistoleros la levantaron del suelo y la colocaron en la silla como pudieron. Sintió la boca reseca, los pulmones bloqueados y la saliva amarga. Sin duda, se dio cuenta de que no estaba en la mejor postura para negociar.

—Dásela, Laine… —le murmuró Ponce, a quien oía con dificultad.

—Me obligas a hacer esto… —dijo Guzmán.

—No… la tengo…

—Maldita sea, Laine…

—¿Ves, Ponce? Es ella la que busca los problemas.

—¡Espera!

—De verdad… —continuó la agente, cuando vio que algo se movía en el suelo. Era Bauer, luchando por sobrevivir—. La tarjeta de memoria… está oculta en…

—¡No seas idiota y dilo! —exclamó Ponce.

Guzmán, desesperado, cargó la pistola y le encañonó el entrecejo.

Laine comenzaba a recuperarse, pero intentaba ganar tiempo mientras veía a la alemana estirando la mano para coger la pistola que había en el suelo.

—Voy a contar hasta tres para que termines la maldita frase…

—Oculta… en…

—Uno… No me tomes el pelo, Laine…

—La tarjeta… está oculta en…

—¡Déjate de juegos, joder!

—Creo que… se me ha olvi…

—Dos… Te volaré los sesos y te cortaré en pedazos hasta encontrarla…

Entonces vio que Bauer tenía la pistola y se disponía a apuntar a Guzmán por la espalda. Un sentimiento de despedida la conmovió. Se giró hacia su compañero y sonrió.

—¿Qué coño haces, Laine?

—*Batti il ferro finché è caldo*, Ponce…

—Tres —dijo, tiró del seguro y dio un breve suspiro—. Tú lo has querido.

—Hey, Guzmán! —exclamó la alemana, a sus espaldas—. *Fick dich!*

41

Se sucedieron varios disparos a la vez. Laine se echó al suelo y gateó al otro lado del escritorio para protegerse. Guzmán fue el primero en caer abatido y después lo hizo Bauer. Acto seguido, se escucharon dos tiros más y el silencio inundó la sala. El olor a pólvora chamuscada se suspendía en el aire. No podía ver lo que había sucedido, pero era evidente que aún quedaba alguien con vida. Avistó el cadáver de Bauer, en busca de su arma, pero estaba lejos de su alcance. Los pasos se acercaron a ella. Entonces sintió su silueta y una mano que la invitaba a levantarse.

—Ponce… —comentó, reprimiendo la alegría al verlo.

No sabía cómo lo había logrado, pero la única certeza era que estaba delante de ella.

—En pie, agente —dijo el compañero, sujetándola con firmeza.

Cuando se levantó, contempló los cadáveres que estaban en el suelo. El disparo de Bauer había provocado una refriega inesperada que Ponce había utilizado a su favor. Los hombres de Guzmán habían disparado a la alemana y Ponce había aprovechado el despiste para arrebatarle el arma al excompañero y disparar a los dos objetivos. Era difícil de creer, pero algunas cosas en la vida ocurren por mera casualidad. Tan solo hay que reaccionar del modo adecuado en el momento oportuno, pensó ella.

—¿Ahora qué? —preguntó la agente, confundida. Debían salir de esa mansión y regresar a España.

Para su sorpresa, el compañero no opinaba igual.

—Dame la tarjeta, Laine —ordenó y ella tragó saliva al escuchar las palabras. De nuevo, su mirada la puso en una contradicción—. Debes confiar en mí.

—Lo siento, Ponce, pero Navarro fue claro con…

—¡Al carajo, Navarro! ¡Mira lo que ha sucedido! —preguntó, sin dejar de apuntarla con el arma—. Si confías en mí, dame la jodida

tarjeta.

—¿Y si me niego?

Él dio un respingo y se acercó al robusto ordenador portátil que había sobre la mesa.

—Entonces tendré que matarte.

La respuesta la paralizó. Ponce le tendió la mano que tenía libre, a la espera de que le entregara la tarjeta de memoria.

Ella temía equivocarse con la decisión, pero no le dejó alternativa.

Metió los dedos en el bolsillo pequeño del vaquero y extrajo la moneda de plata que Ponce le había entregado anteriormente. Este asintió, agradeciendo su colaboración. Destapó la moneda para coger la tarjeta y la sujetó con las yemas de los dedos. Los ojos de Laine la observaban como si fuera un rubí.

Después dejó el arma sobre la mesa, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón y se puso uno entre los labios. Por último, cogió un mechero de gasolina, giró la piedra, provocó una larga llama y la acercó a la tarjeta de memoria.

—¡No! —exclamó Laine, pero no logró detenerlo. El plástico comenzó a reblandecerse en cuanto el fuego lo calentó—. ¡Estás loco!

—Loco estaría si dejara que esto acabara en las manos equivocadas —respondió, mirando fijamente las ranuras del chip—. Es hora de parar este río de sangre, Laine.

—Cometes un error, Ponce… Esa lista contiene los nombres de las personas que están detrás de todo esto.

Él negó con la cabeza, viendo cómo el plástico se consumía, hasta que el chip se convirtió en una llama y lo dejó caer al suelo. Luego se encendió el cigarrillo, dio una profunda calada y exhaló el humo hacia arriba.

—¿Y qué pasaría si en esa lista aparecieran los nuestros? —preguntó, decepcionado, dirigiendo la mirada a los cuerpos sin vida que había en el suelo—. Como has podido comprobar, esto no ha hecho más que empezar… Guzmán, Bauer, Palmieri, Spinosa… ¿Quién nos asegura que Navarro o Escudero no estén también implicados?

—Divide y vencerás.

—Lo sé… Desconocemos cuántos agentes han caído bajo las

garras de Exitium.

Laine dio un vistazo al salón. Era desolador y triste. Si se demoraban demasiado, los encontrarían.

—Creo que es hora de regresar a casa, Ponce.

Él levantó la vista, dio otra calada al cigarro y lo apagó sobre el tablero, junto al ordenador.

—Antes de marcharnos, respóndeme a algo.

—Basta ya de preguntas.

—Te recuerdo que soy yo quien va armado.

—Entiendo…

—¿Por qué lo has hecho, Laine? —preguntó, buscando una respuesta sincera—. Salvarme la vida, quiero decir… Tendrías que haberte largado, abortando la misión. Por eso te di la tarjeta, para que no me buscaras… Lo has puesto todo en riesgo, incluyendo tu vida.

Ella se acercó a él y lo miró de frente.

A pesar del reproche, Ponce estaba haciendo una declaración de intenciones. Estaba dispuesto a sacrificarse por ella.

—Es hora de que empieces a comprender que no soy como tú —respondió—. En ocasiones, debo tomar riesgos, pero… si lo hubiera hecho por trabajo, ahora mismo, ninguno de los dos seguiríamos con vida.

42

Regresaron a España en un coche de alquiler que abandonaron en Barcelona, antes de tomar el tren de alta velocidad que los trasladó a Madrid.

Dos días después de lo ocurrido, oficialmente, la policía parisina se lavó las manos después de lo sucedido en la mansión del aristócrata alemán, para relajar las tensiones políticas que sufría el país con el resto de los vecinos. Las autoridades francesas clasificaron los hechos como un asalto violento a la vivienda, perpetrado por una banda de atracadores profesionales. Por desgracia, la calma no duró más que veinticuatro horas, hasta que Exitium se encargó de difundir el rostro de Anette Bauer junto al anfitrión y a dos miembros de la DGSE francesa, cuestionando la relación equitativa entre países.

Por suerte para Laine y Ponce, el rostro de Guzmán no llegó a aparecer en las portadas de los periódicos europeos.

No obstante, sus problemas fueron otros. Además de la suspensión temporal de dos semanas, hasta que el Centro investigara lo sucedido en París, Navarro exigía una explicación sobre el paradero de la tarjeta y la pérdida de Guzmán. Ponce y Laine, durante el viaje de vuelta se pusieron de acuerdo para ofrecer la misma versión de los hechos. Ambos convinieron en ocultar lo que habían hecho con la tarjeta de memoria, así como no desvelar que Guzmán había formado parte de la organización que ahora amenazaba la seguridad del continente. Si la verdad salía publicada en los tabloides, ellos podrían confirmar que habían sido engañados por el compañero. La vida era una paradoja, pensó Laine. Después de todo, quien menos lo merecía, terminaría siendo recordado como un héroe caído en combate.

Tras varios intensos interrogatorios en «La Casa», los dos agentes se tomaron unas obligadas y merecidas vacaciones hasta que los

citaran de nuevo en el Centro. Y ella lo agradeció. El ambiente político seguía caldeado después de la dimisión del ministro del Interior y la crisis que había en la Moncloa. La oposición política preparaba su jugada maestra para iniciar una agresiva campaña antigubernamental, que desgastaría al presidente y rebajaría su prestigio en España y en Europa durante los siguientes doce meses. Pero lo que ocurriera en el Congreso era lo que menos preocupaba al CNI. Ahora existía un enemigo común identificado, con rostro, aunque sin un líder. Exitium se había convertido en una peligrosa amenaza y los diferentes servicios de inteligencia europeos estaban de acuerdo en que había que luchar contra la organización criminal.

Sin embargo, parecía que era tarde para contraatacar un problema que había nacido desde las propias entrañas de los servicios secretos.

¿Qué sería lo siguiente?, se preguntaban con incertidumbre y desasosiego.

Lo único cierto era que el viejo continente se había convertido en un lugar más peligroso para sus habitantes.

Una tarde, Laine decidió salir de casa para dar un paseo y disfrutar del anonimato en la ciudad. La temperatura estaba cambiando, aunque ella seguía vistiendo su chaqueta de cuero. Pronto llegaría la primavera y las temperaturas subirían, así que pensó en aprovechar los últimos días en los que, caminar bajo el sol aún resultaba placentero. Paseó hacia la glorieta de Quevedo, sumida en sus pensamientos, en las imágenes que aún le cohibían el sueño y en las hipótesis sobre lo que habría pasado si Ponce no hubiera destruido aquel microprocesador. Luego bajó por la calle de Fuencarral para atravesar Alberto Aguilera y dejarse caer por la zona universitaria.

Se fijó en las parejas que caminaban pegadas, inquietas, disfrutando de sus primeras citas. Recordó que había desinstalado del teléfono las aplicaciones de citas y que no volvería a utilizarlas jamás. No era su sitio y sostenía con argumentos que los experimentos sociales siempre terminaban mal cuando ella formaba parte de estos. En ese momento de su vida no había espacio para las relaciones, hasta que se recuperara de su última experiencia. Las heridas emocionales seguían abiertas. Guzmán la había engañado con la maestría que el chico de Tinder no había logrado demostrar.

En el fondo, un poco de complicidad y fuertes dosis de adrenalina bastaron para que ella abriera la puerta a sus sentimientos.

«Y parecía tan torpe con las mujeres…», se dijo, riéndose hacia sus adentros cuando recordó la noche previa a París, en el bar cercano a su casa.

Era toda una farsa, de principio a fin, articulada para ganarse tu confianza, reflexionó después, con un amargo sabor de boca.

Pese a todo lo sucedido, no podía creer que el exagente hubiese fingido todo aquel tiempo. Consideró que Guzmán era diferente. Al menos, hasta que le apuntó con un arma. Tal vez se dejó engañar porque los de su departamento, como todos decían, estaban hechos de una pasta diferente a los agentes de campo. Craso error, se respondió a sí misma, incapaz de aceptar que entre tanta dureza no existiera esa necesidad de aflorar como una rosa, con la única esperanza de sentirse vivos y mortales como el resto. El excompañero consiguió que ella considerara algo que había olvidado por completo, aunque fuese por una noche. Por desgracia, la ambición por tenerlo todo, también se cebó con él.

A la altura del Café Comercial, se detuvo en el quiosco que había frente a la puerta del café y se fijó en los titulares de los periódicos extranjeros. Todos hablaban de París y alertaban de la crisis política que azotaba a Europa. Sin embargo, cuando se fijó en su alrededor, parecía que aquellos problemas no importaran a nadie. En las mesas de la terraza del emblemático establecimiento, los clientes reían, mantenían conversaciones banales y tomaban el café como una norma habitual.

«La verdad es cruda y dolorosa… Por eso nadie quiere escucharla».

Tal vez esa era la razón por la que había elegido aquel trabajo, comentó para sus adentros al reflexionar sobre las dos realidades que convivían en el mismo plano. Laine se dio cuenta de que la relación entre la realidad de los hechos y la de los ciudadanos era lo más parecido a un matrimonio oscuro y lleno de infidelidades. Una unión que se limita a guardar las formas de cara al exterior, pero que lleva años sin discutir sus problemas internos.

Y el Estado era el brazo conciliador que se encargaba de gestionar la información que llegaba a una parte y las decisiones que afectaban a la otra.

El único problema que la agente veía en aquello era que los problemas de Estado no entendían de bandos, de buenos o malos, ni de lealtad o perdón, sino de intereses. Y eso era lo que le había pasado a Guzmán, a Bauer, a Spinosa o a Palmieri, que habían cambiado su lucha por su propósito, sin mentalizarse de las consecuencias, aunque algunos de ellos se arrepintieran antes de morir.

> «*¿Prefiere ser fuerte y mandar, o formar parte de los débiles y obedecer*?»

Maldita zorra, se dijo, recordando a la alemana. Las palabras calaron en ella.

Lamentó no haber tenido una respuesta a la altura en ese momento.

43

La persiana del gimnasio estaba a medio levantar. Aún no habían abierto al público y Laine golpeaba con dureza el saco a ritmo de los guitarrazos de Cowboys from Hell, de Pantera. Seguía sin conciliar el sueño y el deporte era la única manera de agotarse físicamente, permitiendo que toda la rabia saliera de su cuerpo.

No fue hasta que notó una sombra cerca del cuadrilátero, cuando giró la vista y vio la figura del propietario del gimnasio. Se quitó los auriculares, que estaban mojados por el sudor, para escuchar lo que le decía:

—Es para ti. El hombre alto de tu trabajo.

Algo no iba bien para que Ponce se presentara a esas horas.

Antes de que le pidiera que le dejara pasar, el agente irrumpió en las instalaciones, vestido con el habitual traje azul marino y el abrigo de paño que siempre portaba.

—Ponce… ¿Qué haces aquí?

—¿Me vas a contar lo que ocurrió entre tú y Guzmán?

Ella frunció el ceño y lo miró desafiante.

—Claro… Si subes al *ring* y peleas.

—¿Estás segura, agente? Preferiría hacer de *sparring*.

La última vez que Ponce y ella habían peleado, las contusiones le dolieron durante una semana y media.

—¡Cierra el pico y cámbiate de ropa!

Minutos más tarde, Ponce aparecía por el pasillo, preparado para el combate, con unos pantalones de deporte y una camiseta blanca de tirantes. Bajo la mirada de su compañera, subió al cuadrilátero y se colocó enfrente, demostrando su superioridad en altura. Los brazos del agente eran como dos martillos alargados, dispuestos a golpear. Su torso parecía tan duro como una lápida. Dana estaba acostumbrada a verlo con traje y olvidaba lo mucho que entrenaba

para mantener aquella imagen de bárbaro reprimido.

—¿Lista?

—Cuando quieras le contestó. Acto seguido, se puso en guardia y comenzó a moverse.

Él esperó a que se acercara. No estaba allí para pelear y el último enfrentamiento le había dejado claro que Laine era una buena contrincante, pero no la más peligrosa. Lo que desconocía era que el cuerpo a cuerpo de Laine contra Bauer le había enseñado a su compañera más que dos años de preparación. Los agentes, a diferencia de los boxeadores, no luchaban por deporte, sino para sobrevivir. El golpe que importaba no era el que más puntuaba, sino el que otorgaba la oportunidad de escapar o noquear al oponente.

Laine se acercó. Primero, le soltó un derechazo que Ponce frenó con los guantes y después respondió con la zurda. Los golpes llegaban rápido, pero el agente no parecía sorprenderse.

—¿Me has subido hasta aquí para esto? —preguntó, mofándose de ella.

Ella dio un paso atrás y entonces él la golpeó en las costillas antes de que fuera capaz de reaccionar. El impacto fue tan duro que la obligó a retroceder unos pasos más.

—Aún sigues falta de reflejos, agente.

—Me gustabas más cuando te tenían sentado.

—Muy graciosa… Siempre te ha perdido la boca —respondió e intentó darle un puñetazo, pero ella lo esquivó—. Entonces, ¿hubo lío o no?

—¿Mueres por saberlo?

—Soy capaz de morir por cualquier causa.

De repente, un teléfono sonó en la sala. Ponce se despistó y ella le propinó un derechazo en la cara que lo lanzó contra una esquina. El agente se quedó aturdido por unos segundos, hasta que recuperó el aliento.

—Joder…

—¿Ya te has cansado? —preguntó, sorprendida. Él agitó la cabeza, se quitó un guante y se dirigió al otro lado, siguiendo la melodía—. ¡Ponce!

Cuando encontró el teléfono móvil, le hizo un gesto con la mano para que aguardara. La llamada parecía importante.

—¿Sí? Sí, sé cómo localizarla… No se preocupe… Estaremos allí

en una hora —aseguró antes de colgar y dar un largo suspiro, limpiándose el sudor de la cara.

—Ahora ¿qué?

—Para mi desgracia, tendré que esperar a verte morder la lona.

—¿Era Escudero?

—Sí… y nos quiere en «La Casa», en una hora…

—Deja que adivine, ¿otra intervención?

—No lo sé, aunque debe de ser urgente… para que nos hayan levantado el castigo.

Laine se quedó pensativa durante unos segundos.

Para ella, solamente existía una razón para que Navarro cerrara ese capítulo y les permitiera regresar al Centro.

Algo en su interior le decía que ese motivo estaba relacionado con Exitium.

PABLO POVEDA (Cartagena, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de más de doce libros, incluyendo *La Isla del Silencio, El Profesor* o *Don*. Vive en Alicante donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

«Periodista licenciado que pisó un diario para preguntar dónde estaba el aseo, toqué en una banda de pop, grabé un siete pulgadas y un puñado de canciones. Salí en MTV, revistas y diarios, me hice fotos con famosos y dormí en habitaciones de hoteles con sábanas limpias. Recorrí parte de Europa, me congelé en el Mar Báltico y dejé la vida convencional para perseguir mi sueño de escritor».

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.